

Fran Marí

HUGO Y VALENTINA



Hugo y Valentina no tienen nada en común. Él es un joven que trabaja en una tienda de cómics, y aún vive en ellos. Ella en un pequeño establecimiento dedicado a la compra-venta de libros antiguos, de los que no tienen dibujos. Él comparte el alquiler de un piso con un amigo un poco salido, mientras que ella es completamente independiente. En un mundo normal sus caminos nunca se hubieran cruzado, pero sí en este. Cuando una mujer aparece con cajas llenas de cómics antiguos en el local de Valentina, esta se ve desbordada por su absoluto desconocimiento de su valor, y para averiguarlo tendrá que ir a una tienda de cómics, la de Hugo.



Fran Mari

Hugo y Valentina

ePub r1.0
mañana 2014

Titulo original: *Hugo y Valentina*

Fran Mari, 2013

Diseño de cubierta: Teniendo Ideas

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1





ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



*Para Gemma y mis amigos,
en los que, en parte, se inspira
esta historia.*

Primera Parte
Barcelona

Capítulo 1

Valentina

Valentina trabajaba en una tienda de libros viejos. Bueno, en realidad era mucho más que eso. Era un lugar donde los libros más raros llegaban y eran tratados como obras de arte, cuidadosamente cuidados y restaurados para volverlos a poner a la venta para los coleccionistas amantes de la calidad. Esa tienda, llamada El estante de Jane Austen, había sido el sueño de toda la vida de Valentina. Desde que tenía uso de razón había soñado en abrir una tienda de libros viejos, pero no de esas polvorientas con olor a rancio, sino de esas que podían compararse con un museo. Y tras muchos años lo había conseguido. Tras licenciarse en filología inglesa y con la ayuda de los contactos de sus padres, Valentina compró un local en las callejuelas del barrio gótico de Barcelona y abrió su soñada librería anticuaria. Fue bautizada en honor al primer volumen que puso en los estantes, un ejemplar antiguo de *Emma*, que le había regalado años atrás su abuela y que, a pesar de formar parte de la colección de libros que había en la tienda, era el único que siempre tenía el cartel de «reservado» puesto delante.

Desde hacía seis años se había dedicado enteramente a esa librería, que se había convertido en punto obligado de visita para todos los bibliófilos de la ciudad, gracias a su perseverancia y al trabajo de su mejor amiga, Victoria, licenciada en filología inglesa igual que ella y restauradora de profesión. Eran las únicas empleadas del negocio y, aunque a final de mes siempre tenían beneficios, no podían dejar de abrir ni un solo día. Ese sábado en concreto, le tocaba abrir a Valentina, así que después de dejar su apartamento en la Eixample, bajó por Rambla Catalunya, cruzó la Gran Vía y Plaza Catalunya, y tras girar a la derecha antes de llegar al final de Portal del Ángel, ya se encontraba subiendo la persiana de El estante.

Normalmente, la tienda era visitada por curiosos y los pocos clientes habituales. Los clásicos coleccionistas en busca de la pieza esencial para su colección que, dada la calidad de los libros de su tienda, podía ser cualquiera. El local era alargado, la mayor parte del cual estaba dedicada a los libros que estaban a la venta, dispuestos en los estantes de las altas paredes, y cuyas piezas más valiosas estaban cerradas bajo llave en unas vitrinas de cristal. Al fondo se levantaba una pared con una puerta donde se podía leer «Taller. Sólo personal», que daba acceso a la sala donde Victoria restauraba los libros antes de volverlos a poner a la venta.

El catálogo de El estante no estaba formado por cualquier libro, Valentina se encargaba de seleccionar los ejemplares antes de adquirirlos. No podía aceptar cualquier edición vieja de un *best-seller*. Los libros que entraban a formar parte de la tienda de Valentina eran incunables, ediciones raras, ediciones anteriores al siglo XIX, y cosas por el estilo, auténticas piezas de colección.

Encendió las luces y el oscuro local se convirtió en una bonita librería de paredes blancas y bien iluminadas que dejaban ver perfectamente los libros meticulosamente ordenados. Para Valentina, abrir la tienda siempre era un placer.

Tras dejar sus cosas debajo el mostrador que había al lado de la puerta de acceso, se dispuso,

como cada sábado, a quitar el polvo de todos los estantes. No quería que su tienda oliera a viejo.

Aunque fuera difícil de entender, los sábados era el día más tranquilo en El estante, la mayoría de gente salía a pasear y comprar con sus familias, los turistas deambulaban por la ciudad cazando fotos de todos los rincones famosos de Barcelona, y muy pocos pensaban en adquirir una edición de coleccionista de algún libro en latín impreso a mediados del siglo XVIII. Por ello, era el mejor día para hacer limpieza y revisar la caja de la semana.

Sin darse cuenta, la mañana del sábado transcurrió sin sorpresas, es decir, sin visitas, y fue entonces cuando Victoria llegó a la tienda.

—Buenas tardes —saludó la recién llegada.

—Hola Vicky...

—¿Alguna venta importante? —le interrumpió Victoria—. ¿Alguien ha comprado la edición del Galileo de 1790?

—No sé ni para que lo preguntas —respondió Valentina—, sabes de sobras que ese libro nunca nos lo sacaremos de encima.

—Claro, ¿quién va a comprar un libro de hace más de doscientos años cuyo precio pasa del cuarto de millón de euros? —hizo una pausa—. Suerte que lo compraste tirado de precio en Florencia, sino hubiera sido nuestra ruina.

El verano anterior, tras tres años sin vacaciones, ambas decidieron de mutuo acuerdo cerrar la tienda durante el mes de agosto e irse de vacaciones a la Toscana, y, como siempre, mientras Victoria confraternizaba con cualquier italiano de más de metro ochenta y de torso musculado, ella no hacía más que comprar libros, entre ellos ese ejemplar que había mencionado su amiga.

—Sabes que si no cambias, no te volveré a llevar de vacaciones conmigo —se calló soñando con un pasado magnífico—, ¿cómo se llamaba el que te estuvo tirando los trastos el día que estuvimos en Pisa? ¿Giancarlo? ¿Pietro? Eso es lo de menos ¿Porqué no le hiciste caso?

Cada vez que se quedaban solas o no había clientes cerca, Victoria le recordaba las posibles conquistas que rechazó Valentina durante su viaje.

—Mira que eran guapos y... ¡Estaban buenísimos! —gritó como si tuviera hambre—. ¿Qué tiene que tener un hombre para que le dirijas la palabra?

—Les dirijo la palabra —se quejó Valentina.

—Sí, como Francesco, que se te durmió a los treinta segundos.

—Ves —replicó Valentina—, buscó eso en un hombre, que me puedan aportar algo más que un abdomen musculado y bonita sonrisa, y que no se duerman si les digo algo que no esté relacionado con ellos.

Victoria no quiso seguir la conversación, sabía como acaba eso. Valentina buscaba el hombre perfecto que, como había podido comprobar ella misma, no existía. Según ella, la suma de fragmentos de muchos hombres distintos daba como resultado al hombre perfecto. El unicornio blanco.

—Cambiando de tema —dijo Victoria—, estoy a punto de terminar con el *Hamlet* editado en francés de 1800, ¿sabes de alguien que esté interesado?

Valentina negó con la cabeza.

—Esto no puede seguir así, cada vez tenemos más libros y no conseguimos venderlos. Hasta que no vaciemos nuestros estantes un poco deberíamos dejar de comprar.

—Justo ahora, que viene la Feria del libro viejo —respondió Valentina—, sabes que iré y no

podré resistirme.

—Esta semana no hemos vendido nada, deberíamos ampliar el mercado. Algo que atraiga más clientela que los coleccionistas viejales que compran para ligar con nosotras.

—No seas mala Victoria.

Tras eso Victoria caminó hasta el fondo del local y entró en su taller, para pocos segundos después colgar una hoja de papel escrita a mano que decía «Genio trabajando. Si no eres un chico rubio, alto y de espaldas anchas, no molestes». No era la primera vez que Victoria le lanzaba esas indirectas a Valentina, casi cada sábado la invitaba a ir con ella de copas para ver si ligaba. Mientras que Victoria no podía recordar a cuantos había presentado bajo el apodo de «mi novio», Valentina no había tenido más que decepciones. Por eso, últimamente ya no se proponía entablar conversación con nadie.

La verdad es que Victoria tenía razón. Debían ampliar mercado, pero Valentina no tenía ni idea de nada que no fueran sus preciados libros. Y sino, como mínimo conseguir vender algún ejemplar valioso para solventar los últimos meses un poco ajustados. En cuanto a lo de los chicos, mejor sería centrarse en cosas más importantes.

Durante la tarde Valentina se cansó de saludar y despedir a curiosos desde detrás de su mostrador. Gente mayor que descubría una tienda que no era para «jóvenes», turistas despistados buscando la Catedral, gente que se confundía de local, pensado que esa era una librería «normal», y un largo etcétera. Tan solo una joven pareja compró algo. Tras ver el ejemplar de *Emma*, y los precios de los libros de alrededor, el chico había convencido a la chica para que buscaran algo un poco más asequible. Así que ella se acercó a Valentina.

—Hola —dijo con voz decidida—, estaba buscando algún ejemplar un poco raro de alguna obra de Jane Austen...

—Pero que no sea extremadamente caro —la interrumpió su pareja.

—¡Cariño! —protestó ella—, eso no se dice.

—No pasa nada —dijo Valentina—, sé que depende de que ejemplares son un poco caros. Vamos a ver si encontramos algo.

Salió de detrás el mostrador, y se fue a una esquina de la tienda, seguida de cerca por la chica, mientras el chico se distraía con cada cubierta que veía. Se notaba que sabían que querían, se les veía en la cara que eran lectores habituales, y no tan solo de *best-sellers*. Ella seguro que había leído todo lo de Jane Austen y las hermanas Brönte, y él seguro que había hecho algo más que hojear Sherlock Holmes.

—Aquí tenemos los ejemplares de principios de siglo XX. Tal vez no son tan raros como los del XVIII, pero tienen su encanto.

Empezó a repasar los estantes en busca de algo que pudiera satisfacer a su joven cliente.

—Mira aquí tienes *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad* de los años veinte, por unos veinte euros cada uno.

Sacó los dos libros y se los enseñó a su cliente. Ella los hojeó detenidamente, parándose en las páginas que contenían grabados, intentando valorar si la calidad precio eran aceptables. Mientras que Valentina le iba entregando otros libros de la misma época y autora a precios que no superaban los treinta euros.

—Cariño —dijo ella—, ven aquí, a ver que opinas.

—Un segundo —replicó él—, yo también estoy mirando.

De forma decidida, el chico cogió un ejemplar de Verne que había estado leyendo hasta entonces, y se acercó a su pareja.

—¿Qué? ¿Te decides?

—No sé. Sabes que me gusta mucho *Emma*, pero este ejemplar de *Orgullo y prejuicio* es más antiguo.

Él cogió los dos libros, los repasó, miró los precios que tenían, y miró a su pareja.

—Los dos —sentenció.

—¿Los dos? ¿Ya podrás pagarlos? —preguntó ella.

Él asintió de forma seria, y mientras iban junto a Valentina hasta el mostrador para pagar, discretamente él dejó el Verne ahí donde estaba. Mientras les cobraba y se despedía de ellos, Valentina envidió a aquella chica. Se notaba que él, a pesar de tener sus gustos y sus caprichos, podía dejarlos de lado para hacerla feliz a ella. Ya que al fin y al cabo, ella era su mayor capricho.

Se acercaba la hora del cierre, y excepto los dos libros vendidos a la pareja de enamorados, la caja no se había llenado con nada más. Victoria había salido de su confinamiento con el *Hamlet* en sus manos que, rápidamente, Valentina colocó junto a otros ejemplares de Shakespeare. Ambas habían hecho una tregua en el tema de chicos, y ahora estaban charlando y criticando a los últimos «novios» de otra de sus amigas, Laura, una azafata que siempre decía estar enamorada del último hombre que había conocido, al que dejaba pocos días después para enamorarse de otro. Toda una rompecorazonos. Cuando entró por la tienda un hombre, de más de cuarenta, pero que aún conservaba el encanto y el atractivo, haciéndolas callar de golpe. Lo siguieron con la mirada, mientras él examinaba detenidamente todos los ejemplares que había en el interior de las vitrinas. Daba dos pasos, se detenía, contemplaba la cubierta, miraba el precio y reflexionaba durante unos segundos. Tras verlos todos, se dirigió de nuevo hacia la puerta, y cuando las dos chicas pensaron que no era más que otro curioso, se detuvo ante ellas.

—Disculpenme señoritas —dijo con un marcado acento americano—, el ejemplar de *Emma* que hay en las vitrinas ¿quién lo tiene reservado?

—Un cliente anónimo —respondieron rápidamente las dos, era la excusa oficial para ese libro.

—No sé lo que les ha ofrecido por ese ejemplar, pero yo doblo la oferta.

Victoria se atragantó con su barrita de fibra.

—Lo siento caballero, pero ese ejemplar está reservado —repitió Valentina.

—Entonces, triplico su oferta —insistió el hombre mientras que Victoria caía al suelo.

Ante la insistencia del hombre, Valentina no tuvo más remedio que decir la verdad para que no se ofendiera su posible cliente.

—Verá —se aclaró la garganta Valentina—, en realidad ese libro es mío, me lo regaló mi abuela y lo tengo ahí desde que abrí la tienda.

El hombre se sorprendió y sonrió.

—Disculpeme de nuevo, en ese caso no voy a insistir más, conozco de sobras que quiere decir «valor sentimental».

Durante unos segundos nadie pronunció palabra.

—De todos modos, estaría interesado en más de un libro de esa vitrina —hizo una pausa—, y

alguno más que ustedes me puedan recomendar para tener una bonita colección.

Victoria, que se había levantado, ahora contemplaba al hombre con la boca abierta de par en par, sin creer que podían hacer la venta del mes, sino del año.

—He visto que tienen piezas increíbles y en un estado de conservación magnífico.

Valentina asintió con una sonrisa en los labios, mientras que Victoria reaccionaba y se disponía a encandilar al comprador con sus encantos. Si tenía dinero para pagar todo eso y estaba soltero, ese sería el hombre de sus sueños. Pero la ilusión duró poco.

—Me llamo Gabriel, y acabo de comprar un piso en la ciudad y me gustaría tenerlo a punto para cuando llegue mi esposa. Por eso quería el *Emma*, es su novela favorita.

—Si tan interesado está en un ejemplar de *Emma* de cierta antigüedad, podríamos buscarlo y restaurarlo por encargo.

—¿De verdad? —dijo Gabriel—. Magnífico. Pero que más me pueden ofrecer estas dos bellas damiselas.

Valentina se sonrojó, mientras Victoria sonreía deseando que no hubiera mencionado a la esposa.

Eran las ocho, así que antes de atender a su nuevo y adinerado cliente, Valentina cerró la puerta y puso el cartel de cerrado, y a pesar de que eran puntuales a la hora de salir, ese día estuvieron hasta pasadas las diez en El estante.

Tras más de dos horas de venta, Gabriel les había comprado la gran parte de ejemplares que había en las vitrinas, entre ellos el Galileo invendible y el *Hamlet* recién restaurado, algo que les había cubierto gastos por un año. Además, les encargó una colección de Jane Austen, cuyo valor podría alcanzar el millón de euros.

Tras despedirse de su mejor cliente, las chicas no sabían que hacer o que decir. Habían hecho la venta del siglo.

—Vamos a celebrarlo —dijo riéndose Victoria—, ¡paga Gabriel!

Otro día Valentina se hubiera negado a salir con Victoria, pero ese sábado no pudo negarse.

—Vale —dijo Valentina—, pero no me obligues a ligar, sabes que lo paso fatal.

—No me seas aburrida —protestó Victoria—, quién sabe, tal vez hoy después de la suerte con Gabriel, tienes otro tipo de suerte —dijo guiñándole un ojo.

Valentina no se atrevió a volver a abrir la boca, sabía que Victoria ese día tendría razón en todo. Y no podía negar, que si había conseguido vender el Galileo, tal vez también podría encontrar al hombre de su vida.

Capítulo 2

Hugo

Hugo estaba colocando los números nuevos de *Hellboy* en las estanterías que les correspondían, entre los cómics de DC y los de Marvel, para evitar peleas y discusiones, cuando Martín, su jefe, le llamó para que se acercara al mostrador. Martín se había puesto en la punta de la nariz las gafas de cerca, que normalmente llevaba colgadas del cuello, para mirar en el ordenador. Eso no era bueno, ya que Martín sabía perfectamente todo lo que tenía en las estanterías y todo lo que tenía en el almacén del sótano, por lo que buscar en la base de datos del ordenador indicaba que el cliente al que estaba atendiendo le estaba sacando de quicio.

Cuando Hugo llegó al mostrador, cuya superficie de cristal permitía ver toda una colección de pequeños objetos coleccionables de los personajes que más se vendían en la tienda, desde muñecos de goma a llaveros, pasando por varitas mágicas y anillos de poder, descubrió cual era el problema al que se enfrentaba Martín: una Abuela. La Abuela es un tipo de cliente muy peligroso, sabe que quiere gastarse el dinero, pero no tiene ni la más remota idea en qué. Mientras Hugo pensaba en esto, Martín le presentó a la cliente.

—Hugo la señora necesita ayuda —y haciéndole un guiño terminó—, y ya no tengo vista para esto.

Con eso lo había dicho todo. Martín no tenía ganas de perder el tiempo intentando ayudar a una mujer que no sabía absolutamente nada de cómics. Hugo sustituyó a su jefe.

—¿Qué desea? —preguntó educadamente, aunque ya conocía la respuesta, estaban en una tienda de cómics, que podía desear sino.

—Un cómic para mis nietos. —Siempre era algo para los nietos, si no una mujer como aquella no entraba ni por asomo en una tienda como esa.

—¿Qué tipo de cómic está buscando?

—Verá, mis nietos me dieron esta lista para que supiera que preguntar —la mujer le alargó un papelito desdoblado con todo de cosas apuntadas—, porque la última vez que busqué para regalarles me lo dijeron en lugar de apuntármelo y no sabe usted los quebraderos de cabeza que tuve...

Mientras el blablablá de la señora seguía a un ritmo constante, Hugo empezó a descifrar lo que había escrito en esa hoja de papel, y de vez en cuando sonreía y asentía para darle la razón a la señora. En el papelito no se podía leer absolutamente nada. Al darse cuenta de ello, Hugo miró hacia su jefe que se encargaba de reponer las estanterías, y vio como este lo miraba partiéndose de risa por el marrón que le había dejado a su empleado.

—Señora siento decirle que la letra de este papel es indescifrable.

—¿No me diga? —la mujer detuvo en seco su discurso acerca de hacer regalos a los nietos—. ¿Y ahora que voy hacer yo? ¿Cómo les voy a regalar algo a mis nietos?

Hugo hizo un largo suspiro. Tenía dos posibilidades, decirle a la señora que no la podía ayudar, o

bien emplear la táctica llamada del «Sherlock». Ante los lamentos constantes y los ojos tristes de su cliente, Hugo hizo de tripas corazón y se enfrentó al reto del día, por no decir de la semana.

—Haremos una cosa —empezó a decir Hugo—, yo le haré preguntas y usted me las responderá, y entre los dos intentaremos averiguar que le puede gustar a sus nietos.

—Muchas gracias joven —dijo la señora cogiéndole el brazo—, no sabe de que apuro me salva.

Hugo sonrió lánguidamente, pensando que prefería hacer cualquier otra cosa en lugar de ayudar a aquella pobre señora.

—¿Qué edad tienen sus nietos?

—El grande tiene nueve y la pequeña seis.

¡Oh, no! Pensó Hugo, el reto crecía cada vez que la señora abría la boca, resulta que uno de sus nietos era una nieta.

—Vale... Vale, veamos —hizo una pausa mientras pensaba la siguiente pregunta—.

¿Últimamente han ido sus nietos al cine a ver alguna película?

—Madre mía, y tanto que hemos ido —dijo la señora con cara de alarma—, siempre me toca a mí ir con ellos a ver esas cosas tan raras.

—Perfecto —dijo Hugo empezando a recordar todas las películas basadas en cómics que se habían estrenado ese año—, ¿recuerda alguno que les gustará mucho a sus nietos?

—No —se lamentó la mujer—, es decir, si lo viera de nuevo sabría decirle si les gustó, pero para mí todas estas cosas son iguales —dijo señalando las paredes de la tienda llenas de cómics.

—En ese caso, ahora le enseñaré algunos cómics y le diré los nombres de los protagonistas, a ver si así identifica alguno.

Hugo salió de detrás del mostrador y buscó por la tienda algunos cómics protagonizados por los mismos personajes del cine: Iron Man, Superman, Lobezno y Thor era los más probables, todos se habían estrenado ese año. Cogió unos cuantos álbumes y volvió al mostrador.

—Aquí tiene algunos de los que puede que sus nietos hayan visto la película este año, tiene a Superman, a Lobezno, a Iron Man y a Thor.

Hugo tendió encima del mostrador media docena de cómics, en las portadas de los que los personajes principales se veían claramente. Durante unos segundos la mujer miró los cómics sin saber muy bien lo que miraba.

—¡Este! —gritó al final señalando a uno en concreto—. ¡Este es!

Hugo miró donde tenía el dedo la mujer. El elegido había sido Lobezno.

—Lobezno, supongo que este es para su nieto, ¿verdad?

La mujer afirmó efusivamente.

—Bien, ya tenemos a uno.

Hugo se alegró, a veces costaba que gente que no tenía ni idea diferenciase los personajes de cómics rápidamente. Suerte que esta mujer se había tragado los taquillazos del año. Recogió los cómics, excepto el elegido por la señora, y los dejó en un rincón del mostrador.

—A ver, y a su nieta ¿qué le gustó?

La mujer, que de pronto había recordado las películas que había ido a ver con sus nietos al cine, estaba buscando en su mente alguna referencia sobre lo que le gustaba a su nieta. Y la encontró, sus ojos se abrieron de par en par, y miraron a Hugo de forma reveladora. Ante lo que Hugo solo pudo... ¿asustarse?

—Le gustaron esos bichejos azules.

—¿Bichejos azules? —preguntó Hugo.

—Sí —afirmó alegremente la mujer—, un muñequitos azules vestidos de blanco.

—¡Aaah! Usted se refiere a Los Pitufos.

—Exacto, esos bichejos azules.

Hugo sonrió por la insistencia en la mujer en denominar la creación de Peyo bichejos azules.

A partir de ese momento las decisiones de la mujer sobre que comprar fueron mucho más rápidas. Y Hugo a los consejos de Hugo la mujer salió de la tienda contenta y cargando un volumen recopilatorio de Lobezno y tres cómics de Los Pitufos. A pesar de que no se había gastado un gran dineral en la tienda, para Hugo esa había sido la venta del día, por el esfuerzo empleado en satisfacer a su clienta. Lo que no le gustó tanto a Hugo fue el comentario que hizo al final la mujer: «Voy a recomendarles a mis amigas que también tengan problemas con los regalos de sus nietos». Comentario que había hundido a Hugo y había hecho que Martín se carcajeara a su costa.

Después de esa dura sesión de atención al cliente, Hugo regresó con su jefe para seguir colocando todas las novedades que habían llegado cara al principio de la temporada comercial.

—¿Porqué nunca cruza esa puerta una chica como dios manda? —preguntó Hugo con voz de decepción.

Martín lo contempló con mirada paterna.

—Hugo, cuando escogiste esta profesión sabías de sobras que este es un oficio de hombres solitarios y...

—¿Pero que dices? —exclamó Hugo—. Si tú estás casado y con tres hijos.

—Exacto, pero yo la escogí cuando ya había cazado a mi presa.

Ese comentario hizo que ambos se partieran de risa.

—Ya lo sé. Pero ¿porqué los vendedores de cómics tenemos esa mala fama, que nos impide encontrar pareja?

—Esa es una pregunta que me es imposible de responder querido Hugo.

Mientras seguía colocando cómics en los estantes, ensombreció la mirada preocupado por tener una vida de soledad.

—¿Porqué no sales con tu amigo? Ese... ¿cómo se llama? El fanfarrón y fantasma ¿cómo se llama?

—Arturo —dijo Hugo con media sonrisa—, se llama Arturo, y no es fantasma, simplemente se hace notar.

—Sal con él, a ver si te contagia algo de su *sex-appeal* —le aconsejó Martín moviendo las cejas como si se insinuara.

—No, no —negó con la cabeza Hugo—, es mi amigo y mi compañero de piso, pero no quiero volver a vivir la experiencia de salir con él.

—¿Por?

—¿Por? Pues porqué la última vez, antes del verano, me lió para ir a un local que, según él, era el sitio perfecto para conocer a la mujer de mi vida. Lo que no sabía era que la mujer de mi vida, tenía que ser un hombre.

Ante eso Martín no supo como ocultar la risa.

—No sabes —prosiguió Hugo—, lo que es darte cuenta de donde estás y ver como tu gran amigo

el ligón, no lo sabe. Intentó ligar con todo bicho viviente, hasta que le hicieron caso, se fue al baño con su flamante conquista, y al cabo de pocos minutos salió corriendo y medio desnudo mientras que una mujer de increíble altura y voz profunda le gritaba «Arturo, no te vayas, ¿no tenías que ser mi caballero de gran espada?».

Martín seguía descojonándose.

—Desde entonces antes de ir a un local nuevo, busca los comentarios sobre el local en internet.

—No te preocupes —dijo Martín—, aunque suene muy cursi, todo el mundo tiene su media naranja. Todo llegará.

Tras este último comentario, y después de que Martín se hubiera repuesto de las carcajadas, la conversación se desplazó a temas más interesantes, como el futuro de Marvel en el cine, y como DC y Warner pretendían hacerle la competencia.

El resto del día Hugo estuvo subiendo cajas llenas de libros para ordenarlos en las estanterías, mientras que Martín se encargaba de la clientela, que a partir de las cinco de la tarde creció y creció, como acostumbraba a pasar todos los sábados. A pesar de sus quejas sobre el poco futuro sentimental que veía en su vida, a Hugo le encantaba su trabajo. Martín más que un jefe era un amigo responsable, con el que disfrutaba de las largas y tediosas horas de trabajo. Trabajaba rodeado de una de las cosas que más le gustaban de este mundo, los cómics. Además desde que empezó a trabajar ahí, hacia cosa de cuatro años, la mayoría de cómics le salían con descuento o gratis. Y, a diferencia de su jefe, le encantaba el orden, y la tienda estaba tal y como él quería. Marvel y DC separados por el resto de grandes editoriales americanas, el cómic independiente al lado, el franco-belga a continuación, seguido del español. Para Hugo, los estantes de la tienda, sus estantes, eran su obra maestra.

Cuando eran las ocho y media de la tarde, los últimos clientes salieron de la tienda y Martín colgó el cartel de «cerrado» en la puerta. Tras dar un último repaso a la tienda y a la caja, Hugo cogió sus cosas mientras su jefe cerraba las luces e iba bajando persianas.

—Entonces, ¿esta noche no sales con tu amigo? —preguntó Martín.

—No, no —dijo Hugo—, prefiero quedarme en casa.

—Vente conmigo —dijo Martín—, ya sabes que mi mujer es una cocinitas y hace siempre comida de más —dijo palpándose la barriga—, y seguro que mi hijo quiere jugar contigo a la Play y mi hija ligar contigo.

Hugo se rió, la última vez que la hija de su jefe, que apenas tenía diecisiete años, se había pasado por la tienda, había intentado conquistar a Hugo durante toda la tarde, a pesar de que el único atractivo de este era que tenía diez años más que ella.

Durante unos segundos Hugo dudó, sabía que Arturo a las once en punto saldría de cacería, y Diego, su otro amigo, se pasaría por su casa para cenar y pasar toda la noche jugando a los videojuegos o viendo alguna película de ciencia ficción. Que tenía que perder, era mejor pasar la noche del sábado en casa de su jefe, que solo a la espera de la llegada de su amigo.

—De acuerdo, pero déjame que llame a Diego, que siempre se viene el sábado por la noche.

—¿Diego? Tu otro amigo, ¿no?

—Sí —dijo Hugo—, el *friki*.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de su colega. Después de unos cuantos tonos, descolgó el teléfono.

—¿Quién se atreve a despertar la ira de Khan? —dijo Diego al otro lado de la línea.

—Soy yo, Hugo, esta noche tal vez llego un poco tarde, que voy a cenar a casa de mi jefe.

—¿Cómo? —se lamentó Diego—. Pero si hoy teníamos previsto la sesión continua de películas de Star Trek con el reparto original. Desde *Star Trek: La película* hasta *Star Trek VI: Aquel país desconocido*.

—Tranquilo. Arturo estará en casa, y no llegaré más tarde las diez y media.

—Bueno vale —siguió Diego—, pero luego no te quejes si te duermes viendo a William Shatner sobreactuando.

—No me quejaré, te lo juro por Spock.

Al decir eso, Martín le miró.

—Larga y prospera vida —remató Diego antes de colgar.

Cuando Hugo colgó el teléfono y miró a su jefe se lo encontró justo delante con cara de preocupación.

—¿Te lo juro por Spock? ¿En serio?

—Bueno —intentó esquivar Hugo—, le gusta Star Trek y siempre que tenemos previsto ver algo de la serie le cogen esos ramalazos *trekkies*.

Martín siguió mirándolo con la misma cara.

—Luego no te quejes si no encuentras novia.

Y dicho esto volvió a reírse.

—Vengo a cenar —dijo Hugo cambiando de tema—, pero luego no me podré quedar mucho rato, que si no Diego se me va enfadar y es como un niño pequeño.

—¿No vivía solo? —preguntó Martín.

—Sí, pero es un ser de otro universo.

Ahora rieron los dos.

—No pasa nada, sabes que la puerta de mi casa siempre estará abierta para ti.

Martín lo cogió por el hombro y ambos emprendieron el camino hacia su casa, que no estaba muy lejos de su tienda. Tan solo tenían que subir por Portal del Ángel, llegar a Catalunya, girar hacia Urquinaona, y subir hasta Roger de Llúria esquina con Caspe, donde Martín vivía con su esposa y sus tres hijos.

Durante el camino estuvieron hablando de trivialidades, tonterías típicas de dos personas que están todo el día juntos trabajando y que, de alguna manera, deben pasar el rato. Aunque Hugo seguía la conversación, no podía evitar pensar en que haría si tuviera una pareja, una compañera con la que compartir los sábados por la noche sin miedo a parecer un raro o un aburrido.

Las alternativas de vida social que tenía Hugo no era muy esperanzadoras. La primera opción siempre era quedarse en casa con Diego comportándose como si tuviera doce años, la segunda era salir con Arturo y verle desde la barra hacer el ridículo con varias decenas de chicas, y la tercera era compartir la cena con su jefe y su familia.

Aquella noche, tras ser recibido como uno más por la esposa de Martín y sus hijos, Hugo se dijo a sí mismo que no debía preocuparse de encontrar pareja, y seguir el consejo de su jefe: Todo llegará. Además esa noche le esperaba un impresionante plato de canelones caseros en buena compañía, y después una sesión continua de Star Trek junto a uno de sus mejores amigos. ¿De qué podía quejarse?

Capítulo 3

Valentina

Claro que tenía de que quejarse. Que desastre de noche. Todo había empezado bien, ella y Victoria se habían ido a cenar al restaurante más caro que conocían, seguro que había de más caros, pero ellas no sabían de ellos. Pero por desgracia la mesa que escogieron, aunque Valentina creía que Victoria la había escogido adrede, estaba muy cerca de un par de jóvenes rusos y ricachones que, justo en el momento de sentarse, las invitaron a acompañarlos. A partir de ese instante la cena se convirtió en una lucha constante para que ninguno de los dos le metiera mano.

Victoria siempre le hacía lo mismo. La convenía para salir con ella en plan amigas y tranquilas, pero al cabo de tres minutos de estar en cualquier lugar público conseguía un acompañante para cada una. Y si hubieran sido hombres interesantes, con historias que contar y divertidos, Valentina aún se hubiera conformado. Pero siempre eran el mismo tipo de hombre, grandes músculos que apenas les permitían mover los brazos, o caras bonitas, con un minúsculo cerebro de mosquito que tan solo les permitía hablar de ellos, su cuerpo y su magnífica existencia repleta de vivencias que podía revivir tantas veces como quisieran a través del Facebook. Y, cuando se daban cuenta de que solo hablaban de ellos, le permitían hablar —como si les tuviera que pedir permiso— y, en el mejor de los casos, solo se dormían cuando Valentina les contaba a que se dedicaba. En muchas otras ocasiones, las compañías escogidas por Victoria, se aburrían, no entendían nada e incluso parecían que la última de sus neuronas, forzada al límite para recordar su propio nombre, se fundía en mitad de la conversación.

Dándole vueltas a todo ello y discutiendo para su adentro, Valentina llegó ante su portal, y al cruzar el umbral de su puerta, recordó otro de los momentos de la noche que debería haber olvidado.

Tras un incómoda cena, Victoria se levantó de la mesa y los pulpos rusos se levantaron tras ella, dejando a Valentina ante una quilométrica factura que tuvo que abonar. Después del éxito comercial con Gabriel eso no le preocupaba, lo que le molestó fue el descaro con el que ambos chicos, que la estuvieron sobando y provocando toda la cena, ahora la habían olvidado por completo a favor de Victoria, cuya presencia, o mejor dicho, «presencias» no habían parado de contemplar mientras comían. Y no es que Valentina fuera fea, al contrario, pero ante la exuberante y bien dotada Victoria, su encanto y simpatía no eran rival.

A pesar de que la finca tenía un ascensor, de esos antiguos pero reformado completamente, Valentina prefería subir por las escaleras, y sentir el aire fresco que se colaba desde el ático y los anchos muros la despejaban.

Tenía que suponerlo, Victoria no era mala amiga, pero cuando se trataba de chicos, no conocía a nadie. Se dejaba querer por todos, y lo peor era ser su amiga «aguanta-velas». Como había sucedido esa noche. Una vez en la calle, el pequeño grupo decidió —quién dice decidió, dice que Victoria dio la idea, y los dos chicos asintieron sin dudar— de ir a un local de fiestas bastante exclusivo, donde la

billetera rebosante de los rusos y los turgentes pechos de Victoria actuarían como entrada. Y fue entonces, cuando la última gota colmó el vaso. Lo normal hubiera sido que cada chico se convirtiera en la pareja de una de ellas, pero lo que realmente pasó fue que los hombres se pusieron a lado y lado de Victoria, daba igual si a última hora la tenían que compartir, era mejor pesca que la aburrida Valentina. Es decir, que la dos parejas del principio de la noche se convirtieron en un trío y una vela. Tras unas cuantas calles, y al ver que nadie le hacía caso, Valentina dejó de lado aquella surrealista situación y decidió volver a casa. Para que intentar celebrar la venta de su vida sentada en la barra de una discoteca, pudiéndolo hacer tumbada en el sofá comiendo Doritos como si en ello le fuera su vida.

Hacia años había comprado aquel piso, se había hipotecado hasta las cejas, pero junto a El estante, era el sueño de cuando era una niña. Era un espectacular ático de la Eixample de Barcelona, completamente remodelado y convertido en un apartamento amplio con terraza y vistas a Rambla Catalunya. Algo envidiable para muchos. Cuando llegó a la puerta de su casa, mientras rebuscaba en el fondo de su bolso intentando encontrar las llaves entre tanto trasto, se fijó en la hora que era. Apenas las doce de la noche.

—Así se celebra una venta Valentina —se dijo a sí misma en mitad del rellano.

Al final dio con las llaves, y justo cuando abría su puerta, la de su vecina también se abrió. Su vecina era una mujer, de unos setenta y pico años muy bien llevados, que vivía sola desde que su marido se había muerto años atrás, y cuya familia era una hija que apenas la visitaba. Para Valentina, al cabo de los años, se había convertido en algo así como una madre adoptiva, alguien mayor a quien recurrir en momentos de duda. O cuando se necesitaba algo para comer, esa mujer tenía de todo.

—Buenas noches Valentina —dijo la mujer asomando su cabeza.

—Perdone Señora Cecilia, ¿la he despertado?

—¿Despertado? No, no, no —respondió sonriendo—, no es muy temprano para que una joven tan guapa como tu llegue a su casa un sábado por la noche.

Valentina no sabía que responder. Sus ojeras, su pose desgarrada por el cansancio y el despeinado provocado por dos horas de cena incómodo la habían acusado.

—Un poquito sí —dijo tristemente—, pero cuando no se tiene nada mejor que hacer.

La mujer la miró, por un segundo estructuró en su mente la posible situación que había vivido Valentina aquella noche, y al final dijo.

—¿Quieres entrar a tomar algo? Me ha sobrado algo de cena.

—Gracias pero estoy llena y...

—No digas tonterías, coge un par de bolsas de esas patatas fritas llenas de sal que siempre tienes y me cuentas que te pasa.

Valentina no sabía que decir. Esa mujer era increíble, no es que fuera cotilla, pero seguro que recordaba alguna vez que ella le había contado algo sobre su adicción a los Doritos en momentos de aflicción.

—Vale —dijo finalmente Valentina—, me pongo cómoda y vengo en un pis-pas.

Dicho esto, Cecilia desapareció en su casa y Valentina entró en su apartamento. Dejó el bolso tirado en la entrada y se fue a su cuarto, donde se cambió rápidamente poniéndose una camiseta blanca de manga corta, unos pantalones de pijama estampados con perritos púrpuras y unos calcetines gruesos de color rojo que utilizaba como si fueran zapatillas. Sin dejar las llaves de casa ni

el teléfono móvil en ningún momento, se adentró en la inmensa cocina de su piso, y abrió el armario de las «cochinadas» como ella lo llamaba. En él había pastas, patatas fritas, madalenas caseras y toda una colección de ingredientes para hacer desde pizza a leche merengada. Cogió dos bolsas de sus Doritos y regresó al rellano cerrando la puerta principal tras ella.

Se dirigió hacia la puerta de su vecina, que había dejado entreabierta, y entró en su casa. A pesar de que ambos pisos eran exactamente iguales, mientras el de Valentina era la descripción de diccionario de moderno, el de Cecilia era el clásico hogar agradable y acogedor de una anciana simpática y cuyos recuerdos colgaban de todas y cada una de las paredes. Valentina cerró la puerta y se encontró a su vecina sentada en su butaca y encima de la mesita del saloncito, donde habitualmente había un tapete de ganchillo hecho por la propia Cecilia, había un hule protector, dos vasos transparentes y una botella enorme de Coca-Cola.

—Ven, siéntate —dijo la mujer—, y cuéntame todo lo que ha pasado. Que por la cara que pones no debe ser nada bueno.

Sin temores, Valentina empezó a relatar todo lo sucedido, desde que Gabriel había hecho la compra, hasta que se había separado de su amiga.

Cecilia no interrumpió en ningún momento a Valentina, dejó que lo soltara todo. Tan solo, de vez en cuando, asentía con la cabeza y le sonreía con atención. Sabía de sobras que lo que necesitaba era que Valentina se aliviara.

—Y luego ya he llegado a casa —dijo Valentina.

—¿Siempre te sucede lo mismo cuando sales con Victoria? —preguntó Cecilia.

—Sí, casi siempre, excepto cuando consigo que los chicos caigan rendidos a mis pies...

—Ves como siempre no va tan mal —la interrumpió la mujer.

—Rendidos de sueño, Señora Cecilia, de sueño —repitió Valentina.

Por un momento ambas permanecieron en silencio, mientras que Valentina devoraba el contenido de una de las bolsas de patatas, Cecilia asimilaba la situación en la que se encontraba su vecina.

—Verás Valentina —empezó la mujer—, ya sé que era otra época, pero antes de conocer a mi Roberto, yo estaba en una situación parecida a la tuya. Normalmente nadie me hacía mucho caso, los chicos siempre se iban con mis amigas que, necesariamente, no eran más guapas que yo. Como te sucede a ti. Y parecía que mi vida sería solitaria y aburrida. Pero un día, se cruzó en mi camino un hombre guapísimo...

—¿Roberto? —preguntó Valentina.

—No —sonrió Cecilia—, su amigo, que me presentó a Roberto, no era un Adonis, pero era muy divertido y me amaba con locura. Era el hombre perfecto.

Valentina se derritió ante la romántica historia de su vecina. Cecilia vio que se estaba yendo por los cerros de Úbeda.

—Con esto te quiero decir que de donde menos te lo esperes, aparecerá tu príncipe azul. Dale tiempo, y aparecerá.

Valentina se echó hacia atrás cerrando los ojos mientras apoyaba la cabeza y toda la espalda en el sofá de Cecilia. Paciencia. Su experta amiga tenía razón, paciencia.

—En cuanto a tu amiga —prosiguió Cecilia—, yo te recomiendo...

El timbre del teléfono móvil de Valentina la interrumpió.

—Perdone —dijo Valentina mientras miraba en la pantalla para ver quién era—, hablando de la

reina de Roma.

Era Victoria.

—Valentina ¿dónde estás? —la voz de su amiga se oía entrecortada, debía de estar en el pequeño y sucio lavabo de alguna discoteca.

—En casa ¿por?

—¿En casa? ¿Estás loca?

—No, pero no quería quemarme con la vela —replicó Valentina.

—Cariño no es mi culpa que esos dos pulpos se nos pegaran durante la cena, al menos la pagaron. Además hace rato que ya no estoy con ellos, pero he conocido unos...

—La pagué yo.

—¿Cómo? Pero si el alto ¿Andrei?, me dijo que lo había hecho él.

—Pues no, he sido yo.

—Venga Valentina, no te enfades, sal de tu cueva y ven hacia aquí corriendo. Esto está muy animado.

Valentina suspiró. Tenía que relajarse para no pelearse con su amiga. Suerte que no aceptó la oferta que le hizo años atrás para vivir con ella. Estar día y noche con Victoria debía ser para pegarse un tiro.

—Victoria estoy en pijama y a punto de irme a dormir —respondió Valentina mientras negaba con la cabeza mirando a Cecilia—, nos vemos el lunes.

Y sin dejar que Victoria respondiera, Valentina colgó el teléfono y lo apagó.

—En este caso no hace falta que te diga nada.

—¿Perdone?

—Te iba a recomendar que te dieras un tiempo, hasta el lunes, sin la presencia, o las «presencias», eso me ha hecho mucha gracia, de Victoria. Es tu amiga, pero no hace falta que lo compartáis todo.

Sin decir nada, asintió y regresó a su asiento, que había dejado al levantarse para responder al teléfono.

Tras unos minutos, en los que Valentina se desahogó de muchas malas experiencias con chicos. La conversación fue hacia otros lares, hasta que la joven desafortunada en amores se quedó dormida en el sofá de su vecina.

—Valentina. Despierta.

Valentina abrió los ojos, ante ella estaba Cecilia.

—¿Me he dormido? —preguntó desorientada.

—Más bien si —respondió la mujer con su inmutable sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Las dos, más o menos.

—Lo siento Señora Cecilia, yo aquí durmiendo y usted esperando. Lo siento muchísimo.

—Tranquila —le dijo la anciana tocándole el hombro mientras Valentina se incorporaba—, justo cuando tu te has quedado dormida, ha empezado una película de Katherine Hepburn, y he pensado en despertarte cuando hubiera terminado.

Valentina se levantó con paso poco seguro y agradeció la atención que Cecilia le había mostrado aquella noche. A trompicones salió de un apartamento, para entrar en el otro. Cerró la puerta tras

ella, echó el cerrojo y se fue al baño. Sin apenas abrir los ojos, se miró en el espejo y se recogió de nuevo el pelo, que lo tenía completamente enmarañado de dormir en un sofá. Después se lavó los dientes y se refrescó la cara con agua bien fría, desentumeciendo los músculos de la cara y devolviéndole la consciencia. Ya con el paso más firme empezó a dar vueltas por su apartamento. El par de horas mal dormidas en el sofá de su vecina le habían aportado la energía suficiente como para despertarla y querer hacer cosas, pero sin saber concretamente el qué. Entonces vio su teléfono móvil apagado encima de la mesa del comedor. Era uno de estos cacharros modernos que a la larga sustituirían al contacto humano. Ella dependía de él para el trabajo, pero no lo utilizaba más que para llamar y enviar algún mensaje de texto. Lo recogió y lo encendió.

—¡Malditos trastos! —se dijo a sí misma—. Siempre os quedáis sin batería.

Buscó el cargador y lo conectó en el primer enchufe que encontró. Al activar el dispositivo pudo comprobar en la pantalla que Victoria la había llamado un par de veces y le había enviado unos cuantos mensajes disculpándose por su comportamiento.

—Como siempre que bebe —una leve sonrisa le asomó en los labios—, al menos esta vez no he tenido que llevarla a su casa.

Tras leer lo que la mente etílica de su amiga había escrito, puso el móvil en silencio y lo dejó allí donde lo había enchufado. ¿Y ahora que podía hacer? Se preguntó. No tenía sueño, parecía que su amistad con Victoria se había restituido como siempre, y seguía sola en casa. Y entonces una idea cruzó su mente. Se fue a la cocina, abrió el congelador y sacó un gran pote de helado de menta con chocolate que tenía reservado para momentos especiales. Luego se fue al comedor y buscó en los estantes una de sus películas favoritas. Puso el dvd, le dio al play, y se dispuso a disfrutar de una de aquellas películas que le levantaban el ánimo en días difíciles como aquel. *La Bella y la Bestia*. Siempre había pensado que era una cosa de niños, pero incluso así, nunca había podido dejar de verla, repetir sus guiones y cantar cada segundo de sus canciones. Tal vez por eso no encontraba al chico perfecto. No acostumbran a haber muchos hombres que digan abiertamente que les gustan las películas Disney.

Tras los anuncios de los próximos estrenos, que eran otras películas que también estaban en las estanterías de Valentina, la película empezó, y ella no dudó en seguir en voz alta el relato de la historia entre cucharada y cucharada de helado.

—Érase una vez, en un país lejano, un joven príncipe que vivía en un resplandeciente castillo —cucharada de helado—. A pesar de tener todo lo que podía desear, el príncipe era egoísta, déspota y consentido —cucharada de helado—. Pero una noche de invierno, llegó al castillo una anciana mendiga y le ofreció una simple rosa a cambio de cobijarse del horrible frío —cucharada de helado—. Repugnado por su desagradable aspecto, el príncipe despreció el regalo y expulsó de allí a la anciana —cucharada de helado—. Pero ella le advirtió que no se dejara engañar por las apariencias, porque la belleza se encuentra en el interior...

Cuando se oyó a ella misma pronunciar esta última frase, mientras la película seguía avanzando y una gota de helado derretido le bajaba por la barbilla desde su boca entre abierta, no dudó en repetírsela para sí misma diversas veces, hasta que se sintió convencida de lo más importante que le había dicho Cecilia.

—Tú tranquila Valentina, ten paciencia, y tu príncipe azul llegará.

Tras este instante de automotivación, su cerebro relleno de Doritos, Coca-Cola y, pronto,

también de helado, retomó el hilo de la película para seguir la canción que en aquel momento sonaba.

—¡Marie, las baguettes! —dijo Valentina coincidiendo con el guión de la película, mientras que toda una fuente de helado se esparcía por la mesita y el suelo que tenía enfrente del sofá, algo que hizo que se partiera de risa sin necesidad de compañía.

Capítulo 4

Hugo

Tras salir de casa de Martín, Hugo se fue a su casa. La cena de la esposa de Martín estaba buenísima, y el agradable ambiente familiar le habían hecho olvidar las pérfidas ideas catastrofistas de su futuro. La verdad es que envidiaba a su jefe, era feliz con su familia y trabajaba en lo que le gustaba, que más le podía pedir a la vida. Bajó hasta plaza Urquinaona donde cogió el metro y tras unas cuantas paradas bajó en la Vila Olímpica. Hugo vivía en uno de los numerosos apartamentos que se construyeron a principios de la década de los noventa para alojar a los participantes en las Olimpiadas de Barcelona. A pesar de los años, seguían siendo edificios modernos, tanto por dentro como por fuera. Metió la mano en el bolsillo y sacó el juego de llaves. Aún le faltaban doscientos metros para su portal, pero él era de esos que las ganas de llegar a casa le imponían prepararse para ello.

Mientras se acercaba vio como desde su balconcito en el tercer piso la luz de un televisor se proyectaba hacia el exterior. Eso quería decir que Diego ya estaba en casa, jugando a la Play o viendo la tele.

Abrió el portal, subió con el ascensor y antes de entrar respiró hondo para sacarse de encima todos esos quebraderos de cabeza y poder disfrutar de una noche de *frikis* al estilo de la vieja escuela. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¡KHAAAN! —la voz de William Shatner retumbó entre las paredes del pequeño apartamento de Hugo.

Diego aplaudió como si en ello le fuera la vida. Estaba sentado en el sofá frente al televisor viendo una película de Star Trek.

—También podrías haberme esperado, ¿no? —protestó Hugo.

—Me dijiste a la diez y media —respondió Diego señalando la esfera de su reloj—, y son casi las doce. Algo tenía que hacer.

Hugo suspiró, Diego era así, adicto hasta el final. Dejó sus cosas en un pequeño mueble que había al lado de la puerta y se fue a la cocina para coger algo para beber. El piso estaba formado por una gran habitación donde recibidor, comedor y cocina compartían espacio, mientras que el baño y las dos habitaciones quedaban al fondo de un pasillo.

—¿Aún está Arturo? —preguntó.

—El aspirante a dandi del siglo pasado no ha salido de su cueva desde que yo he llegado —respondió Diego con cara de asco mientras sacaba el dvd que estaba viendo y se disponía a poner el de la primera película prevista para aquella noche.

Con un zumo en la mano, Hugo se sentó en el sofá esperando que Diego lo preparase todo para la sesión continua de cine. A pesar de que aquella no era su casa, Diego pasaba gran parte de su tiempo libre en ella, y se comportara como si lo fuera.

Diego tomó asiento con el mando en la mano y le dio al play. Pero antes de que se pudieran oír las primeras notas de la música de la productora del film, Arturo apareció desde el pasillo con el modelito de turno.

—Esconded a las chicas que aquí viene Arturo —gritó a modo de entrada triunfal.

Plantado en la puerta del pasillo estaba su compañero de piso, llevaba unos vaqueros negros muy ajustados, una camisa blanca brillante con los botones del pecho abierto y unos zapatos puntiagudos de piel.

—Pareces un gigoló —le soltó Diego.

—Cierto —respondió Arturo—, para estar conmigo las mujeres deberían pagar.

—Y como es que siempre lo acabas haciendo tú.

Hugo se rió de la ingeniosidad de su compañero de sofá.

—No me seas crío y ven conmigo —le dijo a Hugo—, deja aquí al *friki* y seguro que encontramos a un par de chatis para...

—¿Chatis? ¿En serio? —le interrumpió Diego—. Estás más pasado de moda que Arturo Fernández.

—Y tú qué, que estás viendo una película de los setenta.

—Pero *Star Trek: La película* es un clásico atemporal.

En ese momento Hugo desconectó. Siempre eran muy divertidas las discusiones entre Diego y Arturo. Se conocían desde el instituto, y Arturo hasta hacia pocos años había sido un friki como ellos, pero un día, poco después de mudarse, cambió el chip y se convirtió en ese tío con esperanzas mujeriegas, que en realidad nunca se comía un rosco.

—Haya paz —reaccionó Hugo—. Gracias, pero esta noche estoy muy cansado para salir de fiesta contigo. Prefiero una tranquila sesión de cine.

—¿De verdad? Hugo así nunca saldrás de esta cueva con tu amigo ermitaño —Arturo hizo una pausa mientras se arreglaba el cuello de la camisa—, debes salir todos los días que puedas, enrollarte con todas las mujeres que puedas y vivir la vida. Sino cuando seas viejo verás que has desperdiciado el tiempo con cosas infantiles.

Hugo lo miró sin decir nada.

—Debes hacer como yo. Abrir los ojos, cuidarte para estar como les gusta a la chicas y no encerrarte a jugar a los videojuegos. Así nunca encontrarás a nadie que te quiera.

Ese último comentario le dolió de veras a Hugo, y a pesar de su carácter tranquilo, no pudo evitar levantarse y encararse con su compañero de piso.

—A ver George Clooney venido a menos. Tú no eres el ejemplo de nada, a menos que quieras ser el representante a nivel internacional de los palurdos y retrasados que se creen que las mujeres solo buscan un abdomen plano —dijo Hugo dándole golpes con el índice en el pecho—. Tú no podrías mantener una conversación con una mujer ni que te lo propusieras, porque tú, cerebro de mosquito, apenas puedes articular dos frases sin tartamudear —aspiró aire para seguir—. Además, aquí el «gran-conquistas» la última vez que tuvo compañía fue con su amiga de cinco dedos.

—Y tú... —empezó a decir Arturo.

—¿Qué? Me la suda si me restriegas por la cara que las noches de los sábados prefiero pasármelo bien a mi estilo mientras tú haces el pena en las discotecas. Que quieres darme lecciones de cómo ligar, pero lo único que me puedes enseñar es a recibir papelitos con números de teléfono falsos.

—Ya, pero...

—Pero nada. Que los teléfonos de tu agenda parecen sacados de una película de Hollywood con tanto «555» —Hugo respiró hondo—. Y ahora lárgate antes de que te ponga a velocidad de curvatura.

Ante el cabreo de Hugo, Arturo cogió sus llaves y se fue sin articular palabra. No era habitual que Hugo se enfadara, ni siquiera con Arturo y sus memeces.

—Joder macho —dijo Diego—, sabes que no te veía así desde que te cabreaste en clase de francés en la ESO.

—¡Buff! Es que no sé que pretende. Siempre se las da de grande, y cuando he ido con él es vergonzoso.

—Pero tampoco hacia falta que le dijeras todo eso —se compadeció Diego.

—Ya lo sé, pero no me ha pillado en mi mejor día.

—¿Qué te has discutido con Martín?

—Claro, y por eso me ha invitado a cenar con su familia.

—¡Ay! Es verdad, soy un desastre.

—Perdona —dijo rápidamente Hugo—, es que hoy he tenido un par de pensamientos negativos relacionados con lo que ha dicho Arturo, que no he podido quitarme de la cabeza.

—¿Cuáles? —preguntó Diego.

—¿Cuáles qué?

—Quiero decir que ¿qué pensamientos has tenido? —aclaró.

—¡Ah! —sonrió Hugo—, bueno me he visto solo para el resto de mi vida y sin muchas posibilidades de encontrar a alguien.

—Siempre me tendrás a mí.

Diego se acercó a Hugo y lo cogió afeminando en extremo todos sus gestos, y ambos se pusieron a reír.

—Mírame —continuó Diego comportándose con normalidad—, ¿te crees que a mi no me preocupan esas cosas?

Hugo no dijo nada.

—Claro que me preocupan. Pero muchas veces, cuando pienso en que tal vez no haya nadie esperándome, y que tal vez debería cambiar para encontrar a una chica, en seguida me digo a mi mismo, que no debo cambiar. Yo soy así, y a quién no le guste que no mire —hizo una pausa—. Nosotros somos tipos inteligentes. No somos extremadamente feos, incluso tenemos algún atractivo. Además somos más originales y diferentes al resto. De algo nos tiene que servir eso, ¿no?

Hugo siguió sin decir nada. Y no es que Diego no tuviera razón. Todo lo que había dicho era cierto, de algún modo u otro. Pero tampoco le consolaba demasiado.

—Ya sé que habías dicho de ver Star Trek —prosiguió Diego—, pero como veo que necesitas liberar tensiones... ¿Qué prefieres, matar zombies o nazis?

A Hugo le asomó una sonrisa.

—¿Qué tal si son nazis zombies? —propuso.

—Eres todo un sibarita de los videojuegos —hizo una pausa mientras miraba el estante donde decenas de videojuegos—. Entonces ¿CoD: *World at War*?

—CoD: *World at War*... Dejemos para más a tarde al Capitán Kirk y al Señor Spock.

Diego se acercó al estante que había al lado del televisor, y empezó a repasar los títulos para escoger el que habían decidido para aquella sesión de desahogo consolero.

Hugo abrió los ojos. Se habían dormido jugando a la Play. «Malditos tiempos de carga» pensó para sus adentros. Estaba sentado en el sofá de su casa pero esta parecía diferente y empezó a mirar a su alrededor. En las paredes y los suelos los videojuegos y las cajas de dvd se acumulaban, igual que el polvo que las cubría. Su apartamento parecía haber envejecido. Era oscuro, lleno de polvo y con muchos trastos. Miró a su izquierda, donde estaba Diego durmiendo, para preguntarle que podía haber sucedido, pero al mirarlo lo vio arrugado, con el pelo blanco. Había envejecido igual que el piso. Tenía el aspecto de un octogenario muy mal conservado. Entonces Hugo, llevado por el impulso del miedo, se miró sus propias manos. Estaban arrugadas, callosas y encorvadas.

—¡AAAAAH! —gritó Hugo al despertarse de la pesadilla

—¡AAAAAH! —gritó Diego.

—¡AAAAAH! —gritó Hugo.

—¡AAAAAH! —gritó Diego.

—¡AAAAAH! —gritaron Hugo y Diego a la vez.

—¿Porqué gritas? —chilló Hugo.

—Eso tú, porqué gritas? —les respondió Diego a pleno pulmón.

—Yo he preguntado primero —siguió chillando Hugo.

—¡No lo sé! Me has despertado con tus gritos y mi instinto de conservación me ha llevado a imitar —calló por un segundo antes de seguir chillando—. ¿Y tú?

Antes de que Hugo pudiera responder, se oyeron golpes des del piso de arriba, el vecino de arriba estaba protestando por los gritos. De lejos se oyó «¡A callarse coño!»). Los dos miraron el reloj. Eran las tres de la madrugada de un domingo. Ambos se miraron. Estaban asustados, con los nervios a flor de piel y la respiración acelerada sin saber el porqué. Intentaron relajarse antes seguir hablando.

—¿Pero se puede saber que te pasa?! —gritó Diego recuperando la respiración.

—¡Shhh! —dijo Hugo con el dedo índice frente a sus labios—. Que el de arriba es mi casero.

Entonces Diego calló de golpe, pasaba demasiadas horas en aquella casa para perderla por unos gritos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Diego susurrando.

—No te lo vas creer —Hugo hizo una pausa—, he soñado que era viejo y vivía contigo en este apartamento. Todo era igual, pero con más polvo y más arrugas.

—¿Y por eso has gritado?

—¡Coño! Era una pesadilla. Normalmente se grita en las pesadillas.

Diego lo miró de modo interrogativo.

—Si que te ha dado fuerte con lo de morir solo.

—Más de lo que creía —dijo Hugo rascándose la cabeza.

Durante unos segundos, los dos amigos se quedaron en silencio. No sabían que decir, ninguno de los dos era un experto en cuestiones de corazón. Además, el destino de ambos era muy similar, por lo que ahora sacarse de la cabeza la idea de permanecer solos el resto de sus vidas era imposible.

Diego se levantó y fue a la cocina a beber un poco de agua. Mientras, Hugo sacó el disco del videojuego de la consola, lo metió en la caja y lo dejó en la estantería. Y por un segundo estuvo quieto

ante la colección de películas y videojuegos que había en ella. No los repasaba, simplemente se había quedado en blanco. Del mismo modo que Diego, tras un breve trago de agua, se había quedado de pie en mitad de la cocina sosteniendo la botella de agua.

—¿Hacemos algo para animarnos? —dijo Hugo parpadeando de golpe y regresando a la realidad tras unos segundos flotando en el limbo.

—Sí —afirmó con fuerza Diego.

Diego dejó la botella de agua en la nevera, y se unió a su amigo en la búsqueda del juego perfecto para subir los ánimos de dos hombres *frikis* y con ganas de pasárselo bien sin necesidad de pensar demasiado.

Finalmente, Hugo señaló el lomo de un videojuego. Ambos se miraron, y tras afirmar repetidamente con la cabeza, lo cogió y lo puso en la consola. Se sentaron a la vez en el sofá con sendos mandos en sus manos.

—Cualquier videojuego de Lego es como un tónico revitalizante —comentó Diego mientras se cargaba.

—Pero esta vez no nos quedemos dormidos —Hugo hizo una pausa para girarse a mirar a su compañero—, que no quiero soñar que soy un muñeco amarillo y cabezón.

Este comentario rompió definitivamente el hielo de la tristeza, ambos rieron y luego se concentraron en jugar.

Cuando llevaban jugando más de una hora, se oyó como el cerrojo de la puerta se abría. Sin dejar de mirar a la pantalla, Hugo y Diego agudizaron el oído para saber quién era. Aunque ya se lo podían suponer.

Por la puerta apareció Arturo. Su ropa, tan limpia al salir de casa, ahora tenía un tono gris y olía a alcohol a quilómetros. El porte galán se había tornado en una espalda encorvada y la cara mostraba un semblante completamente deprimente. Sin intentar aparentar nada, se acercó a sus dos amigos, pero antes de que pudiera articular palabra, Hugo hizo una pausa en el juego y se giró para hablar con él.

—Oye —empezó dudando Hugo—, siento lo que te dije antes. Eres mi amigo y no debo decirte esas cosas.

Arturo abrió los ojos entrecerrados, y tras asimilar lo que Hugo le había dicho respondió.

—Yo también, no soy nadie para darte lecciones —dijo sonriendo levemente.

Hugo también sonrió y regresó a su asiento, dispuesto a seguir jugando. Arturo miró por encima del hombro de sus dos amigos.

—¿A qué jugáis? —preguntó.

—Lego «marca registrada» *El Señor de los Anillos* —respondió Diego.

—¿Puedo jugar? —volvió a preguntar.

Hugo y Diego se giraron sorprendidos. Algo le debía haber pasado a Arturo aquella noche, porque hacía años que no jugaba con ellos, había expulsado a los videojuegos de su vida cuando se transformó para ser «mejor».

—Claro —respondió Diego, mientras él y Hugo le hacían sitio en la parte central del sofá.

Arturo se acercó y se sentó entre sus dos amigos.

—Gracias por... —empezó a decir.

—¡Joder macho! —dijo Hugo—. Vaya tufo. ¿Te has tirado una destilaría encima?

Diego puso cara de estar oliendo algo horrible, mientras agitaba las manos frente a él para apartar

ese hedor.

—Te dejamos jugar —dijo Diego—, pero antes dúchate o cámbiate esa ropa.

Arturo sonrió. Esa noche había tenido una revelación. Muchas veces era más importante la amistad que el amor. Sin tener en cuenta las protestas de sus amigos, Arturo los cogió por los hombros y los abrazó contra él. Después de eso, se levantó y fue a cambiarse.

—¡Por Dios! —dijo Hugo—. Qué pestazo.

—Y que lo digas, ahora tendré que quemar esta camiseta. Con lo que me gusta —se lamentó Diego.

Y se pusieron a reír mientras retomaban el juego donde lo habían dejado, a la espera de que Arturo se uniera a ellos tras un lavado de desintoxicación.

Capítulo 5

Valentina

Valentina llegó a su tienda, como cada lunes, a las nueve y media. Después de los quilos acumulados en la sesión de autocompasión del sábado, el domingo se levantó con más ganas por vivir, y aunque que tuvo que recoger el helado derretido esparcido alrededor del sofá, se dedicó a ordenar, clasificar y tirar cosas, desde ropa a papeles viejos. Fue como un día de limpieza, pero personal. No era la primera vez que se purificaba poniendo en orden su casa, ni tampoco la primera vez que lo hacía por culpa de Victoria. Aún así, interiormente ya la había perdonado, y estaba dispuesta a firmar la paz. Pero justo cuando estaba ante la puerta de El estante, algo le sorprendió. El letrero colgado de la puerta decía «abierto», y a través de la puerta acristalada vio como Victoria estaba en la parte de atrás del mostrador luchando contra el peso de sus propios párpados.

—Buenos días —dijo Valentina sorprendida al entrar en la tienda.

—Hola —dijo Victoria irguiéndose de golpe.

Valentina dejó sus cosas en el taller, feliz de ver como su amiga quería resarcirse de los errores del sábado por la noche, y al volver vio como Victoria dudaba, como si luchara mentalmente con ella misma. Hasta que finalmente reventó.

—No he sabido nada de ti des del sábado por la noche —hacer estas cosas no eran habituales—, ¿me perdonas?

—Como no te voy a perdonar —respondió Valentina—, además sino te perdonara tendría que aguantarte cada día.

—En serio que no fue mi culpa —siguió Victoria—, yo pensaba que pagaron esos dos pulpos.

—Ya te dije que no —Valentina hizo una pausa—. Pero a parte de eso ¿cómo fue el sábado por la noche?

Victoria se alegró que Valentina la hubiera perdonado, y permitiera contarle las vivencias del fin de semana, como cada lunes.

—La verdad es que no muy bien, tras sacarme de encima a los rusos, conocí a tres franceses, pero iban muy salidos, y apenas haberte llamado quisieron que les acompañara a la habitación de su hotel para, como dijeron ellos, «demostrar de lo que era evidente que era capaz» —hizo una pausa—. Vamos, unos guarros.

—¿Y ya está? —rió Valentina—, la gran Victoria no consiguió nada más.

—Se me pegó un tipo, de aquí —contó recordando lo sucedido—. Un fantasma de tomo y lomo. Y a pesar de que era gracioso, era muy pesado y un poco narcisista. Y entre eso, y que yo no estaba de humor después de haberme discutido contigo, le eché todo el cubata por encima.

—¡Ay, pobre!

—¿Pobre? Seguro que a ese nunca lo han despachado con un cubata de quince euros.

Ambas chicas rieron. Valentina sabía que Victoria era una mujer de armas tomar, y a pesar de

poder ser muy seductora, era muy peligrosa cuando estaba de mal humor.

Cuando acabaron de reír, y habiendo retomado la normalidad, Valentina cambió de tema.

—Y con el dinero de Gabriel ¿qué hacemos?

—Dirás «nuestro» dinero —aclaró Victoria—, que el tío ya pagó.

—Bueno sí —sonrió Valentina—. Pero igualmente, ¿qué podemos hacer?

—Jubilarnos —rió Victoria.

—En serio, ¿lo guardamos y seguimos igual?, ¿invertimos?, ¿tú no necesitarás nada para el taller?

—A ver —Victoria se puso seria—, a parte de guardarnos una parte, por si a caso, yo lo invertiría en ampliar el mercado.

—¿Cómo?

—¿Cómo que cómo? —preguntó Victoria—. Valentina, por mucho que a ti te gusten estos libros viejos y que los vendamos a precio de oro, muy poca gente compra esto. ¿No te acuerdas de aquella pareja del sábado? Tal vez si hubiera habido algo más en la tienda, hubiéramos vendido más —hizo una pausa—. Yo compraría más novelas recientes, o como mínimo escritas este siglo, y aunque tuviéramos un rinconcito con algunas novedades, eso que la gente conoce como libros de actualidad, no pasaría nada.

—Vale —dijo Valentina dubitativamente—, pero poco a poco, que no quiero que esto se convierta en una librería normal y corriente.

—Tranquila cariño —Victoria se levantó y le puso la mano en el hombro—, mientras estés aquí esto nunca será una librería normal y corriente.

Dicho esto, Victoria se dirigió hacia su taller.

—Te dejo al mando —dijo cerrando la puerta tras ella.

Valentina sonrió, sabía de sobras que Victoria iba a dormir un rato para recuperarse de la energía gastada para llegar antes que ella al trabajo. Suerte que era una de las mejores restauradoras de la ciudad, sino trabajar con ella sería horrible. A parte de eso, sabía de sobras que su compañera tenía razón. Lo de Gabriel había sido un golpe de suerte, pero seguramente no se repetiría demasiadas veces.

Durante la hora siguiente, mientras Victoria «trabajaba» en su taller, Valentina atendió un par de turistas culturales que compraron un par de volúmenes no muy valiosos, y se dedicó a mirar en internet páginas de compra-venta de libros viejos de todos los tipos, desde tratados filosóficos bastante antiguos, a novelas escritas y editadas a mediados de los noventa. No se podía creer que renunciase a su idea original para El estante, para dejar que se contaminase con cualquier libro, aunque esos libros cualquiera le dieran beneficios. Incluso llegó a imaginarse un zona de libros de actualidad, desde la última aventura de Dan Brown al libro juvenil y fantasioso de turno.

Sus pensamientos siguieron divagando un buen rato, hasta que se vieron interrumpidos por la aparición de Victoria.

—Hola de nuevo —dijo bostezando, sin preocuparse por disimular—, ¿ha venido otro Gabriel?

—No, hemos vendido algo, pero no para retirarnos.

—Bueno —se encogió de hombros—. Voy al Starbucks ¿quieres algo?

—¿No puedes ir a la cafetería de al lado? —protestó Valentina.

—Claro, pero ahora nos lo podemos permitir —dijo Victoria guiñándole un ojo—. ¿Quieres algo o no?

—Sí —respondió mientras pensaba que le apetecía—. Un té de menta.

—Oído cocina, vuelvo en un rato. No hagas locuras.

Victoria se fue calle abajo en busca del Starbucks más cercano. Entre su ritmo andando, lo dormida que estaba y la cola de la tienda, Valentina sabía que tardaría, como mínimo, media hora, así que volvió a sus pensamientos.

Pero pudo divagar más bien poco, ya que al cabo de un instante de que Victoria desapareciera al final de la calle, una mujer, de unos cincuenta años entró en la tienda cargando una caja de cartón que, por el esfuerzo que hacía al llevarla, debía pesar bastante.

—Buenos días —dijo mientras dejaba cuidadosamente la caja encima del mostrador.

—Buenos días —respondió Valentina—, ¿en qué la puedo atender?

La mujer se secó el sudor de la frente y se colocó bien la ropa. Tras un par de toques a su cabello, respondió.

—Verá, hace poco mi padre heredó las propiedades de un amigo, entre las que se encontraba esta caja. Esta llena hasta arriba de libros infantiles, y como ni mi padre ni yo sabemos que hacer con ellos, querría saber si ustedes estarían interesados en comprarla.

Valentina la miró. Estaba claro que la mujer quería sacarse de encima esa caja y su contenido. Y si eran libros, Valentina probablemente la ayudaría.

—Bueno, primero debemos ver que hay.

—Por supuesto —dijo la mujer.

Entre las dos abrieron la caja, y la mujer empezó a vaciar su contenido.

—Es todo lo mismo —aclaró la mujer—, libros y más libros de estos. Y claro no tengo sitio donde guardarlo.

—Debe disculparme —empezó Valentina—, pero esto son cómics.

—¿Cómo?

—Tebeos, tiras cómicas, o como sea.

—A bueno, da igual. ¿Le interesa?

La mujer era directa.

—No sé —dijo Valentina intentando identificar algo de lo que había en la caja—, no nos dedicamos a comprar y vender cómics. Sobre todo nos centramos en novela clásica, filosofía, historia y cosas por el estilo.

La mujer, que quería sacarse de encima la caja, pareció decepcionarse.

—¡Bufff! —resopló—. Ya me disculpará, pero me he pateado media ciudad intentando vender esto, y en todos los casos me dicen que no quieren porque no saben como lo van a vender, y usted era mi última esperanza.

Valentina no sabía que hacer. En un lado había su estilo de venta, nunca había tenido ese tipo de literatura, si es que se podía decir así, en su tienda, y no sabía que valor tenía, por lo tanto no quería arriesgarse a llenar la tienda con porquería. Pero por el otro, la idea de Victoria de ampliar mercado le daba vueltas por la cabeza, y había visto en internet que había un mercado bastante interesante de cómics. El problema en ambos casos era su total desconocimiento del tema.

—¿Por cuánto estaría interesada en vender la caja?

La mujer alegró la cara.

—No tengo ni idea —se notaba que normalmente no negociaba.

—Por la cantidad de comics que se ve que hay en el interior —dijo Valentina—, creo que habrá un centenar, más o menos.

—Sí —respondió la mujer—, por lo que yo he podido ver, sí.

—Pues bien, que le parece doscientos euros.

A la mujer se le iluminaron los ojos, pero intentó controlar su alegría.

—De acuerdo —dijo extendiendo la mano por encima del mostrador para estrechar la de Valentina—, doscientos por caja.

—¿Por caja? —preguntó Valentina a la vez que estrechaba la mano de la mujer.

—No se lo he dicho —que astuta era la mujer, si que sabía como negociar—, perdone, hay treinta y tres cajas como estas llenas hasta arriba de cómics.

—¿Cómo? —exclamó Valentina mientras procesaba la información.

—Entonces serán... —prosiguió la mujer con una sonrisa de oreja a oreja—. Seis mil seiscientos euros ¿no?

Valentina no sabía que decir. Ahora si que tendría que ampliar el mercado, aunque fuera solo para recuperar la inversión.

Victoria pasó por la calle dels Arcs, siguió por Portal del Àngel y giró hacia la izquierda en la calle Canuda, y al cabo de unos pasos vio como de la tienda entraban y salían un par de hombres cargados con cajas que descargaban de una camioneta aparcada en frente, mientras que en la puerta Valentina los vigilaba acompañada de una mujer. Sin poderlo evitar aceleró el paso, conociendo a su amiga, seguro que había comprado toda una biblioteca especializada en libros filosóficos escritos en latín, o algo peor.

Cuando llegó, la camioneta estaba vacía y los dos hombres salían de la tienda habiendo dejado la última caja, se despidieron de la misteriosa señora y de Valentina, subieron a la furgoneta y arrancaron. Cuando estuvo al lado de Valentina, solo pudo oír como la mujer también se despedía y le daba las gracias a Valentina.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Victoria un poco alarmada.

—Nada —dijo Valentina sobresaltada al ver que su compañera la había pillado.

—¿Cómo que nada? ¿Y esa mujer? ¿Y esas cajas?

—¡Ah, eso! —sonrió falsamente Valentina—. ¿Recuerdas eso de abrimos a nuevos mercados?

—Sí —respondió Victoria temiéndose lo peor.

—Pues ya tenemos un nuevo mercado.

—¿Qué has hecho? —preguntó a gritos Victoria mientras entraba a toda prisa en la tienda.

Valentina la siguió, manteniéndose a una distancia prudencial de seguridad. Victoria se acercó a la caja que tenía más a mano y la abrió. Empezó a sacar un cómic tras otro, alterándose a cada uno que veía.

—Te digo que no hagas locuras —dijo girándose mientras sostenía un cómic—, y compras las jodidas estanterías de un *friki*.

—La señora... Creía que no sabía negociar... Y cuando me he dado cuenta, había comprado todas las cajas.

—¿Cuánto has pagado por ellas? —pregunto Victoria intentando mantener la compostura.

—Doscientos...

—Menos mal —la interrumpió Victoria.

—Por cada una —terminó Valentina.

—¿Qué?!

—Doscientos euros por cada una.

—¿Cuántas cajas hay?! —preguntó Victoria mientras las contaba rápidamente—. ¿Quince? ¿Veinte?

—Treinta y tres.

Victoria iba a protestar, pero en lugar de eso aguantó la respiración intentando calmarse, aunque sólo logró poner roja como un pimiento. Valentina no se atrevía a decir nada, quería evitar a toda costa la pregunta fatídica.

—Vale —dijo Victoria—, vale, vale, vale. Treinta y tres cajas a doscientos euros cada una son...

—Ya sabes que yo soy de letras, los números no se me dan muy...

—Será mejor que calles —la cortó Victoria—. Seis mil seiscientos euros pero ¿en qué estabas pensando? ¿Que es más de un millón de pelotas!

Valentina no sabía que decir, simplemente se encogió de hombros, mientras que Victoria siguió abriendo cajas.

—Y ¿qué vamos a hacer con toda esta basura? No tenemos ni idea de cómics.

—Ya lo sé —se atrevió a decir Valentina—, pero la mujer pareció que solo me vendía una caja, y al final me colocó treinta y tres. Me dejó descolocada.

—Cuando me refería a ampliar mercado no quería decir eso —se lamentó Victoria a la vez que se sentaba en una de las cajas amontonadas por la tienda.

—Podemos venderlos ¿no?

—Pero ¿a qué precio? —siguió lamentándose Victoria—, no sabemos si valen diez euros o diez céntimos.

—Podemos averiguarlo por internet, lo hemos hecho otras veces —Valentina intentaba quitar importancia al asunto.

—Pero si habrá un montón, y aún saldríamos perdiendo.

Valentina no siguió intentando encontrar soluciones, simplemente se sentó en otra caja mientras veía como Victoria aún no acababa de creerse que se había gastado ese dineral en lo que, a sus ojos, era basura. Cogió un cómic cualquiera.

—Además, esto no se puede restaurar. Es un papel muy débil y de poca calidad.

Lo lanzó al suelo junto con su estado de ánimo.

A pesar de que el dinero de Gabriel convertía esa pequeña inversión en una nadería, ni Victoria ni Valentina tenían previsto ese gasto en algo tan nimio como una colección de cómics.

—Bueno —dijo por fin Victoria—, algo tenemos que hacer.

Se levantó y recogió los cómics que había esparcidos por el suelo, los metió en una caja.

—Vale —dijo Valentina—, intentemos apilar todas las que podamos en el taller para que la tienda pueda seguir abierta.

Victoria afirmó y cogió la primera caja que pesaba como un muerto. Y una a una, metieron las cajas bien apiladas en el taller, en un rincón para que Victoria pudiera trabajar.

Tras un buen rato, las dos estaban molidas, y se sentaron tras el mostrador. Valentina miró a ver que precio podía tener un cómic en internet. No era el mejor modo de valorarlos, pero era un principio. El problema fue que el mismo cómic, depende de quién y dónde se vendiera, variaba

muchísimo el precio. Frustrada por el poco éxito de su breve investigación, Valentina miró a su amiga.

—¿Conoces a alguien que sepa algo de cómics?

—No. No conozco a nadie con tales gustos —dijo riéndose Victoria.

—Y ¿alguna tienda de segunda mano?

—No recuerdas el robo que nos hicieron en el mercado de San Antonio. Sabes que si nos presentamos ahí con todo esto, lo acabamos vendiendo por la mitad.

Valentina suspiró desanimada. De pronto, Victoria la cogió con fuerza por el brazo.

—Ya sé —dijo con tono triunfal— lleva una caja a la tienda de cómics que hay en Portal del Ángel. ¿Cómo se llama?

—¿En Portal del Ángel hay un tienda de cómics?

—Sí, viniendo hacia aquí la he visto. Se llama... —siguió pensando Victoria—. ¿Comición? Sí, eso, Comición.

—Bueno, es una opción.

—¿Cómo que una opción? —protestó Victoria—. Tú la has liado, así que coges una de estas cajas y te la llevas pero ya mismo.

—¿Ahora? Tengo cosas que hacer y...

—Venga —dijo Victoria señalando con el dedo la puerta del taller—, a por una caja.

Valentina se levantó con pesadumbre y se fue al taller, instantes después abandonaba El estante cargando con una pesada caja llena de cómics en dirección a la Comición.

Capítulo 6

Hugo

La inesperada incorporación de Arturo durante la madrugada del domingo, convirtió ese domingo, en uno de los más entretenidos que Hugo pudiera recordar. Ya que se había convertido en un maratón de *frikismo* puro y duro. Apenas sin dormir, jugaron a la Play, vieron varias películas, cuyos guiones no eran un misterio para ellos, y comieron comida basura. Algo que no hacían desde que tenían quince años.

Tras un domingo como ese, Hugo había olvidado, sino por completo, casi por completo, sus pequeños traumas de corazón. Así que, al llegar al trabajo, era como si hubiera empezado una nueva vida.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Martín cuando Hugo cruzó el umbral de la Comición.

—Nada —sonrió—, que ayer recordé lo que importa de verdad.

Martín no siguió preguntando. No hacía falta que lo hiciera, se podía leer perfectamente en la cara de Hugo que era mucho más feliz.

Tras dejar sus cosas en el almacén del sótano, Hugo regresó a la tienda. Ese lunes recibían una gran cantidad de *merchandising* de Thor. Martín, con muy buena vista, había encargado con tiempo de sobras todo lo que pudo sobre el héroe de Asgard, ya que, a las pocas semanas, se estrenaban su nueva película. Algo, que sin duda, comportaría beneficios a aquellos dispuestos a vender todo tipo de productos a grandes y pequeños.

Cuando Hugo piso los últimos escalones que llegaban a la tienda, vio como Martín firmaba un albarán y tres hombres fornidos, a su lado Hugo parecía un niño de doce años, empezaron a descargar cajas con el sello de Marvel estampado en todas ellas. Hugo, por un segundo, quiso no haber trabajado ahí ese día, ya que además de tener que atender a todo tipo de clientes, le tocaría preparar el escaparate y la parte interna del mismo, donde habitualmente la tienda Comición mostraba sus novedades. Una vez descargado todas las cajas, que fueron amontonadas como peor podían amontonarse, y haberse despedido de los sudorosos transportistas, Martín fue directo a una caja, más pequeña que estaba encima del mostrador, y sin dudarla la abrió como un niño abre un regalo la mañana de Reyes.

—¿Ya lo tenemos? —preguntó Hugo acercándose a su jefe por detrás.

Martín no respondió. O no lo hizo con palabras. Muy ceremonialmente, su jefe cogió lo que había en la caja, y poco a poco giró sobre sí mismo, y levantó el brazo derecho. En su mano, brillando bajo la poderosa luz de leds del techo, había el Mjolnir, el martillo de Thor, una edición exclusiva y de coleccionista que Martín perseguía desde que se estrenó la primera película de este superhéroe.

Llevado por el entusiasmo, mientras su jefe reía de forma triunfal, Hugo empezó a andar a su alrededor intentando apreciar cada milímetro de ese objeto mágico. Finalmente, como si le diera la

cosa más valiosa del mundo, depositó el martillo en las manos de su empleado.

—Sí —dijo con firmeza—, ya lo tenemos.

Hugo sintió como si un impulso eléctrico corriera por todo su cuerpo.

—Hugo —siguió Martín—, tienes el grandísimo honor de ponerlo en su sitio.

Entonces Hugo sonrió, y miró el estante que había a dos metros de altura detrás del mostrador.

Era un estante de cristal, muy sencillo, pero cuyo lugar de honor obligaba que tuviera una importancia vital en la tienda: mostrar los gustos del vendedor. Hugo se acercó, y depositó el martillo junto con su soporte en el lugar que tenía reservado desde un par de años. Una vez el martillo estuvo en su sitio, Martín aplaudió emocionado. Cuando se es un lector asiduo de cómics de superhéroes, a pesar de que se pueda leer aventuras de cualquier personaje, siempre hay uno con el que te sientes más a gusto, con el que no puedes evitar soñar y en el que te gustaría convertirte. En el caso de Martín, no era uno, sino cuatro, conocidos como Los Vengadores, formados por Iron Man, el Capitán América, Hulk y Thor. Y en esa estantería había las grandes piezas de coleccionista de Martín. Había el artefacto pectoral de Iron Man, el escudo del Capitán América, los puños de Hulk y, finalmente, el martillo de Thor, todas ellas acompañadas por sus correspondientes hojas de autenticidad.

Hugo dio unos pasos atrás y contempló aquel magnífico estante.

—Por fin —dijo Martín claramente emocionado.

El favoritismo por algún superhéroe era algo más complicado. Ya que mientras Martín era un marvelita confesado, Hugo era un ávido lector del cómic franco-belga. Tintín, Astérix, Lucky Luke y Spirou eran sus colecciones favoritas, pero cuando entró a trabajar bajo las órdenes de Martín, no pudo evitar contaminarse por los gustos de su jefe, y así se convirtió también en un seguidor de Marvel.

Tras esos instantes en que pareció que el mundo no tuviera otro motivo de ser que ese estante, Martín se recuperó de su alegría y volvió a ser el jefe.

—Muy bien —dijo carraspeando para aclararse la garganta de la emoción—, ya sabes lo que toca. Escapate, zona promocional y el resto al almacén.

Hugo respondió saludando como un soldado, y se puso a trabajar.

Los transportistas, cuyo único defecto era que pocas veces preguntaban donde querías que dejaran las cajas, obligaron a Hugo a cargar de nuevo con todas las cajas y situarlas de tal manera que facilitaran el paso a los clientes. No querían perder posibles clientes por qué no llegaban a las estanterías. Así que tuvo que hacer todo el ejercicio que no había hecho en su vida. No es que estuviera bajo de forma, siempre había gozado de una forma física aceptable por el poco ejercicio que hacía, pero cargar cajas siempre es algo que revienta.

El rato fue pasando, y lo que eran unas cuantas cajas de embalar, ahora se habían convertido en centenares de cajas con productos de Thor en su interior. Muñecos, libros, martillos, cascos y, evidentemente, cómics. Hugo preparó un escaparate digno de un dios, había todos los productos disponibles que tenían. En la zona promocional dispuso los libros, los cómics y el *merchandising* más económico, mientras que aquel que era solo alcanzable para los bolsillos más llenos, lo guardó en el almacén. Los clientes que estuvieran interesados en algo de valor de lo que habían visto en el escaparate, tan solo preguntando, se les sacaba el producto deseado.

Hugo, cuyo placer por el orden rozaba la manía, era el empleado perfecto de Martín. Sabía de

cómics y de todo lo que le envolvía, además sentía pasión por ellos, algo que facilitaba su trabajo. En muchas ocasiones Martín le había dicho que si quería buscar un trabajo con más futuro que ese, que no se cortara, pero la respuesta siempre había sido que ese era el trabajo de su vida. Con los años, el Hugo que entró a trabajar en Comición para costearse los estudios, se había convertido en la mano derecha de Martín, en alguien indispensable para la tienda. Martín cada vez estaba más seguro que Hugo sería el socio perfecto. Así que, llevado por la emoción de la llegada del martillo de Thor, Martín creyó que era el momento oportuno para ofrecerle a Hugo parte del negocio. Sin él aquella tienda costaría de mantenerse en pie.

En ese instante Hugo estaba acabando de colocar unos muñecos en los estantes, así que, aprovechando que no había nadie en la tienda, Martín lo llamó.

—Hugo ven.

—Un segundo —dijo Hugo mientras terminaba su tarea—, ¿qué quieres?

Hugo se acercó al mostrador.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —Martín dudó falsamente—. ¿Cuatro, cinco años?

—Sí, cuatro años camino de los cinco.

Martín, a pesar de querer decírselo, no sabía cómo hacerlo.

—De Los Vengadores ¿qué dos personajes te gustan más?

—Hombre pues —empezó a pensar Hugo—, Iron Man seguro y... Probablemente, el Capitán América. ¿Por?

—Por qué a mí me gusta más Thor y Hulk —Martín hizo una pausa—, ¿me entiendes?

Hugo lo miró. Era un chico listo, seguro que llegaría a la conclusión apropiada. Pero la expresión alegre con la que aquella mañana había llegado a la tienda, se borró de su cara de golpe.

—No querrás —a Hugo no le salían las palabras—, echarme a la calle. Ya sé que cuesta vender, pero tenemos un local en un lugar increíble, hay turistas todo el año...

A Hugo se le quebró la voz.

—¡No, no! —gritó Martín—. No te asustes, no te voy a echar. Al contrario...

—¿Me vas a subir el sueldo? —susurró Hugo con un poco de miedo.

—Bueno, visto de algún modo, sí.

—Y ¿de qué modo tengo que verlo?

—Déjame hablar de un tirón, joder —se alteró Martín—, que me cuesta explicártelo y encima no callas.

—Vale, vale —dijo Hugo, a la vez que Martín lo miraba de reojo.

—Verás, en estos años que llevas trabajando aquí, me has demostrado que eres el empleado modelo de, como mínimo, esta tienda. Pero como habrás podido notar, vamos un poco de culo en cuanto al trabajo. Así que había pensado contratar a otro empleado...

—Pero... —le interrumpió Hugo.

—Calla —dijo Martín—. Pero no quiero que alguien nuevo este a tu misma altura, y tampoco somos tanta gente como para ponerte de jefe de personal. Así que, teniendo en cuenta que tú eres el encargado de la tienda. Lo ordenas todo, sabes dónde está todo, sabes que quieren los clientes. La «abuela» del sábado fue una prueba más que evidente. Mientras que yo me encargo de la parte, digamos, más logística: papeleo, pedidos, etcétera, etcétera. Quería preguntarte —hizo una pausa— ¿si querías convertirte en socio?

Hugo abrió los ojos de par en par, no sabía cómo tomarse eso. Ante el asombro de Hugo, Martín siguió hablando.

—Tal vez no al cincuenta por ciento, pero sí al treinta o al veinte. Depende de tu presupuesto.

—Déjame unos días para que lo piense... ¿Qué digo? Sí, que coño —respondió Hugo—. Pero sí que tendrías que dejarme mirar mi presupuesto para saber en qué puedo participar.

—No sufras por ello —dijo Martín—, ya lo mirarás. En la práctica eres socio des de de que yo no encuentro un cómic en esta maldita tienda.

Los dos rieron de esa verdad como un templo.

Tras esta pequeña pero importante conversación, ambos volvieron al trabajo. Mientras Martín repasaba papeles y facturas en la pequeña mesita que había tras el mostrador, Hugo remataba el escaparate y los estantes de la zona promocional. Fue entonces cuando Hugo sintió algo que nunca había sentido. Se oyó el «cling» de la campanita y en el umbral de la puerta apareció una chica. Tal vez la más bella que había visto Hugo en su vida. Pareció como si el tiempo se detuviera. Su cabello ondulado y rubio irradiaba luz y calor, mientras que sus grandes ojos de color miel parecían buscar ayuda en aquel pequeño rincón de mundo. Hugo solo había visto chicas como aquellas en su tienda cuando acompañaban a sus parejas o a sus sobrinos a comprar algo que a ellas no interesaba para nada. Y cuando oyó su voz, Hugo supo que se había enamorado a primera vista. Acababa de tener un flechazo.

—Hola buenos días —dijo una preciosa voz aterciopelada, de aquellas con las que te quedas dormido incluso cuando te gritan.

Cargaba una caja que, por el esfuerzo de la chica, debía pesar considerablemente. Sin dudarlo Hugo se acercó y le cogió la caja, mientras ella movía los brazos para recuperar la circulación.

—Gracias —dijo ella.

—De nada —dijo Hugo medio babeando por el cortocircuito cerebral que había recibido desde la aparición de la chica.

Hugo caminó hasta el mostrador seguido de cerca por ella, y depositó la caja encima del mostrador.

—¿Podrías ayudarme? —preguntó.

Hugo no respondió, y Martín, que hacía rato que contemplaba la escena por encima de la montura de sus gafas, se levantó de su sitio y fue a atender a la chica.

—Tú dirás.

—Verá, poseo una tienda no muy lejos de aquí, vendemos libros antiguos y cosas por el estilo, pero esta mañana hemos comprado un stock en cómics. Esta caja está llena de cómics viejos, y no tengo ni la más remota idea de que valor tienen, y me gustaría saber si podríais ayudarme a tasarlos para ponerlos a la venta.

Martín miró a la chica, y miró a Hugo que seguía embozado contemplando a la chica. Volvió a mirarla a ella, y luego a él. Lo hizo repetidas veces. Y por fin decidió como actuaría.

—De acuerdo —dijo finalmente—, ahora mismo estoy un poco liado con las facturas, ya me entenderá. Pero aquí mi socio. La mitad de la tienda es suya ¿sabe? Estará encantado de ayudarla.

—¡Qué bien! —exclamó la chica que se veía libre de su apuro.

Hugo no dijo nada. Seguí observando atentamente a la chica.

—Hugo —dijo Martín.

No obtuvo respuesta. La chica empezó a mirar de forma extraña a Hugo.

—Disculpe —dijo Martín—, a veces le falla el sistema operativo. ¡HUGO!

Hugo pareció que se despertara del sueño más agradable que había tenido en su vida.

—La señorita necesita tu ayuda. Atiéndela —se dirigió a la chica—. La dejo en sus manos. Si vuelve a quedarse en blanco chasquee los dedos frente a su nariz.

La chica rió, mientras que Hugo, que pilló la broma un poco tarde, no pudo evitar sonrojarse.

—Valentina, encantada —dijo la chica alargando la mano.

—Hugo —le estrechó la mano.

—Esto que te ha pasado, ¿te sucede con todos los clientes? —preguntó Valentina con mala baba.

—No, solo contigo.

Valentina no respondió, y esperó que Hugo viera lo que acababa de decir. Y a pesar de que hacía un instante que lo conocía, consiguió sonrojarle y tomarle el pelo con tan solo una pregunta.

Hugo se dio cuenta, y tomó una actitud más decidida.

—Bueno —tosió para aclararse las ideas—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Verás, como le he dicho a tu compañero, trabajo en una tienda donde vendemos libros antiguos y cosas así. Esta mañana hemos comprado un stock en cómics de treinta y cinco cajas como esta, llenas de cómics hasta arriba, y no tengo ni la más remota idea de que valor tienen...

—Y ahí entro yo —dijo Hugo demostrando estar más atento que minutos antes—, pues vamos a ver que tienes aquí.

Por fin Hugo abrió la caja. Y cuando cogió el primer cómic se le aceleró el corazón, las paredes de la tienda empezaron a dar vueltas, y perdió el conocimiento mientras se desplomaba en el suelo tras el mostrador, a la vez que oía un grito de alarma de Valentina.

Capítulo 7

Valentina

—¿Cómo que se ha desmayado? —preguntó Victoria sorprendida.

—Pues ha perdido el conocimiento —explicó Valentina—, ha sido abrir la caja y desplomarse.

—Pero ¿se ha desmayado por el cómic?

Valentina asintió con la cabeza.

—Menudo *friki*.

Suerte que Valentina no le había contado a su amiga como había conocido a Hugo, y como se había quedado embozado mirándola. Sino, además de *friki* le hubiera llamado enfermo.

—Sí, un *friki* que cuando se ha recuperado, me ha dicho que ese cómic en concreto puede valer alrededor de mil o dos mil euros.

—¿Cómo? ¿Esa basura imposible de restaurar dos mil euros? —Victoria la miró incrédula—. ¡Venga ya!

—¡Que sí, que sí! —insistió Valentina—. Es una edición muy rara de Tintín, y su estado de conservación es de los buenos. Además —prosiguió—, por lo que ha podido ver...

—Después de recuperar el conocimiento —bromeó Victoria.

—Es que podrían haber ejemplares aún más valiosos. Llegando a valer hasta diez o cien veces más que ese.

Victoria se la miró de reojo.

—Sigo sin creerme que la gente pague auténticas fortunas por porquerías de estas.

—Si nos la pagan a nosotras —Valentina sonrió—, yo no tengo inconveniente.

—Ya, pero ¿cómo vamos a venderlo sino sabemos lo que hay en las cajas?

—Eso es lo mejor —dijo emocionada Valentina—, hemos quedado que este domingo nos veremos aquí para clasificar todos y cada uno de los ejemplares.

—¿Los domingos? Yo no voy a venir ni de coña. Es el único día que puedo permitirme el lujo de despertarme con resaca —Victoria calló un segundo, como si ordenara los pensamientos—, y ¿cuánto le tendremos que pagar por los servicios? Si es que no pierde horas desmayándose.

—Nos ayudará en todo sin pedir nada a cambio.

—¿Seguro que luego no pedirá nada?

—Ya se lo he preguntado —aclaró Valentina—, y me ha dicho que no.

—Pues al final va resultar que no solo consigues dormir a los hombres —Victoria se acercó y abrazó a Valentina—. Seguro que ha sido una presa fácil, pero tú tranquila, que un día ya iremos de caza mayor.

—¿Qué? —preguntó Valentina sin comprender nada de lo que su amiga le había dicho.

—¿No te has dado cuenta?

Valentina dijo que no con la cabeza.

—¿NO?! —preguntó gritando Victoria—. A ver cariño, lo que acabas de conseguir es conquistar un chico tan solo con tu presencia. Por ser lo que eres.

—Yo creo que no, simplemente ha sido educado y amable.

—¡Ya! Amable —dijo Victoria sarcásticamente—. Cuéntame como es.

—Parece simpático.

—Vamos, que es más feo que pegarle a un padre.

—No —dijo Valentina sin darse cuenta que había caído en la trampa de Victoria—, es mono.

—O sea, que en realidad te gusta.

—No... Bueno... ¡No lo sé!

—A ver, yo cuando veo a un chico, me gusta o no. Y por lo que dices este te gusta.

Valentina empezaba a ponerse nerviosa. Los temas amorosos siempre le habían sido un poco complicados, y cuando Victoria se metía por medio, la cosa siempre acababa mal.

—Victoria no lo sé. He ido por trabajo, el chico era... Era eso, mono. Pero yo no he pensado ni la posibilidad de que me gustara o no.

—Pues tranquila que vas a tener tiempo de sobras —entonces señaló con desgana hacia el taller donde habían las cajas llenas de cómics—, tanto como te duren esas cajas.

Es verdad, pensó Valentina. Cuando había quedado con Hugo para trabajar con los cómics no había pensado que estaría sola con él durante semanas. Domingo tras domingo sin nadie que los molestara.

—Por favor Victoria vente el domingo —era la única posibilidad para que el siguiente domingo no se convirtiera en una cita.

—No, no, no, no, no. Yo los domingos no trabajo. Además, lo tienes cogido por los cuernos. Hoy te ha demostrado que es débil. Tú tienes el poder, no se va atrever a insinuarte nada si tú no lo llevas por ese camino.

—Pero ¿qué le voy a insinuar yo?

—Mujer, si al final resulta que es más mono de lo que cuentas —hizo una pausa para disfrutar del momento—, yo creo que te haría falta un buen revolcón.

—¡Victoria! —chilló Valentina.

Victoria se rió por haber puesto nerviosa a su amiga. Se levantó y se fue al taller a trabajar.

—Aquí te dejo, pero recuerda no hagas locuras. Por hoy ya hemos ampliado demasiado el mercado.

Le guiñó un ojo y desapareció tras la puerta del taller. Pero no pudo evitar colgar un cartelito como puya a su amiga. En esta ocasión, en el papel se podía leer «Revolcón en curso. No molestar».

Valentina se quedó, como siempre tras el mostrador. Encima de él había la caja. Aquella caja que para ella solo era trabajo, según Victoria se había convertido en la excusa de un chico para ligar con ella. Y no es que Hugo fuera feo, al contrario, tenía algo que la atraía, pero los pocos minutos que había pasado ante él eran tan pocos y tan relacionados con el trabajo, que no habían pensado en él como una futura relación. Victoria siempre le hacía la misma jugarreta. Siempre que conocía a un hombre de la edad apropiada, le hacía el numerito de «Valentina quiere a..., Valentina quiere a...», como si fuera una niña pequeña, con la tonadilla y todo.

Valentina tampoco había pensado en porque Hugo se había negado a recibir nada a cambio por ayudarla. Podía ser que realmente fuera amable, y lo hiciera para ayudar a una chica en apuros. Pero

¿y si Victoria tenía razón?, ¿y si Hugo el domingo se le echaba encima? Ella misma se negó esa idea. Confía en la amabilidad mostrada por Hugo en la tienda de cómics. Además, de la manera que se había quedado bloqueado al verla, dudaba mucho que tuviera el suficiente valor para intentar enrollarse con ella. Por un segundo dudó. Aunque un revolcón en el taller de forma apasionada e improvisada estaría pero que muy...

—¡NO, NO, NO! —gritó Valentina en voz alta intentando apartarse esas ideas de la cabeza.

Victoria apareció corriendo por la puerta del taller.

—¿Qué pasa? —dijo al ver a Valentina sola sentada ahí donde la había dejado hacia un rato.

—¡Oh! Nada —quiso disimular Valentina.

Victoria se la miró. Sabía que la engañaba, seguro que estaba soñando despierta y ahora quería olvidarse del sueño. Sin decir nada Victoria desapareció de nuevo por la puerta del taller.

Al volverse a queda sola, Valentina quiso evitar pensar en Hugo a toda costa, así que cogió la caja de cómics y la dejó en el suelo, bajo el mostrador, y se puso a repasar los estantes. Muchas veces los clientes cogían volúmenes pero al devolverlos a las estanterías lo colocaban mal y luego no había quien los encontrara. Así que de vez en cuando tenía que repasar todos los estantes para hallar los llamados «libros fugados». Y un lunes entre la mañana y el medio día era el momento idóneo.

Tras un buen rato repasando todos y cada uno de los lomos, ya había un buen montoncito de libros apilados encima del mostrador a la espera de ser devueltos a su lugar. Valentina alargó de nuevo el brazo para descolgar un Descartes despistado y junto a cuatro volúmenes más lo llevó al mostrador, entonces sonó el teléfono.

—El estante de Jane Austen, ¿en qué puedo atenderle? —sonó un poco falso, era el único modo para que su mente recordase anunciar el nombre de su tienda al descolgar el teléfono.

—Ya me ha dicho Victoria lo de tu nueva conquista.

—¿Laura? ¿Cómo?

—Ya me ha dicho que es un bicho raro de estos que les gustan los cómics y los videojuegos, pero ¿como mínimo está bueno?

—¡Laura! —dijo Valentina indignada como Victoria había pasado la información a su otra amiga.

Lo peor era que si Victoria era cotilla y un poco entrometida, Laura era peor. Era azafata de vuelo, y la mayor parte del tiempo no estaba en Barcelona, así que cuando hablaba con sus amigas por teléfono era una chafardera.

—Te equivocas. No hay ninguna «nueva conquista». Victoria te lo ha dicho mal.

—¿No? —la voz triste de Laura se oyó al otro lado del auricular.

—No, simplemente hoy he conocido a un chico que me va ayudar con algo del trabajo. Nada más.

Valentina quería dejar las cosas claras.

—Así que ahora has conocido un chico —Victoria estaba hablando desde la puerta del taller—, hace un rato tan solo era un asunto de trabajo.

—¡Ay nuestra pequeña Valentina, que se está haciendo mayor! —dijo Laura por el teléfono.

—No —hizo una pausa—, además soy mayor que vosotras.

—Pero en el corazón sigues siendo una niña —dijo Victoria que se había acercado al mostrador—. Seguro que aún miras *La Bella y la Bestia* como hace unos años...

—Con Doritos —siguió Laura des del teléfono.

—O helado de menta —finalizó Victoria.

Valentina se puso roja de vergüenza. Sus mejores amigas, parecían haberse convertido en sus dos peores enemigas. Querían que confesara algo que no sabía ni que existiera. Apenas conocía a Hugo, como podía haberse enamorada con tan solo mirarlo una sola vez, sin saber cómo pensaba, qué le gustaba y todas esas cosas que se suponen que te enamoran de un chico.

La discusión entre las tres, ya que inocentemente Valentina había puesto a Laura en manos libres, duró unos minutos, hasta que un chico entró por la puerta. Al ver el espectáculo, seguramente patético que estaban haciendo las tres, se detuvo unos segundos en la puerta de la tienda, como si dudara entrar en ella.

—¿Hola?

Laura calló y Valentina y Victoria lo miraron con cara de sorprendidas.

—Hola —se atrevió a decir finalmente Valentina que había visto en ese pobre chico a su salvador que le sacaría de encima a esas dos arpías—. Un segundo y estoy contigo.

El chico se entretuvo un momento con los primeros libros que encontró.

—Laura lo siento pero tenemos trabajo —y colgó sin esperar respuesta de su amiga—. Victoria al taller, pero ya.

—Vale, vale, sin prisas —respondió su compañera mientras se iba al fondo de la tienda.

—Hola —dijo Valentina saliendo de detrás del mostrador.

Antes de que tuviera que preguntar el chico empezó a hablar.

—El sábado por la tarde vine con mi pareja, y compramos un par de libros de Jane Austen.

Entonces Valentina se acordó de él, era el chico que había sacrificado su compra en favor del de su chica.

—Y me gustaría saber si podrías encontrar algún ejemplar raro, pero no excesivamente caro de *Emma* de Jane Austen.

Ese sí que era un chico como dios manda. Primero se sacrifica y luego regresa a por el gran regalo secreto para su novia.

—Claro —dijo Valentina—, ¿qué presupuesto tienes?

—Unos ciento o ciento cincuenta euros.

Valentina regresó tras el mostrador y sacó una hoja de papel a la vez que encendía el ordenador.

—Verás, muchas veces depende de lo que se quiere se puede negociar o no con el vendedor, y también depende de la prisa que tengas.

—En principio no tengo prisa, muchas veces compro regalos y se los voy dando en las fechas que toca o cuando me apetece —el chico parecía seguro de lo que hacía pero a la vez nervioso.

Valentina sonrió y pensó que qué lástima que tuviera pareja y que fuera más joven que ella.

—Vale —dijo ella—, veamos te apunto el libro que quieres y el presupuesto y si me das el número de teléfono, te llamaré cuando tenga algo interesante.

El chico le cantó el número.

—Gracias, ya tengo ganas de dárselo —dijo sonriendo.

Antes de que tuviera tiempo a responder, la expresión de la cara del chico cambio, se había fijado en algo que había bajo el mostrador.

—¿También vendéis cómics? —preguntó—. Como no los veo en las estanterías...

—Bueno —había pillado a Valentina con el pie en falso—, aún no los vendemos, pero dentro de poco tendremos una sección. ¿Te gustan? —preguntó refiriéndose a los cómics.

El chico asintió, y ella se agachó a coger la caja y ponerla encima del mostrador.

—A ver qué opinas de lo que tenemos aquí.

Valentina abrió la caja y el chico cayó de espaldas contra el suelo, completamente inconsciente. Ella no pudo evitar soltar un grito y Victoria apareció en la puerta del taller, vio lo que pasaba y no pudo evitar soltar uno de sus comentarios.

—Ahora que ya sabes cómo hacerlo, te encanta que caigan rendidos a tus pies.

—Muy graciosa —dijo Valentina aún asustada—, ven ayúdame a incorporarlo.

Cuando el chico abrió los ojos vio a las dos vendedoras de la tienda y recordó donde estaba.

—¿Sabes lo que vale eso? —dijo aún medio aturdido por el golpe.

—Sí, lo sabemos y por lo que veo tú también —dijo sonriendo Valentina.

El chico se levantó quitando importancia a lo sucedido. Realmente había golpeado con fuerza contra el suelo, pero parecía fuerte. Agradeció la atención tanto con los libros como con el desmayo y se dirigió a la puerta.

—Espera —dijo Valentina llevada por un impulso—, vi lo que hiciste el sábado.

—¿Cómo? —dijo él un poco descolocado.

—Vi como dejaste un libro que te gustaba a ti, para poder comprarle dos a tu novia.

El chico solo pudo sonreír avergonzado por haber sido pillado. Una vez más, Valentina envidió a la novia de ese chico, se fue hacia una estantería y cogió un tomo.

—Fue este el que dejaste el otro día ¿verdad?

—Sí —dijo él.

—Toma, es tuyo.

—¿En serio?

—Sí —insistió Valentina.

—Muchas gracias, estoy haciendo la colección de Julio Verne y a veces cuesta encontrar algunos ejemplares.

Con el libro entre las manos, se despidió de nuevo y se fue de la tienda con la promesa de volver cuando tuvieran el libro de Jane Austen o la sección de cómics preparada.

Capítulo 8

Hugo

—¿Cómo que te has desmayado? —preguntó Arturo sorprendido.

—Pues eso, me desmaye.

—¿Por la chica o por los cómics? —preguntó Arturo.

—Por los cómics —respondió Hugo.

—Estás enfermo.

—Tú no sabes lo que vale ese cómic.

—Sorpréndeme —dijo Arturo sarcásticamente.

—Unos dos mil euros.

—Vale, no solo tú estás enfermo —sentenció Arturo antes de irse a la cocina a por algo de beber.

Mientras Arturo se controlaba para no echarle la bronca a Hugo por desmayarse por un cómic frente a una chica, se oyó el timbre. Hugo se levantó, observó a través de la mirilla y dejó pasar a Diego.

—¿De verdad que has tenido en tus manos un Tintín del Medallón? —preguntó sin apenas respirar.

Hugo tan solo afirmó con la cabeza y Diego hizo un salto de locura controlada, como las fans de Elvis Presley en sus conciertos.

—Lo que decía —dijo Arturo desde la cocina—, no solo tú estás enfermo.

Diego pasó al salón del apartamento y se sentó en el sofá, donde siempre, en el extremo izquierdo.

—Y ¿cómo era? —preguntó Diego.

—Rubia, ojos marrones... —Hugo recordó aquel magnífico momento que había vivido al conocer a Valentina, y terminó la frase con un suspiro.

—La chica no. El cómic —aclaró Diego como si dijera una evidencia.

—¿El cómic? —preguntó Arturo—. ¿De verdad te interesa saber cómo era un montón de papel, en lugar de saber cómo es la chica que ha robado el corazón a nuestro Hugo?

—Pues sí —respondió Diego—, tengo más posibilidades de conocer a esa chica, que ver con mis propios ojos un Tintín del Medallón.

—Y no hay solo eso —dijo Hugo volviendo regresando de su ensoñación—, en la caja había más cómics, viejos cómics de diez y doce centavos de Superman, Batman y Marvel. Espero que el domingo encontremos algo que valga la pena.

—¿Habéis quedado el domingo? —preguntó Arturo levantando las cejas de forma insinuadora.

—Sí —respondió Hugo—, hemos quedado este domingo para ver que tiene, y si la cosa va bien iremos quedando hasta que tenga todos los cómics tasados y clasificados.

—Muy bien chaval —dijo Arturo—, pero no te confíes que se trata de una carrera contrarreloj.

—¿Una carrera contrarreloj para qué?

—Para enamorarla, bobo. Mientras tengáis motivos para reunirlos, tendrás posibilidades para que ella se quede prendada de ti.

—No creo que tenga posibilidades —dijo Hugo que había tenido ese pensamiento en la cabeza desde que se había despedido de Valentina.

—¿Cómo que no? —exclamó Arturo—. No te cortes, confía en ti y la conseguirás.

—Además creo que es mayor que yo —siguió lamentándose Hugo—, seguro que tiene un guapo y perfecto novio que la espera cada noche.

—Eso da igual, debes ir a por ella, siempre puede dejarlo.

—Por mi seguro que no —sentenció Hugo a la vez que se iba a su cuarto.

Arturo y Diego lo miraron sorprendidos, a los ojos de ambos tenía motivos de que alegrarse.

—Yo no sé de qué se queja —dijo Diego—, durante no sé cuántos domingos estará rodeado de cómics de altísimo valor...

—Y una chica que si es tan bonita como dice... —dijo Arturo por su cuenta.

—Aunque no se los pueda quedar, los tocará y los leerá...

—Aunque no sea la chica de su vida tiene muchas probabilidades de vivir una noche de pasión desenfadada...

—Qué envidia —suspiró Diego.

—Qué envidia —suspiró Arturo.

Cuando Hugo cerró tras de sí la puerta de su habitación, creyó que todo lo que había vivido aquel día había sido un sueño. Muy bonito, pero en definitiva un sueño. ¿Por qué todas las cosas le tenían que haber pasado ese día? Primero el martillo de Thor, luego la propuesta de ser socio de Martín, y finalmente Valentina. No pudo evitar suspirar soñando con un futuro a su lado. Cogerla de la mano, rodearla con sus brazos, oler el perfume de su cabello dorado. Pero él sabía de sobras que tenía muy pocas probabilidades de, ni siquiera, tener una cita, por mucho que Arturo dijera que las tenía.

En ese momento tenía que centrarse. Los números nunca habían sido su fuerte, y ahora tenía que repasar sus fondos bancarios para saber si podía decirle que sí a Martín. Esa sí que era un hecho real. A pesar de no llegar a los treinta podía convertirse en copropietario de una tienda con unos ingresos más que envidiables. Sacó una carpeta del cajón superior de su escritorio y la abrió. A pesar del orden que tenía en sus estanterías y en la tienda, lo que era el papeleo era un desastre. Suerte que Martín se encargaría de esa parte. Sacó un bloc de notas y se dispuso a lo que vulgarmente se conoce como hacer números.

Llevaba tal vez una hora peleándose con esos endiablados cálculos, y hacía rato que los gritos de una competición de Wii se oían en el salón. Entonces se dio cuenta, para que te sirva un amigo matemático que pasa la mayor parte de su tiempo en tu casa, si cuando lo necesitas no lo utilizas.

Recogió todos los papeles y salió de la habitación. En el salón Arturo y Diego estaban jugando una partida de boxeo en la consola, ambos estaban sudando como cerdos. A pesar de que les había contado lo del desmayo y Valentina, en ningún momento hizo mención a su futuro como empresario librero.

—Diego, necesito tu ayuda.

—¿No será en como ligar, verdad? —bromeó Arturo.

—No, no —aclaró Hugo—, tengo que repasar mis cuentas para algo muy importante.

—¿El qué? —preguntó Diego sin dejar de jugar.

—Martín me ha ofrecido ser socio en la Comición.

Sus dos amigos dejaron de jugar de forma inmediata, y completamente boquiabiertos se acercaron a Hugo para que les contara mejor esa historia.

—Esta mañana hemos recibido el martillo de Thor.

—¿Me dejaréis sostenerlo? —preguntó Diego suplicante.

—Vente un día y se lo preguntas a Martín —después de responder, Hugo volvió al relato—. A lo que íbamos. Después de lo del martillo, pareció como si Martín se pusiera melancólico o algo por el estilo y empezó a dar vueltas a los objetos de Los Vengadores. Que si quién me gustaba más. Que si me gustaría tener alguno de los objetos. Me preguntó por los años que hacía que trabajaba allí. Claro, yo me acojoné, porque tal y como está el patio, como para que me echase. Y al final, cuando ya no sabía como decirlo con eufemismos, lo soltó: ¿Quieres convertirte en mi socio?

—Así, ¿tal cual? —preguntó Arturo sorprendido.

—Sí.

—Y ¿ya le has respondido? —preguntó Diego.

—A eso voy. Tengo que repasar los papeles del banco, y llevo como una hora dándole vueltas a estos papeles y no tengo ni la más remota idea de lo que estoy haciendo, y...

—Y querías que yo le echara un ojo —dijo Diego con desgana.

—Eso.

—¿En serio? ¿Ahora?

Tras recordarle las horas que pasaba en aquella casa, el gasto en bebidas y comidas, el uso de la Play y del sofá, Diego no opuso demasiada resistencia a ayudarlo.

—Déjame terminar el combate y vengo.

Dicho esto, él y Arturo se dieron cuenta que había dejado el combate a medias y los mandos encima del sofá. Durante un segundo que se hizo eterno se miraron a los ojos, retándose, y con una carrera a lo loco, los dos saltaron por encima de los cojines, cogieron los mandos y realizaron movimiento que en el juego se tradujo en un directo a la mandíbula que tumbó al personaje de Arturo.

Después de este espectacular final del combate, que fue aplaudido por Hugo, Diego le cogió la carpeta que llevaba debajo del brazo y se sentó en la mesa del comedor. Y como había hecho en otras ocasiones, se concentró en un tipo de cúpula invisible que lo separaba del resto del mundo y le permitía hacer sus números. Como persona tal vez no era muy listo, pero ante los números ni Arturo ni Hugo habían visto a nadie tan eficaz. Como era habitual cuando Diego hacía estas cosas, cada vez que a Hugo o Arturo no le cuadraban las facturas, estos se fueron a la terraza. No querían ponerse a jugar a la Play mientras su amigo les hacía un favor.

Cogieron un par de refrescos y salieron fuera. Llevado por un sincero interés sin ningún tipo ganas de aleccionar o criticar a Hugo, Arturo sacó de nuevo el tema de Valentina.

—Ahora en serio —dijo abriendo la lata—, ¿de verdad te has quedado prendado de ella?

Hugo no sabía que responder, en ese momento no tenía ganas de escuchar por enésima vez que debía cuidarse. Así que simplemente se encogió de hombros.

—Vamos no me jodas —dijo Arturo un poco exaltado—, si me has dicho que casi te caía la baba mientras la tenías delante.

—Sí. Bueno... —Hugo hizo una pausa para intentar ordenarse las ideas, pero no pudo—. Es la primera vez que me pasa. Siempre que me había gustado una chica u otra, podía hablar con ellas sin miedo a convertirme en un idiota. En cambio con Valentina me he tenido que esforzar para no seguir embobado.

—Has hecho tal esfuerzo, que tu cerebro ha dicho basta y te has desmayado —dijo sonriendo Arturo mientras le ponía una mano en el hombro.

Hugo lo miro de reojo. Sabía que no tenía que haber contado lo del desmayo.

—Quiero que me respondas en serio —dijo Arturo—. Te juro que no voy a reírme, ni nada por el estilo. ¿En serio qué te gusta?

Desde la noche del sábado anterior, a pesar de que Arturo seguía siendo el mismo fanfarrón había cambiado en algo, ya no era tan falso ni tan superior. Era una persona normal. A saber que le había sucedido. Ante esta nueva versión renovada de Arturo, Hugo no pudo evitar sincerarse.

—Mi cabeza me dice que debo conocerla antes —suspiró—, pero mi corazón me está diciendo que estoy locamente enamorado de ella des del primer instante en que la vi.

Mientras Arturo pensaba en los sentimientos de Hugo, este se apoyó en la repisa del balcón y contempló las vistas que, según él, era de lo mejor que tenía el piso. Sobre todo las de la izquierda. Desde su apartamento tenía una vista perfecta del Zoo de Barcelona y del Parc de la Ciutadella, dos lugares a los que siempre le gustaba ir cuando se aburría o no podía soportar más a Arturo.

Entonces su amigo, que también se había abstraído con las vistas, volvió en si abrazando a Hugo por los hombros.

—No quiero darte consejos estúpidos. Tan solo te recomiendo que si realmente te gusta, vayas a por ella sin dudarle. Nunca creas que es inalcanzable. Nunca creas que está con otro. Tú ve a por ella. Simple y llanamente.

Hugo se sorprendió de nuevo. ¿Arturo no le quería dar un consejo? Estaba hablando seriamente de verdad, no era una pose ni un numerito. Hugo lo miro con cara de preocupado.

—¿Crees de verdad que tengo alguna posibilidad? —preguntó sin tenerlo muy claro.

—Bueno —dijo Arturo—, no te he dicho eso. Pero si tú quieres creerlo para atreverte a ir a por ella.

Hugo se dio cuenta que Arturo no le había dicho lo que creía de verdad, sino que por primera vez en su vida le había dicho lo que un amigo tenía que decir.

Antes de que Hugo cayera en el sentimentalismo barato con su amigo, algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida, Diego apareció en el balcón.

—A ver querido señor «voy a ser empresario» —dijo bromeando—, la verdad es que tienes un margen un poco estrecho para invertir, pero si quieres participar en la Comición podrías hacerlo.

—Y tú ¿qué opinas? —preguntó Hugo indeciso.

—¿Yo? —respondió Diego señalándose el pecho.

—Sí, tú. A nivel económico se supone que puedo hacerlo, ahora me gustaría saber que opináis. No se lo puedo preguntar a nadie más.

—Pregúntaselo a Valentina —dijo Arturo que había recuperado el tono de siempre tras ese rato de sincera amistad.

—Muy gracioso —dijo sarcásticamente Hugo—. En serio ¿qué opináis?

Los otros se miraron, pero fue Diego quien al final habló.

—A ver, si fuera yo el que hubiera recibido la oferta. Teniendo en cuenta tus números. Diría que sí con un veinticinco o un treinta por ciento de la propiedad. Aunque existen riesgos.

—Eso es lo que pienso yo —dijo Arturo al fin—. Ahora la tienda aguanta, pero y cuando Martín se jubile. ¿Crees que seguirá en el negocio o pasará de ti? ¿Podrás pagar el cien por cien de la tienda? Además, no tienes ni idea de negocios, el día que tengas que hacerte cargo de los papeles vas a flipar. Y puede que no estemos ahí para ayudarte.

—¿Estemos? —preguntó Diego un poco indignado.

—Bueno, tu eres su asesor económico y yo el sentimental. Nos repartimos el trabajo —remató Arturo moviendo las manos entre él y Diego.

—Es que no sé que hacer —dijo Hugo mientras los otros dos empezaban a discutir sobre su importancia.

Para Hugo tener la posibilidad de ascender en la tienda y convertirse en socio, era todo un éxito. Cuando estudió Bellas Artes, quiso dedicarse al mundo del cómic, en realidad aún lo quería, pero se encontró bloqueado por los filtros editoriales. Y fue a parar a esa tienda que buscaba un empleado que supiera del tema. Cuando firmó el contrato con Martín, nunca se había imaginado que estaría ahí tantos años, y que, además, no quisiera irse. Ahora para colmo, Martín le ofrecía ser su socio. ¿Qué podía hacer? Si decía que sí, se quedaría atado a aquella tienda sin posibilidad de conseguir su sueño dorado, ya que tendría una enorme responsabilidad. Por el contrario, si decía que no, tal vez Martín se enfadaba. Sin tener en cuenta que una cosa como esa no es de las que se ofrecen cada día.

—Mira Hugo —dijo Diego haciendo callar a Arturo—, yo de ti le decía que si con veinticinco por ciento, y con la posibilidad de llegar al cincuenta en el caso de que tu economía lo permitiera. Porque si además de tu sueldo, te llevas el veinticinco por ciento de los beneficios, esto tiene que ir a mejor.

Hugo reflexionó, no había pensado en que su bolsillo se llenaría un poquito más, algo que siempre es de agradecer, y como su éxito como dibujante era poco probable, vio que la mejor opción era aceptar la oferta de Martín.

—En eso sí que estoy de acuerdo —dijo Arturo—, pero vigila lo que firmas.

—Martín no es de esos tipos, además es mi amigo

—Eso lo dices ahora —insistió Arturo—, pero cuando se trata de dinero no hay amigos que valga.

—No siempre —dijo Hugo.

—Sí, siempre —repitió Arturo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡Basta! —gritó Diego—. Resolvamos esto como caballeros.

Hugo y Arturo se miraron.

—De acuerdo —dijeron al unísono.

—Muy bien —siguió Diego con porte noble—, que prefieren los caballeros ¿boxeo, tenis, tiro con arco?

Hugo y Arturo se miraron retándose falsamente.

—Boxeo —volvieron a decir al unísono.

Mientras se disponían a pelearse, Hugo pensó que eso era lo bueno de los amigos, que siempre podías discutir tus diferencias con una buena partida a la Wii.

Capítulo 9

Valentina

Sonó el despertador, y alargando perezosamente el brazo, Valentina lo cogió. Y con mucho esfuerzo abrió los ojos.

—¿Porqué lo puse a las ocho, si hoy es domingo?

Por un instante pensó que era como cualquier otro domingo de su vida. Esos domingos aburridos, sola en casa por la mañana, luego la visita habitual a sus padres a la hora de comer, para a media tarde regresa a su grande, espacioso, espectacular y solitario apartamento, cuya única oportunidad de compañía era la de Cecilia.

Pero entonces se dio cuenta que ese domingo era diferente a los otros. Había cancelado la comida con sus padres y tenía previsto estar todo el día fuera de casa, concretamente, estaría en El estante trabajando en el stock de cómics que había comprado. Y fue ese momento que su cabeza le dijo susurrantemente insinuadora: «No estarás sola. Hugo, un chico, estará contigo». Ese hecho, que ya conocía, pero que hasta entonces no había tenido en cuenta, la hizo levantarse de golpe. Tenía que arreglarse pero sin parecer que se arreglaba, no quería que Hugo creyera algo que no era. Bueno, ni ella tampoco quería creer algo que no era. Y menos después de las ideas que Laura y Victoria le habían metido en la cabeza.

Se acercó a su mini cadena y le dio al Play, los altavoces instalados por toda la casa empezaron a sonar con una de las canciones que más motivaban a Valentina. Así que sin dudarle arranco para hacer la cosa que tenía que hacer antes de irse a la tienda.

Con los compases funkys de mediados de los setenta de *Kung Fu Fighting* de Carl Douglas, Valentina desayuno su peculiar combinación de cereales de chocolate directos de la bolsa y un par de vasos de zumo de naranja. Y como si el aparato supiera que necesitaba ritmo para seguir haciendo, la tomo con todas las canciones de Abba que había en el reproductor, y cuando quiso darse cuenta, ya estaba dándose los últimos retoques de maquillaje. Entonces se miró al espejo, de fondo sonaba *Does your mother know?*

—¿En serio que te quieres maquillar? —se preguntó a si misma.

Volvió a mirarse, la ropa la había escogido bien, algo informal, unos vaqueros, una camisa y una zapatillas eran suficientes, pero se había maquillado como cada día. Seguro que si iba sin maquillar, a Hugo se le pasarían todas las ganas de creer en algo que no era. Así que se desmaquilló por completo, dejando ver su tono natural de piel y un montón de pequitas en las mejillas y encima de la nariz que odiaba.

—Si así le gusto debería tomármelo en serio —dijo conversando con ella misma mientras contemplaba su cara limpia. Pero en seguida cesó en la idea, porqué si realmente sucedía aquello... Y dejó ahí el pensamiento. Era un día de trabajo como cualquier otro, acabó diciéndose.

Cogió la cazadora de piel marrón que colgaba del perchero de la entrada y salió. Habían quedado a

las diez en la tienda. Tenían todo el día por delante para clasificar y valorar los cómics que había en las cajas.

Salió de su portal de la calle Mallorca y se dirigió a Rambla Catalunya. Esa calle, que la mayoría de tardes estaba llena hasta los topes, los domingos por la mañana era el lugar perfecto para aclararse las ideas. Además, el tiempo caluroso de finales de verano había sido remplazado por el agradable aire fresco de principios de otoño. Ese aire que te hace sentir frío pero que no te obliga a ir tapado de pies a cabeza.

Normalmente Valentina, para llegar a su trabajo, prefería ir por Portal del Ángel. Decía que era por el ambiente matutino, pero en realidad era porque pasaba por delante de una pastelería increíble y se compraba una buena coca de crema. Pero es domingo no lo hizo. No quería cruzarse con Hugo y tener que hacer los últimos metros hasta la tienda con él, antes de su llegada quería controlar su territorio para evitar ponerse nerviosa. Y todo eso por culpa de sus amigas, que le habían hecho creer que ese domingo sería muy interesante.

Así que bajó por las ramblas hasta la calle Canuda, pasó por una librería de viejo, en la que trabajó brevemente un verano, y siguió por la calle hasta llegar a su local. El estante de Jane Austen, visto desde fuera, parecía una galería de arte más que una tienda de libros. Subió la persiana, abrió la puerta y entró.

Por un segundo no supo que hacer. ¿Qué tenía que preparar? No lo sabía. Así que simplemente fue repasando cosas que pensó necesarias. De detrás del mostrador sacó una libreta tamaño folio y un par de lápices. Tendría que apuntar todos los cómics que hubiera en las cajas, así como su valor.

Con el material de escuela bajo el brazo, Valentina se fue hacia el taller. La noche anterior se había ido antes del trabajo, le tocaba cerrar a Victoria, y le había pedido que ordenara el taller —que habitualmente estaba hecho un desastre— para que pudiera trabajar el domingo. Como única respuesta recibió un «Ya, trabajar» con tono sarcástico que no pilló hasta que estuvo en casa. Abrió la puerta del taller y se quedó de piedra, Victoria le había hecho caso. Había dejado el taller sin nada a medio hacer. La gran mesa del centro así como gran parte de la repisa que rodeaba las paredes y todo el suelo estaban disponibles para ponerse a clasificar ese montón de cómics.

Dejó la libreta encima de la mesa y se miró las cajas. Por un segundo se vio agotada por el trabajo que aún le quedaba por hacer. Pero el tintineo de la campana de la puerta le cortó de golpe ese pensamiento.

—¿Hola? —la voz de un hombre resonaba en la tienda—. ¿Hay alguien?

Valentina salió del taller tan deprisa como pudo. Justo en la entrada, ante el mostrador, estaba Hugo. Iba sin afeitado, con unas gruesas gafas de pasta negra, una camiseta con un martillo estampado y unos vaqueros.

—Buenos días —dijo al verla.

Durante un instante Valentina temió lo peor. Había percibido que Hugo, una vez más, se había quedado medio embobado con ella, pero de repente, él sacudió la cabeza como si quisiera quitarse algo de la cara, y volvió a su estado normal.

—¿Qué tal? —una pregunta de cortesía que podía acarrearle muchos problemas sino sabías de que hablar. Pero igualmente, Valentina la usó.

Por suerte, la única respuesta de Hugo fue encogerse de hombros y mostrar una sonrisa, demostrando que él tampoco sabía de decir.

—Vamos al taller, es ahí donde tengo todas las cajas.

—Yo de ti cerraría la puerta.

Ya empezaba a ponerse nerviosa. Había planeado sus actos pero, como siempre, se había olvidado de detalles como ese. Acelerando el paso se acercó a la puerta, bajo hasta la mitad la persiana y cerró la puerta con llave.

—Ya no nos podrán molestar —dijo Valentina, y un instante después se dio cuenta que esa frase se podía interpretar de muchas formas.

Hugo, que había captado al vuelo la versión mal intencionada de la frase, volvió a sonreír. Su sonrisa tenía algo que, cada vez que la utilizaba, a ella se le aceleraba el corazón. No era una carcajada, ni tampoco un gesto sensual, era algo sincero y tierno.

—Sígueme —le dijo a Hugo— voy a enseñarte donde vamos a trabajar.

Los dos fueron hasta el final de la tienda y cruzaron la puerta del taller.

—Ahí tienes las cajas.

Por la cara que hizo Hugo, Valentina supo que ahora mismo él no sabía como reaccionar. A pesar de haberle dicho que habían treinta y tres cajas, estaba claro que tal cantidad de cajas metidas en el pequeño taller de la tienda, impresionaba.

—Bueno —dijo Hugo frotándose las manos—, vamos a ver que tienes aquí.

Valentina se acercó a la primera caja, la que quedaba a una altura cómoda para ver su contenido, y justo cuando iba a abrirla, se detuvo y miró a Hugo.

—Prométeme que esta vez no te vas a desmayar.

—Tranquila —dijo él medio sonrojándose—, ahora ya sé lo que me espera.

—¿Seguro? —insistió ella—, luego no quiero preocuparme.

—Seguro —asintió él con fuerza.

Ella se hizo a un lado, y Hugo se acercó para abrir la primera caja. La abrió, metió la mano y sacó un cómic.

Sin decir nada puso los ojos en blanco y las piernas le temblaron. Valentina se temió lo peor, así que se acercó para sostenerlo.

—¡Bu! —gritó él cuando la tenía a menos de un palmo.

Por instinto, ella le pegó un par de golpes en el pecho.

—¡Ei, no me pegues! —hizo una pausa—. Aún no nos conocemos tanto.

—No me hagas estás bromas —dijo ella acabando de quitarse el susto de encima—, no me gustan.

—Lo siento, no lo haré más. A menos que encontremos algo por lo que merezca desmayarse —hizo una pausa—, como tu sonrisa.

Ahora fue ella quien se sonrojó. Se la había devuelto bien devuelta. Además no fue un piropo forzado, lo contrario, lo metió en la conversación como si nada. Ante el comentario, Valentina estuvo quieta un instante, se dejó llevar de nuevo por sus pensamientos... Y las ideas malignas de Victoria y Laura. No, no y no. Eso había sido solo un fallo.

—Trabajamos —dijo Hugo al ver que su comentario había dejado a su compañera fuera de juego.

Ella asintió con la cabeza y cogió la caja que estaba abierta, la depositó en la mesa y se apartó para que Hugo pudiera ver su contenido. El chico se acercó y empezó a sacar cómics. Uno tras otro los pliegues se iban acumulando a lado y lado de la caja. Sacó como un centenar. Cuando terminó quitó la caja de encima la mesa y miró a Valentina, que a su vez no había parado de observar lo que

hacia.

—Bien —exclamó—, solo con lo que hay en esta caja se puede comprobar que la colección es bastante variada. Des de superhéroes americanos, pasando por el cómic franco-belga y, sorprendentemente, bastante cómic independiente.

—¿Y eso es importante? —preguntó Valentina.

—En principio sí, de esta forma tienes mucho más mercado. La gente que compra antigüedades de Marvel o DC, no son los mismos que persiguen números antiguos de la revista Spirou o Pilote.

—Perdona —dijo Valentina con expresión perdida—, ¿Marvel? ¿DC? ¿Spi... qué?

Hugo sonrió, bueno en realidad se le escapó una carcajada ante la ignorancia patente de su nueva amiga.

—Tanto libro viejo, y ¿no conoces nada de la cultura popular? —preguntó finalmente.

Ella negó con la cabeza. Era la primera vez en muchos años que notaba que no sabía algo.

—No pasa nada —dijo Hugo sin dejar de sonreír—, con la que se nos viene encima acabarás sabiendo de todo esto.

Ella rió.

—A lo que íbamos. Con tal variedad, lo mejor que podemos hacer es intentar clasificarlos caja por caja, viendo lo que hay, antes de intentar valorarlos.

—De acuerdo —dijo Valentina— ¿cómo lo hacemos?

Hugo contempló los cómics esparcidos encima de la mesa, pensando como podía organizarlos.

—Acércate. Mira —dijo cogiendo un cómic—, este es DareDevil. Es un superhéroe de Marvel.

—Ya —dijo ella sin estar muy convencida.

—Si conoces los personajes, que es lo más probable, tienes que buscar el logo de la editorial —señaló un dibujo de una M con la palabra Marvel escrita debajo.

Sin decir nada más, Hugo empezó a ordenar los cómics que había sacado de la primera caja. Iba haciendo montoncitos y cada vez que cogía algo que le parecía interesante se giraba hacia Valentina y le explicaba a grandes rasgos quien o que era ese cómic, su autor a que estilo pertenecía e incluso el año.

La pasión que sentía por ellos era palpable. Los trataba con cuidado, no porque no fueran suyos, sino porque lo hacía habitualmente. Además, no podía evitar hojearlos, y en diversas ocasiones exclamaba:

—¡Toma ya! Un *Amazing Spider-Man*.

O:

—Nunca había visto uno de estos en persona. Siempre en escaneados digitales.

Y muchas más cosas por el estilo.

Sin quererlo, Valentina se vio reflejada en él. Ella hacía absolutamente lo mismo cuando paseaba por los puestos de libros viejos en la orilla del Sena, o en las librerías de Portobello Road, o en cualquier tienda que vendieran libros antiguos.

Cuando los había clasificado todos, y se sentía cómodo con el orden que había creado se giró y miró a Valentina.

—Bueno —dijo—, una caja menos.

Ambos rieron.

—¿Te atreves tú sola? —preguntó educadamente.

—No sé si... —dudó ella.

—Sí mujer —exclamó. Se dirigió hacia el montón de cajas y cogió una al azar—. Lo mejor que podemos hacer es que tú te enfrentes a esta caja, la abras y veas lo que hay dentro. Al fin y al cabo son tuyos.

Soltó una carcajada al dejar la caja justo ante los ojos de Valentina

—Pero si no tengo ni idea —protestó ella.

—Nadie nace aprendido —dijo él guiñándole un ojo—. A por ellos.

Valentina abrió la caja, cogió el primer cómic, lo miró detenidamente, y luego observó los mononcitos que Hugo había hecho.

—Batman. DC —susurró él como si le chivara la respuesta de un examen—. Va ahí —remató señalándole un mononcito.

Ella lo puso donde le había dicho, y miró de nuevo al interior de la caja. Como no tenía la más remota idea, probaba a averiguar a que mononcito pertenecía el que tenía en la mano, y él le acababa diciendo donde le tocaba. Y con un cómic tras otro, el tiempo fue pasando. Mientras que Hugo había tardado apenas media hora en ordenar los cómics de la primera caja, Valentina tardó cerca de un par de horas en la segunda. Estaba completamente agotada. Hacía años que su cerebro no tenía que hacer un esfuerzo tan sobre humano.

—Ya irás mejorando —dijo Hugo viendo el ánimo de Valentina—, si yo tuviera que ordenar lo que tienes ahí fuera, tardaría siglos sólo para clasificarlos por el color de las tapas.

El comentario había sido realmente ingenioso y había animado de nuevo a Valentina. Hugo miró el reloj que llevaba en la pulsera. Un objeto que había intrigado a Valentina desde que se había fijado que no era un reloj cualquiera.

—Es casi la... —empezó a decir Hugo, pero calló cuando Valentina, llevada por su instinto curioso, le cogió la muñeca y miró de cerca el reloj.

—¡Qué gracioso! —exclamó ella—. Es Goofy y sus brazos son las manecillas.

—Veo que el tema Disney sí que lo controlas —respondió Hugo.

—Sí, tengo montones de películas de dibujos en... —Valentina calló de repente. A pesar de no querer impresionar a Hugo, tampoco quería parecerle una chica que ve películas para niños. Pero antes que pudiera decir nada para cambiar de tema, él habló.

—No tengas vergüenza —dijo—, estás hablando con un chico que colecciona cómics, figuritas de acción y se pasa los domingos jugando a los videojuegos. Para mi conocer a una chica que mira películas Disney no me resulta vergonzoso. Al contrario, me gusta.

Ella sonrió, pero a la vez se dio cuenta en que había dicho Hugo: «Me gusta». No podía ser cierto. Ahora como saldría de ahí. ¿Era imposible que Hugo le encontrara algún defecto? Al parecer no.

Valentina quiso volver a la conversación de los cómics, pero no sabía cómo. Levantándose de golpe, quitó la caja vacía de encima la mesa y cogió otra, pero los nervios le jugaron una mala pasada, y la caja se le escapó de las manos, por suerte Hugo pudo cogerla al vuelo a la vez que le cogía las manos.

—Cuidado —dijo él.

Ese había sido un momento muy cursi, pero el contacto de las manos de Hugo en las suyas, la había tranquilizado y vuelto a la realidad.

—Esta la clasificamos juntos —dijo Hugo mientras dejaba la caja encima la mesa.

—De acuerdo.

Y se pusieron manos a la obra.

Cuando quisieron darse cuenta del tiempo, ya era la hora de comer.

—Madre mía —exclamó Valentina—, ya son casi las tres.

—¿Vamos a comer? —preguntó Hugo.

—¿Juntos?

—No, tú en una mesa y yo en otra —dijo Hugo con tono sarcástico.

Valentina se dio cuenta de la pregunta idiota que había hecho. Además, no tenía de que asustarse, eran, por decirlo de algún modo, compañeros de trabajo. No podía pasar nada, ¿no?

Cogieron sus cosas y salieron del taller hablando animadamente de lo que podría haber en aquellas cajas, que valor tendría o quién debía ser su antiguo propietario. Salieron y cerraron la puerta tras ellos. Cuando dejaron atrás El estante, Valentina solo pudo pensar en una cosa: A partir de ese domingo ya no habría más domingos solitarios.

Capítulo 10

Hugo

Cuando salió de su habitación, se encontró a Arturo tumbado bocarriba en el sofá durmiendo de cualquier manera, mientras a duras penas podía respirar por los ronquidos. Se sirvió sus cereales con leche matutinos, toda una tradición desde hacia años, y entre cucharada y cuchara cogió un vaso, lo llenó con agua fría del grifo y se dirigió al sofá. Y con todo el placer del mundo le soltó todo el contenido del vaso en la cara de Arturo.

—¡AAAHHH! —gritó a la vez que se levantaba cogiéndose la cabeza con las manos.

—No grites —dijo Hugo—, no ves que tienes resaca.

—Ya. Por eso me has empapado, ¿no?

—Eso cura —se rió Hugo mientras volvía a sus cereales.

Contemplar a Arturo resacoso era una de las cosas más divertidas de los domingos por la mañana. Según él, ese era el precio que tenía que pagar para ligar con decenas de chicas, pero ninguna de esas chicas había llegado a acompañarle en el sofá.

—¿Qué coño haces tan temprano? —preguntó con los ojos entrecerrados intentando mirar el reloj de pulsera.

—¿No te acuerdas? —preguntó Hugo sin esperar respuesta—. Voy a trabajar con Valentina.

—¿Cuántas semanas hace que sales con ella?

—Este es el quinto domingo, y no salgo con ella.

—Ya, por eso llevas la cuenta de los días que la ves —dijo Arturo todo lo sarcástico que pudo.

Hugo terminó de desayunar y metió el bol de cereales en el lavavajillas, pero cuando se dirigía al baño, antes de que Arturo lo ocupara durante horas para quitarse la resaca a base de duchas, este lo detuvo con una pregunta.

—¿Por qué no la invitas a salir?

Hugo se quedó fuera de juego.

—Hace semanas que la ves cada domingo para trabajar, pasáis todo el día juntos, vais a comer y otras cosas que no me cuentas...

—No hay otras cosas —aclaró Hugo nervioso.

—Bueno, da igual. Invítala a cenar y así os veis fuera de lo habitual. Y podrás ver si ella siente algo por ti, o simplemente te aguanta para que la ayudes con los cómics.

—No sé —dijo Hugo—, no creo que se apropiado, trabajamos juntos.

—Claro —respondió Arturo—. ¡Gallina, gallina, galli...

Pero la resaca venció de nuevo a Arturo, y tuvo que dejar de mofarse de Hugo.

—Anda, sigue durmiendo —dijo Hugo retomando su camino al baño.

—Hazme caso —le dijo Arturo mientras se tumbaba de nuevo en el sofá—, invítala a salir. No tienes nada que perder.

Cuando salió del baño, Hugo oyó los ronquidos de Arturo, ya se había dormido de nuevo. Fue a su habitación, se visitó con alguna de sus camisetas, procurando que no fuera ninguna de las que Valentina había visto, y salió de su piso haciendo el mínimo ruido para que Arturo pudiera seguir durmiendo.

El aire fresco de la calle ya era completamente otoñal, en el que el frío se te cala hasta los huesos, y más si vives cerca del mar. A Hugo le encantaba su piso, no tenía vistas al mar, pero podía subir a la azotea y verlo desde ahí, en todo caso siempre podía llegar en cinco minutos a la playa o al rompeolas, algo que no hacía desde hacía tiempo. Desde que trabajaba con Valentina no había vuelto a matar las horas en uno de sus lugares favoritos de Barcelona. Era consciente que no salía con Valentina, pero el hecho de verla y estar junto a ella era como un tónico revitalizante que le ayudaba a vivir una semana más. Tal vez Arturo tenía razón, y podía invitarla a cenar. Ya se lo pensaría.

Como cada día, cogió el metro en la Villa Olímpica, y se bajó dos paradas después en Plaza Urquinaona, y disfrutando de la Barcelona solitaria de primera hora de la mañana de los domingos del mes de octubre, paseó hasta la tienda de Valentina. A cada paso que se acercaba más a su destino el corazón se le aceleraba un poquito, trabajaban muy cerca el uno del otro, pero Hugo no veía normal que él le hiciera una visita entre semana, cuando en realidad no tenían que trabajar. Tenía miedo que Valentina se asustara o lo encontrara pesado, así que se esperaba a los domingos para verla.

Entró en la calle Canuda en busca de El estante. Y cuando ya tenía la tienda a la vista, también vio como Valentina se peleaba con la persiana para abrirla a la vez que sostenía dos vasos de café para llevar y el bolso le resbalaba. Hugo aceleró el paso y no dudó en ayudarla.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó educadamente mirándola de forma graciosa.

—¡Ai! —chilló ella mientras le caía el bolso, soltaba la persiana y por pura casualidad conseguía mantener los vasos en las manos—. Te dije que no me asustarás así.

—Vale —rió él—, entonces me espero a que abras.

—Ayúdame anda.

Hugo le cogió los cafés y ella consiguió abrir la persiana y la puerta.

—Cualquiera diría que lo haces cada mañana —se mofó él.

—Muy gracioso. Pasa dentro que hace frío.

Desde dentro, Valentina bajó la persiana un poco y cerró la puerta. Se quitó el bolso y la chaqueta y los dejó encima del mostrador, como siempre hacía, pero en lugar de cogerle uno de los cafés, se apoyó en el mostrador y cogió algo que había debajo.

—Tengo una cosita para ti —dijo Valentina.

Por un segundo Hugo soñó que era ella, pero se quitó la imagen de la mente en seguida. Valentina se incorporó de nuevo con un paquete en la mano.

—Toma —le dijo mientras le cogía uno de los vasos.

—¿Qué es? —preguntó Hugo sorprendido.

—Tú ábrelo y lo verás —insistió ella.

Hugo le dio el otro vaso, y sin quitarse la chaqueta abrió el paquete. Una vez quitó el papel de envolver vio algo que no se esperaba.

—Pero si es el *Journey into Mystery* número 83...

—La primera aparición de Thor —le interrumpió ella—, como hace semanas que hablas del estreno de Thor, pensé que te gustaría tenerlo.

—No... No —dijo tartamudeando Hugo—. No puedo aceptarlo. ¿No sabes lo que vale?

—Unos dos mil quinientos euros. Lo sé.

—Es algo demasiado valioso, no puedo.

—Claro que puedes, con lo que me estás ayudando te mereces algo a cambio.

—Pero podrías regalarme algo que no tuviera valor, este es de los más caros que tienes. Y lo sabes.

En esas semanas Valentina se había convertido en toda una experta en los cómics, y Hugo solo quedaba con ella para ayudarla con la cantidad ingente de cómics que tenía, no porque ella sola no supiera.

—Hugo —dijo ella cogiéndolo por las manos—, acéptalo, tengo muchos más, no me vendrá de un par de miles. Es un regalo sincero.

—Lo siento es demasiado, además el regalo ya lo he tenido compartiendo estos domingos contigo.

Ella sonrió, dejó los vasos de café en el mostrador y le cogió el cómic.

—Vale —dijo él tranquilizándose, pero la tranquilidad le duró poco.

Cuando Valentina tuvo el cómic, lo sacó de su bolsa protectora y le arrancó la cubierta.

—Toma —dijo dándole el pliego de páginas—, ahora ya no tiene valor.

—Pero ¿qué has hecho? —dijo él alarmado a la vez que contemplaba el cómic roto que le ofrecía Valentina.

—Le he quitado todo el valor, así en realidad te regalo basura.

Hugo sonrió, el acto de Valentina lo dejó descolocado, pero le había dado un baño de realidad.

—Yo me quedo con la cubierta a modo de recibo —dijo ella doblando y metiéndose el pedazo de papel estampado en el bolsillo.

Durante unos instantes Hugo se quedó quieto, ante el mostrador, con la chaqueta puesta y el cómic roto en las manos, mientras que Valentina abría el taller.

—Gra... Gracias —dijo Hugo que por fin había asimilado que el valor de ese cómic no era el monetario, sino el sentimental. Era el primer regalo que recibía de una chica.

—Venga —exclamó ella—, vamos a trabajar que Victoria me tiene loca con como tenemos el taller. Apenas puede trabajar —dijo finalmente riendo.

Hugo aclaró sus ideas y dejó el cómic encima del mostrador, dejó la chaqueta encima y fue tras Valentina. Quería aprovechar cada segundo que estuviera con ella.

Cuando entró en el taller vio que Valentina ya se disponía a abrir otra caja y vaciarla, ¿debía preguntarle por salir ahora? ¿O mejor lo dejaba para otro día? Pero entonces se fijó que había menos cajas por abrir.

—¿Qué has avanzado faena? —preguntó él nervioso por ver que la excusa para verla estaba llegando a su fin.

—No, bueno un poco —le respondió ella—, pero igualmente quiero que lo repases antes de seguir. No quisiera equivocarme.

Hugo respiró hondo, aún tendría un par de semanas más de trabajo ahí, así que aún podría atreverse a invitarla a salir. De momento iba a trabajar y a disfrutar de su compañía.

—Pues vamos a ver que has hecho —dijo finalmente él acercándose a los montones de cómics apilados en la mesa del taller.

Realmente Valentina había aprendido muy rápido, todo estaba bien embolsado, clasificado y etiquetado. La verdad es que la clasificación de cómics ya estaba terminaba, aún faltaba valorar uno por uno los ejemplares, antes de ponerlos a la venta.

Hugo sentía sincera curiosidad por quién había sido el propietario de esos cómics. Tenía auténticas joyas. Durante los días que habían abierto una caja tras otra, Valentina y él habían encontrado el primer número de Superman y Batman, gran parte de la serie original de Amazing Spiderman, dos ejemplares de cada Tintín editado en castellano por Casterman en los años cincuenta, la colección completa de Gaston Lagaffe, incluido el número cero, que era casi improbable de encontrar. Todo ello tenía un valor que superaba de sobras el que había pagado Valentina por todas las cajas. Y a pesar de que le había regalado el primer número de Thor, Hugo estaba soñando con hacerse con algunos de esos raros ejemplares para su colección privada.

En esas cajas había cómics por valor de más de un par de millones de euros, algo increíble para él, que siempre había nadado entre las páginas de todo tipo de aventuras de papel.

Estuvieron trabajando sin cesar durante toda la mañana, y como cada domingo, la hora de comer les pasó por alto y salieron corriendo a comer cualquier cosa ya pasadas las tres de la tarde.

Después comer en un McDonald's cercano, sabían que no era la mejor comida del mundo, pero los dos se volvían locos por las hamburguesas a un euro, regresaron a la tienda y dejaron sus cosas en el mostrador. Al hacerlo, Hugo no pudo evitar fijarse de nuevo en el cómic despedazado de Thor.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó intrigado.

—¿Lo del cómic? —dijo ella sonriendo—. Tengo tantos que me da igual, y prefería agradecerte tu ayuda obligándote a aceptar el cómic que no venderlo después a cualquier *friki* adicto a Thor.

—De nuevo gracias —dijo él sonriendo.

Dicho esto, ambos se fueron al taller a seguir clasificando cómics. Como siempre cada uno se encargaba de una caja, pero constantemente Valentina levantaba algún cómic por encima la mesa y se lo enseñaba a Hugo, y él le decía donde debía ir, haciendo que ambos fueran más lentos a la hora de clasificar los cómics.

Hugo, que por la mañana había visto que el trabajo junto a Valentina estaba llegando a su fin, no había podido quitarse de su cabeza lo que le había dicho Arturo: «Invítala a salir. No tienes nada que perder». En cierto modo tenía razón, el trabajo se estaba terminando, por lo que si Valentina se enfadaba o se ofendía por la invitación, no hubiera perdido mucho tiempo del que le quedaba a su lado. Pero por otro lado, esas horas a su lado, esos largos ratos observándola desde el otro extremo de la mesa, eran demasiado valiosos para perderlos por una simple pregunta. Pero ¿y si después del clasificar los cómics, ya no la volvía a ver? Los domingos sin ella ya no serían lo mismo. Volvería al rompeolas a sentirse melancólico y solitario.

«No tengo nada que perder» se dijo a sí mismo, y haciendo de tripas corazón llamó a Valentina.

—Valentina —dijo Hugo desde el otro extremo de la mesa— quiero preguntarte una cosa.

—Dime.

—Pero no sé como decírtelo —siguió él—, no tengo mucha práctica en hacer estas cosas.

—Bueno si no lo intentas, nunca sabré que me quieres preguntar.

Hugo sonrió nervioso.

—Bueno... Verás... Quería preguntarte... —él no dejaba de dudar.

—Vamos Hugo qué tu puedes —se mofó ella mientras él perdía fuelle.

Se miraron durante unos segundos que parecieron días, y Hugo se perdió en los grandes y hermosos ojos color miel de Valentina.

—¿Te apetecería salir a cenar conmigo algún día? —preguntó finalmente Hugo como si vomitase la pregunta.

—Vale.

—Ya sé que seguramente dirás que no, pero quería intentarlo... —siguió él obcecado.

—He dicho que vale —insistió ella.

—Además, trabajamos juntos, no se si sería apropiado... —Hugo seguía a su bola.

—Hugo —le llamó Valentina, pero al ver que no hacia caso gritó—: ¡HUGO!

Él por fin le hizo caso.

—Que te he dicho que sí.

—¿A sí? —se sorprendió él—. ¿En serio?

—Sí —Valentina dudó pero finalmente le preguntó—. ¿Por qué te sorprendes que haya dicho que sí?

—Ninguna chica me había dicho que sí antes cuando las invitaba a cenar.

—¡Qué tierno! —dijo ella sonriendo.

Por sorpresa de Hugo, ella no dijo nada más, tan solo se levantó y rodeó la mesa. A Hugo le empezaron a sudar las manos. Su corazón se puso a cien. Pero lo que hizo ella lo calmó al instante. Le dio un beso en la comisura de los labios. Ni en la boca, ni en la mejilla, sino en un punto medio ¿Eso quería decir algo?

El resto de la tarde, no cruzó muchas palabras más con Valentina, trabajó mecánicamente sin poder dejar de pensar en ella como algo más que una amiga, y sin dejar de sentir los labios de Valentina en su cara, como si ella le hubiera quemado con la cosa más dulce del mundo.

Capítulo 11

Valentina

Valentina no había podido evitarlo. No había querido hablar del tema con Victoria. Su amiga sabía que tenía una cita ese jueves con Hugo, pero no le había querido dar más información. Cada vez que tenía una cita a la que Victoria no iba, esta acababa en su piso diciéndole como debía vestirse, y era algo insoportable. Habitualmente, Victoria se vestía para provocar, pero Valentina no quería dejar sin aliento a Hugo, le gustaba hablar con él.

Ese día, aprovechando que no tenían clientes, y que Valentina quería prepararse con tiempo antes de quedar con Hugo, cerraron El estante a medio día. Y fue entonces cuando cometió un error irreparable.

—Bueno —dijo Victoria sonriente—, y a me contarás como ha ido la cita.

—Sí, claro.

Valentina estaba cerrando la persiana y apenas le prestaba atención.

—¿Ya sabes que te vas a poner?

—No, aún tengo que pensarlo —respondió Valentina, y justo un instante después se dio cuenta que había metido la pata hasta el fondo.

—¿A pocas horas de la cita, y aún no sabes que te vas a poner? —dijo Victoria escandalizada.

Valentina no sabía como había podido cometer ese error. Tan solo le tenía que decir un sí, rotundo y firme, seguido de cualquier conjunto provocativo que recordara tener. Y en lugar de eso había dicho que no.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó Victoria.

Valentina afirmó con la cabeza mientras se daba cuenta que ya no había marcha atrás.

—En ese caso —siguió Victoria—, ves a comer y a las 4 estoy en tu casa para echarte una mano.

En el lenguaje de Victoria ese «echarte una mano» quería decir escoger ella de forma unilateral lo que Valentina iba a ponerse.

Valentina volvió a afirmar con la cabeza y se despidió de su amiga que se fue a buscar el metro hacia su casa todo emocionada por la sesión de moda que tendría esa tarde.

Mientras comía, Valentina rezó para que Victoria tuviera un imprevisto que le impidiera ir a su casa. Cualquier cosa, desde que se había partido una pierna a que se le había quemado la casa. En seguida pensó que eso mejor que no, sino la tendría que aguantarla día y noche en su casa hasta que pudiera volver a vivir sola.

A cada minuto que pasaba, veía más cerca las cuatro horas de insufrible pase de moda, y si le dijera que algo le sentaba bien, aún no lo podría soportar, pero las críticas eran constantes.

Para calmar los nervios, Valentina cogió el libro que tenía a medias, un edición muy nueva de Emma, que leía por cuadragésima vez, pero cuando no quiso darse cuenta, el timbre del portal sonó. Se levantó con toda la pereza del mundo, rezando para que solo fuera publicidad, pero antes de que

podiera responder al interfono, el timbre sonó de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó Valentina sin ganas.

—Nosotras —la voz de una Victoria emocionada resonó por el telefonillo.

Sin decir nada más Valentina le abrió la puerta, segundos más tarde Victoria ya estaba en su rellano.

—Hola guapa.

—Hola Victoria —dijo Valentina enfurruñada— ¿por qué has dicho «nosotras»?

Antes de que Victoria respondiera, una voz salió del móvil de esta.

—Hola Valentina —era Laura—, a pesar de estar a miles de kilómetros, no quería perderme este momento —dijo entre risillas.

—Qué bien —dijo Valentina con falso entusiasmo.

No era la primera vez que Laura la aconsejaba por teléfono, y su presencia significaba que Victoria demostraría todo su poder para describir los vestidos que se pusiera Valentina, para que Laura comprendiera por qué no debía ponerse eso.

Las dos pasaron, Valentina cerró la puerta y las condujo a su dormitorio. Era el sitio de reunión perfecto. Grande, con vestuario y una cama en la que Victoria podía tumbarse mientras no dejaba de criticar a Valentina. Así que entró en la habitación se quitó los zapatos y la chaqueta, y los tiró en un rincón del suelo, para después sentarse en la cama apoyando la espalda en el cabecero, mientras dejaba el móvil con Laura a su lado.

—¿Sabes dónde te va a llevar? —preguntó Victoria.

—No, hemos quedado a las ocho en la entrada del metro de Plaza Catalunya —respondió Valentina.

—Si no te ha dicho nada —prosiguió Victoria—, seguro que es una sorpresa.

—Un sitio elegante —puntualizó Laura.

—Un lugar donde pasar una agradable velada hablando de vosotros —siguió Victoria.

—Me parece a mí que no —respondió Valentina—, lo conozco y no es de esta clase de chicos.

—Y ¿qué clase de chico es? —preguntó Victoria con tono sarcástico.

—No quiere impresionarme —respondió Valentina.

—Todos los chicos quieren impresionar en su primera cita —afirmó con fuerza Victoria.

—Este no —insistió Valentina—, si apenas tuvo valor para preguntarme salir, ¿cómo va a llevarme a un lugar de alto standing donde tenga que demostrar algo que no es?

—Eso da igual —dijo Victoria—, sea donde sea tu tienes que ir arreglada para hacerle caer de culo.

—Pero sino me hace falta —Valentina recordó a Hugo desmayándose cuando lo conoció.

—Vayas donde vayas, seguro que necesitas un vestido corto y un buen par de tacones.

—A menos que me lleve al cine, por ejemplo.

—No te va a llevar al cine —Victoria ya estaba cansada de tanta conversación—, hazme caso.

Valentina prefirió no insistir en que tenía cierta idea de donde podía llevarla Hugo, y un vestido corto y unos tacones de aguja no eran lo más apropiado, pero dejó que Victoria le dijera lo que debía ponerse, y ella luego haría lo que quisiera.

—Un vestido corto es demasiado arriesgado —dijo Laura.

—Un vestido corto en una cita nunca es arriesgado, así seguro que controlas la situación.

—A no ser que tenga que subir una escalera.

—Vale —dijo Victoria con tono condescendiente—, ¿tú qué te pondrías?

Valentina se fue a su vestidor y al cabo de unos minutos apareció de nuevo vestida como casi todos los días que había visto Hugo.

—Vamos no me jodas —dijo Victoria que, cuando se trataba de moda, no controlaba su vocabulario—, ¿qué vas a ir a trabajar, o qué?

—No, pero sé que él va ir como cualquier día.

—Claro, y yo los domingos me levantó temprano para ver el amanecer —dijo Victoria sarcásticamente.

Sin aviso, Victoria se levantó y metió a Valentina en el vestuario a empujones.

—¿Chicas? —se habían dejado a Laura en la cama.

—Ahora vamos —gritó Victoria des del vestuario—, la estoy vistiendo como dios manda.

Minutos después, Valentina salió del vestuario embutida en un vestido rojo chillón, que no recordaba tener, y unos tacones de más de quince centímetros a conjunto que su madre le había comprado en el último viaje que había hecho a Nueva York.

—¿Cómo quieres que vaya con esto? —preguntó Valentina mientras se miraba en el enorme espejo que tenía en la pared de la habitación.

—¿Tan mal le queda? —preguntó Laura.

—¿Recuerdas a Amanda en la fiesta de final de curso? —dijo Valentina.

—Sí —respondió Laura.

—Igual, pero sin serlo realmente.

—¡Quítate eso inmediatamente! —chilló Laura.

Valentina regresó al vestuario, mientras que Victoria hablaba con Laura.

—Bueno, ahora como mínimo ya sabemos qué no debe ponerse.

—Ya sabes que los extremos nunca han sido buenos —aclaró Laura.

Valentina regresó, llevaba unas manolitas, unos pantalones ajustados que dejaban ver todas sus formas, y una camiseta blanca.

—¿Qué vas de básicos de Zara? —preguntó Victoria entre carcajadas.

—¿Cómo va? —Laura estaba completamente perdida.

—Laura cariño —dijo Victoria—, siendo que tienes un móvil de última generación, que te parece instalarte Skype o algo por el estilo, así no haría falta que yo te lo explicase.

—Es que apenas sé como funciona este cacharro —protestó Laura a miles de kilómetros.

—Va con unas manolitas, unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca básica.

—Pero ¿en qué piensas? —preguntó Laura—. Debes llevar falda.

—Y las manolitas, ni se te ocurra.

—Vale, vale —respondió Valentina regresando al vestuario.

No era la primera vez que Valentina vivía una situación como aquella, pero esta ocasión rozaba lo absurdo. Por primer vez en mucho tiempo, Valentina quedaba con un chico que no era un cerebro de mosquito con el visto bueno de Victoria, era alguien que ella había encontrado por su parte, que no lo había conocido en una fiesta ni en nada por el estilo y, lo más importante, ya sabía quién era antes de la primera cita. Como le había demostrado en numerosas ocasiones, Hugo no era el típico chico que lleva a su pareja a cenar y después a tomar unas copas, seguramente había planeado algo especial.

Pero cada vez que ella insinuaba eso a sus amigos, las dos le advertían que el término «especial», siempre era algo muy elegante. Algo a lo que Victoria se aferraba como un clavo ardiente.

Tras algunas pruebas más y harta de que Victoria la criticara, Valentina finalmente regresó a su habitación vestida con lo que iba habitualmente por casa.

—Eso seguro que no —bromeó Victoria.

—Chicas —empezó Valentina—, en serio que os agradezco esto, pero realmente me estáis atosigando. Hugo es un chico normal, seguro que no hará nada para impresionarme, simplemente será él mismo.

—Un *friki* que no sabe ni como pedir salir a una chica —aclaró Victoria.

—¿En serio que no supo que decirte? —preguntó Laura.

—Sí.

—Qué mono —dijo Laura.

—Bueno. Vale —dijo Victoria—. Supongamos que tu chico «normal-que-no-quiere-impresionarte» hace lo que tu crees que hará. En ese caso no tienes problemas para ir vestida como siempre.

—Exacto.

—Pero —siguió Victoria—, y si, por una de esas casualidades del destino, quiere impresionarte demostrándote que es algo más que un *friki* y que puede ser todo un caballero llevándote a un lugar elegante, y tu te presentas echa una piltrafa ¿qué harías?

Por primera vez esa tarde, Valentina no pudo dejar de darle la razón a Victoria. Ella tenía muy claro donde la iba a llevar Hugo, no tenía demasiadas dudas e incluso le apetecía hacer lo que creía que haría con Hugo. Pero puede que Victoria tuviera razón en cuanto al arriesgarse. Mejor intentar buscar un término medio entre lo normal que quería ella y lo despampanante que le recomendaban sus amigas.

—Vale —aceptó Valentina—, vamos al vestuario e intentemos llegar a un acuerdo con el vestuario. Prefiero no fastidiarla en la primera cita.

—¿A no? —preguntó Victoria—. Así que realmente te gusta Hugo y no le estás haciendo un favor.

—Sí... Bueno, no... Bueno, todavía no lo sé —dijo dudando Valentina—. Dejadme que tenga una cita con él fuera del trabajo, y ya veré.

—¡Ui, ui, ui! Qué Valentina se nos está enamorando —dijo Victoria provocando a su amiga.

Laura rió a miles de kilómetros de distancia.

—Te digo que no lo sé —dijo Valentina muy seria—, de momento vamos a ver que me pongo.

Finalmente, tras muchas negociaciones, se acordó un conjunto arreglado pero deportivo, que tanto si el lugar de la cita era elegante como si no lo era, no desentonara. Valentina había conseguido llevar los vaqueros ajustados que quería y una camiseta blanca, sus amigas le habían forzado a llevar unos tacones de infarto —el que te daba si tropezabas y veías la caída que te esperaba—, y una americana azul marino que, a pesar de ser deportiva, aportaba cierto toque elegante al conjunto.

Cuando faltaban apenas una hora para que tuviera que salir de casa para encontrarse con Hugo, Valentina fue a ducharse, al salir, Victoria estaba preparaba con tal cantidad de maquillaje que parecía que quisiera pintar una pared.

—Venga, ven aquí que te preparo.

—Eso ni por asomo —dijo Valentina—, una cosa es la ropa y otra el maquillaje, que hay días que tú te pasas con la barra de labios.

—Nunca he oído quejas —dijo con tono altivo Victoria.

—Por qué no me preguntas a mí —dijo Valentina mientras se oían las risas de Laura al otro lado del teléfono—. Además, todos estos domingos he podido comprobar que Hugo se queda embobado conmigo tanto si llevo o no maquillaje, así que no me hace falta.

Victoria siguió insistiendo un rato, hasta que Valentina le dijo que no muy en serio, tan solo accediendo a hacerse las pestañas y pintarse un poco los labios, nada más. Con el conjunto escogido de tacones, vaqueros ceñidos, camiseta blanca y americana azul marino, Valentina salió de su apartamento acompañada por sus amigas, que no se separaron de ella hasta que llegaron a la Gran Vía.

—Que tengas suerte y, sobretodo, haz que se desmaye de nuevo —dijo Victoria como si aquella cita fuera una batalla.

—Pásatelo bien —dijo Laura por el teléfono.

—Mañana y a os diré como ha ido —dijo Valentina mientras cruzaba la calle despidiéndose con la mano de sus dos amigas.

Sabía andar con tacones, pero no le gustaba, no sabía como se había podido dejar convencer por Victoria de llevar esas pintas. Si estaba en lo cierto, Hugo no la llevaría a un lugar elegante, sino que haría algo diferente, algo que una chica cualquiera no sabría aceptar, pero que ella esperaba des de que le había pedido salir. Bajó por lo que quedaba de Rambla Catalunya, mucho más lenta de lo habitual. Había quedado en la entrada del metro de Plaza Catalunya, donde quedaba todo el mundo a todas horas, así que Valentina ya estaba mentalizándose para buscar a un chico de pelo oscuro con gafas, cazadora y camisa de cuadros. Cuando de repente alguien se acercó a ella.

—Hola.

—¿Quién... —se sorprendió Valentina—. ¡Hugo! ¿Qué haces aquí?

—He llegado frente al Triangle, y he visto la gente, así que he subido por Rambla Catalunya —dijo él en tono modesto—, y como siempre dices que bajas por Rambla Catalunya llueva, truene o haga sol.

Valentina no sabía que decir, Hugo le había ahorrado el calvario de la gente empujándose del centro, y sin quererlo había sido todo un caballero.

—Por cierto —siguió él—, veo que has crecido.

Valentina sonrió por el comentario dirigido a sus tacones, pero antes que pudiera decir nada, él siguió hablando.

—Toma —dijo dándole una bolsa de plástico con el logo de la tienda de cómics en la que trabajaba—, lo necesitarás.

Ella cogió la bolsa y miró a su interior. Había una camiseta para chica con el enorme martillo de Thor estampado encima.

—¿Me la tengo que poner? —dijo Valentina—. Con los tacones no queda muy bien.

—Sigue mirando —dijo Hugo mostrando esa sonrisa suya.

Valentina le hizo caso y siguió mirando. En el fondo había un paquete envuelto con papel de regalo de la misma tienda, Valentina lo cogió y lo abrió. En su interior había un par de zapatillas de color morado de la marca Converse, y un par de calcetines a rayas.

—Supuse que los necesitarías —dijo Hugo mirando los pies de ella.

—Muchas gracias, bajando hacia aquí pensaba como podría soportar una noche con esto.

Valentina se apartó para sentarse en un banco y se cambió el calzado.

—Espero que sean de tu talla —dijo Hugo un poco asustado frente a ella sosteniéndole el bolso.

Valentina se acabó de atarse los cordones, se levantó, y le acarició la mejilla.

—Claro que sí —le dijo ella—, y ¿la camiseta?

—La necesitarás.

—¿Dónde me llevas? —preguntó ella.

—Primero a cenar, y luego al estreno de *Thor: El mundo oscuro*, tengo pases para el estreno —
dijo Hugo todo emocionado enseñándole dos entradas para la película.

Capítulo 12

Hugo

Después de despedirse de Valentina, Hugo emprendió el camino a casa. Estaba tranquilo y relajado, se sentía satisfecho. La cita, a su parecer, había sido un éxito. Después de cenar en un restaurante tranquilo, nada del otro mundo, pero con una cocina que quitaba el hipo, habían ido al cine y Valentina parecía que se lo había pasado genial. Al salir de la sala, ella estaba emocionada, como si hubiera descubierto un nuevo mundo.

—Y ¿hay otra película de Thor? —preguntó entusiasmada.

—Sí —dijo Hugo contento—, de Thor, de Iron Man, del Capitán América, de Hulk y de Los Vengadores.

—¿Las tienes verdad?

—¿Por? ¿Quieres verlas?

—Hombre sí.

Dicho esto se cogió de su brazo y él le empezó a contar cosas de las películas, pero sin contarle el final. En lugar de volver al centro en metro, como hacia buen tiempo, habían bajado a pie hasta su casa. Bueno, en realidad bajaron a pie hasta la entrada de la calle en la que vivían, ahí se habían despedido. Y Valentina le había regalado otro de esos besos en la comisura de los labios que le hacían temblar las rodillas. Por eso estaba tranquilo y relajado. Ella era como un bálsamo.

A pesar de la noche, y que tenía ganas de andar, era demasiado tarde para cruzar media Barcelona a pie, así que cogió el metro en Plaza Urquinaona, y en pocos minutos estaba frente a su portería.

Sabía que Diego le estaría esperando, tenían previsto una sesión de Star Wars para el día siguiente, doce horas de ciencia ficción. Lo que no sabía era si encontraría a Arturo. Normalmente, todas las noches que había fiesta, él salía, aunque estaba tan emocionado porque Hugo tuviera una cita, que podía ser que se hubiera quedado en casa a la espera de su amigo.

Hugo sacó, como siempre, las llaves mucho antes de llegar a su portería. No tenía prisas, estaba disfrutando de ese momento mágico que había vivido. Seguramente había tenido la cita perfecta. Además, sabía que el domingo siguiente volvería a ver a Valentina en el trabajo, así que podría intentar tener otra cita.

—Pasito a pasito —se dijo a sí mismo, no quería lanzar las campanas al vuelo. Pero tenía unas ganas irrefrenables de hacerlo.

Al llegar a su casa pudo comprobar que, como mínimo Diego, estaba en casa, ya que le saludó desde el balcón antes de desaparecer en el interior del apartamento. Abrió el portal, y cuando iba a coger el ascensor, optó por subir por las escaleras, tenía energía suficiente para subir a pie. Peldaño tras peldaño subió hasta el tercero, y cuando se disponía a preparar la llave de su apartamento, empezó a oír aplausos. Ante la puerta abierta estaban Arturo y Diego aplaudiéndole.

—¡Bravo! —gritó Diego.

—Lo has conseguido chaval —dijo Arturo acercándose a él mientras le cogía por los hombros para hacerlo entrar en casa—, ¿ya has pinchado?

—¿Pinchado? —preguntó sin entenderlo Hugo.

—Pinchar, tomar un café —aclaró Arturo.

—No —dijo Hugo—, era demasiado tarde para tomar café.

—Menudo idiota, no sabes lo que significa tomar café.

—¿Tiene otro significado a parte del...? ¡Aaahhh!

Hugo por fin había comprendido, y Arturo insistió.

—Entonces qué ¿tuviste suerte?

—No.

—¿No? ¿Tan seguro estás de volverla a ver?

—Bueno, sí. El domingo la vuelvo a ver.

—Ese es mi chico —dijo Arturo dándole palmaditas en la espalda.

Hugo entró acompañado por sus dos amigos, que le obligaron a ir hasta el sofá para que les contara como había ido la cita.

—Ahora que lo pienso —dijo Arturo—, ¿has ido vestido así?

—Claro.

—¿Cómo que claro? ¿Dónde la has llevado?

—Bueno, fuimos a cenar...

—¿A qué restaurante? —le interrumpió Arturo.

—Un italiano de Via Laietana, ¿qué pasa? —preguntó Hugo al ver la cara de asco de Arturo.

—No me jodas Hugo. ¿A un italiano? Mira que hay restaurantes en Barcelona —Arturo se calmó y siguió preguntando—. ¿Y después?

—Al cine.

—Vaya cagada amigo mío. ¡Qué no tenéis quince años!

—Como mínimo ¿habrá sido a una película para chicas? —preguntó Diego.

—Pues no.

Un silencio sepulcral se hizo en el apartamento. Arturo se frotaba las sienes y Diego ataba cabos.

—No me digas —empezó Diego—, qué has ido a ver la película que habíamos quedado en ver juntos.

—Pues sí. Pero ya iremos —se disculpó Hugo.

—¿Qué película es? —preguntó Arturo asustado. Cualquier película que pudieran ir a ver sus dos amigos era muy peligrosa.

Hugo respondió susurrando.

—¿Qué? —preguntó Arturo.

—*Thor: El mundo oscuro* —dijo Diego.

—¿Cómo? ¿Has llevado a una chica a ver Thor?

—*Thor: El mundo oscuro* —aclaró Diego.

—Eso da igual. ¿En serio Hugo? ¿En serio qué la has llevado a ver Thor? —preguntó alarmado Arturo.

—Pero si le ha gustado...

—A las chicas no les gusta Thor —aclaró Arturo—, ¿no lo entiendes? Te lo ha hecho creer para

que no te sintieras mal por cagarla.

—Valentina no hace estas cosas.

—Todas las chicas lo hacen —dijo Arturo.

Diego no se lo podía creer.

—Dijimos que la iríamos a ver juntos.

—¡Calla *friki!* Qué esto es grave —dijo Arturo preocupado—. ¿Como mínimo habrás pagado tú? —preguntó.

—Hombre claro —respondió Hugo.

—Bueno, algo es algo.

Otro momento de silencio se generó. Diego estaba enfurruñado por la traición de su compañero, mientras que Arturo, de pie, no hacía más que dar vueltas para intentar encontrar una solución.

—Pero ¿qué te pasó por la cabeza para invitarla a ver Thor? —preguntó Arturo para comprender los actos de su amigo.

—No sé, tenía las entradas para el estreno, hacía semanas que estábamos trabajando con los cómics. Supongo que quise que viera que los cómics no son solo de papel y que son divertidos.

—Eso solo gusta a niños y *frikis* como vosotros. La tendrías que haber llevado a un restaurante elegante y luego a un local tranquilo para poder intimar.

—¿Por qué? —protestó Hugo—. ¿Por qué todo el mundo lo hace? ¿Por qué es lo que harías tú?

—No, sino por qué de este modo no la impresionarás.

—¿Cómo quieres que la impresione si la primera vez que me vio me desmaye?

Diego soltó una carcajada, ya había olvidado la traición de Hugo y, además, sabía de sobras que iría con él a ver la película. Arturo, que hasta entonces había estado serio y preocupado por los errores de Hugo, no pudo evitar que una sonrisa le surgiera por debajo la nariz.

—Vale, de acuerdo. Pensemos en positivo —dijo Arturo—. Siempre puedes ir a mejor.

Hugo, que no sabía que pensar, miró a Arturo de forma sincera.

—¿Tú qué me recomiendas?

—Veamos, juegas con la ventaja que aún la verás los domingos, así que por un lado te puedes disculpar...

—Algo que no haré —dijo Hugo—, creo que se lo ha pasado bien y que no he cometido ningún error para ella.

—Y por el otro —siguió Arturo—, puedes demostrarle que eres un auténtico gentleman en la próxima cita.

—¿Cómo?

—Para empezar te vistes como dios manda, luego la llevas a un restaurante con estilo, no hace falta que sea muy caro, simplemente para que vea que conoces la ciudad...

—No estoy ligando con una turista, te lo recuerdo —interrumpió Hugo.

—Bueno, pues para vea que sabes comer con clase, y para terminar las llevas a un sitio donde podáis tener un rinconcito apartado y podáis hablar de vuestras cosas. Ni de cómics, ni de películas, ni de videojuegos, sino de vuestras cosas.

—Es decir, que la dejes hablar a ella —dijo Diego cachondeándose de los consejos de Arturo.

—Tu calla que lo más cerca que estás de una chica, es cuando alguna se equivoca y se sienta a tu lado en el metro.

Diego se levantó y se fue a la cocina.

—Yo ya te diré donde tienes que ir y que tienes que decir —dijo Arturo.

Tras esta conversación, Arturo le dio un par de tarjetas a Hugo. Una era la de un restaurante en Paseo de Gracia, y la otra de una sala de fiestas en la Diagonal. Unos sitios que Hugo no pisaría ni en sueños, pero tras lo que sus amigos le habían dicho, sobre todo Arturo, ya no sabía que creer.

En un principio le había parecido que Valentina se lo pasaba muy bien durante la cena y en el cine. ¿Esa chica de la que se había enamorado era capaz de hacerle creer que no le había gustado algo, cuando en realidad no había sido así? ¿Tan fría y superficial era?

Además, si Arturo estaba en lo cierto, y la cita había sido un fiasco, por mucho que trabajara con ella los domingos, se negaría a tener otra cita con él. Le daría largas o algo así. ¿Tan grave era llevar una chica a ver una película de superhéroes? Hugo ya no sabía que pensar.

Decepcionado por sus supuestos errores se fue a su habitación, se tumbó en la cama y empezó a jugar con su móvil. No podía creer que Valentina le mintiera, y menos cuando parecía que le había agradecido de corazón las zapatillas y la camiseta. Tal vez Arturo tenía razón, y lo mejor fuera disculparse. Con el móvil en las manos cada vez esa idea iba haciendo más nítida, hasta que por fin se decidió a llamarla. Pero ¿debería hacerlo? No quería parecer ni un tipo pesado ni un calzonazos. Se levantó de golpe y regresó al comedor donde Arturo y Diego tenía una discusión sobre cuál había sido el mejor Batman.

—Te digo que Christian Bale —dijo Arturo.

—Ese te lo parece por qué es el más serio —dijo Diego negando con la cabeza—, pero sin duda el mejor fue Michael Keaton.

—No te niego que de los antiguos, el mejor fuera Michael Keaton, pero de todos, sin duda Bale —insistió Arturo.

Ninguno de los vio como Hugo se acercaba, estaban tan enfrascados en la discusión que era imposible que se dieran cuenta que estaba allí, así que tuvo que actuar.

—El mejor fue Adam West —dijo firmemente.

Sus dos amigos callaron, se giraron y lo miraron, había conseguido lo que quería.

—Hugo —empezó Diego—, sabes que con estas cosas no se juega.

—Lo siento, pero tenía que hacerlos callar —hizo una pausa y siguió—. ¿Os parece bien que la llame para disculparme?

Arturo se levantó de un salto y fue hacia su amigo, y sin que Hugo pudiera reaccionar le cogió el móvil.

—¡Estás loco! Ni se te ocurra.

—¿Por?

—Pues, por qué pareces un inseguro, un calzonazos, un pesado...

—Vamos —le interrumpió Diego—, lo que viene siendo un idiota.

—Eso —afirmó Arturo.

—Pero tu me dijiste que me disculpas.

—Ya, pero lo tienes que hacer con estilo y no por teléfono.

—¿Por? —preguntó Hugo.

—Verás querido Hugo —dijo Arturo cogiéndole por el hombro como si lo llevara a dar un paseo por el comedor—, a las mujeres les gusta que los hombres hagan las cosas de forma elegante y con

clase. Para disculparte no te vale una llamada, ni siquiera el domingo cuando la veas, debes hacerlo cuando vuelvas a quedar con ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Antes de llevarla a cenar le dices que lo de Thor fue un pequeño error y que no volverá a pasar jamás. La propia cena en sí misma será la mejor disculpa, pero sería mejor que tu se lo dijeras, para que comprendiera que tu has visto tu error.

—Ya, entiendo.

—Eso espero —le respondió Arturo—, de esta disculpa depende tu futuro con ella.

—¿En serio?

—Claro, no ves que si pasas por alto un error ella siempre se acordará de él.

—Te lo restregará —siguió Diego.

—Y lo utilizará como excusa para no verte más —remató Arturo.

Hugo trago saliva. No podía arriesgarse a ello. Sin soltarlo Arturo lo llevó hasta su cuarto.

—Ahora descansa, intenta olvidar los errores que has cometido y mañana será otro día.

Hugo entró en su habitación y Arturo cerró la puerta tras él. La verdad es que no sabía como iba a descansar pensando en todo lo que sus amigos le habían dicho esa noche. Y él que creía que dormiría plácidamente pensando en Valentina y el beso que le había dado al despedirse.

Ese beso no podía ser falso, sino es que era una actriz brillante. Ese beso era sincero, por lo tanto, no había cometido demasiados errores cuando ella se había despedido así. Si lo había pasado mal, no tenía que darle ese beso, ¿no?

Poco a poco, Hugo fue aclarando sus ideas. En primer lugar creía que Valentina era sincera, y eso, de momento, no cambiaría. Por lo que su cita había sido una buena cita. En segundo lugar, tal vez Arturo tenía un poco de razón, y era su amigo desde hacía años, por lo que le haría caso en cambiar un poco el estilo de la cita. Y en tercer lugar, decidió, de momento, no disculparse, ver como iba la segunda cita, y ver cuáles era la reacción de Valentina, y en consecuencia, actuar.

Si Valentina se lo pasaba mejor, sabía que debía cambiar, si iba a peor, mejor que siguiera siendo el mismo, y si el resultado de la cita era más o menos el mismo, sabía que Valentina lo quería fuera como fuera.

Capítulo 13

Valentina

Cuando Valentina entró por la puerta de El estante ese sábado por la mañana, Victoria ya estaba allí. Esta vez, su amiga no había llegado antes para resarcirse de nada, sino para que Valentina le contara todos los detalles de la cita, a pesar de que ya la había llamado el viernes. Así que Valentina puso un pie en la tienda, Victoria se le lanzó al cuello.

—Ves como yo tenía razón con los tacones —dijo toda orgullosa.

Algo que no le había contado Valentina, era que Hugo, demostrándola conocer más de lo que creía, le había regalado unas zapatillas y una camiseta para que se sintiera más cómoda. Quería hacer creer a sus amigas que parte del éxito de la cita había sido gracias a ellas y a sus consejos en moda.

—Yo no te dije que no tuvieras razón, simplemente que tal vez no eran muy adecuados —comentó Valentina mientras dejaba sus cosas.

—¿Y lo fueron, o no?

A pesar de que les dijo que la cita había sido un éxito, y que tenía intención de seguirse viendo con Hugo, no les había dicho como había sido la cita. Temía que si les comentaba que la había llevado al cine a ver una película de superhéroes, Victoria se presentase en su casa exigiendo explicaciones. Pero le había prometido que se lo contaría todo así que la viera. Por eso estaba ahí Victoria tan temprano. Era cotilla por naturaleza.

—Pues no mucho.

—¿Cómo? Pero se puede saber ¿dónde te llevó ese inútil? —preguntó Victoria saliéndose de sus casillas.

—Al cine.

—Al cine, ¿qué se cree que tienes quince años?

—No. Victoria tranquilízate.

—¿Cómo me voy a tranquilizar? Encima tú pretendes volverlo a ver, ¿qué iréis a la feria a comer a azúcar y manzanas de caramelo?

—Victoria —dijo seriamente Valentina—, me lo pasó bien y Hugo me gusta mucho.

—¿Por qué te gusta este imberbe mental?

—Primero no le llames así, y segundo, porque es como...

—Por favor —dijo Victoria en tono suplicante—, no me digas que es como un niño.

—Exacto, es como un niño grande. Disfruta con todo lo que hace, y no se avergüenza de hacerlo.

—Es un *friki*.

—¿Y qué, Victoria? Eso da igual. Es divertido, sincero y además vive, disfruta de cada segundo.

—Leyendo cómics y jugando a videojuegos.

—Eso da igual, lo hace con pasión. Lo tendrías que haber visto estos domingos, no se daba cuenta de que estaba trabajando. Para él era como un juego, algo con lo que pasárselo bien.

—¿Y?

—Y que cuando esta conmigo lo hace igual.

—¿Juega contigo?

—No, vive conmigo con pasión. Cuando está conmigo, es como si no hubiera nadie más a su alrededor.

—Hablando de pasión —dijo Victoria cambiando de tono—, ¿ya habéis jugado?

Valentina no se dignó a contestar, la mayoría de conversaciones sobre amor con Victoria acababan siempre en el mismo terreno. Tenía una obsesión con el sexo y no la ocultaba.

—¿Tantos días solos y no habéis hecho nada? Sabes que me cuesta de creer —siguió insistiendo Victoria.

—No soy como tu Victoria.

—Oye, que yo soy liberal no una puta.

Dicho esto Valentina prefirió dejar de lado ese escabroso tema, e intentar que Victoria focalizase su mente en otras cosas.

—Me llevó a cenar a un italiano de aquí cerca, en Vía Laietana.

—Repito, es un inútil imberbe.

—No seas mala Victoria.

—Pero ¿qué cree, qué está saliendo con su primera chica?

—Me parece que no solo lo cree.

—¿En serio?

—Yo lo encuentro muy tierno. Hacía años que un chico no me llevaba al cine en una cita.

—Porque hace años que dejaste el instituto —dijo Victoria carcajeándose.

En vista de que era imposible que Victoria dejara de criticar a Hugo, Valentina quiso cambiar de tema y proteger la concepción que tenía ella de Hugo. Sin duda no era el concepto de hombre perfecto. No era fuerte, no era valiente —aunque tampoco lo había podido demostrar—, y tampoco parecía interesante. Era lo que Valentina había visto desde un principio, un niño grande. Agradable, tierno y divertido, con el que pasar buenos ratos. Todo tipo de buenos ratos, aunque Victoria estuviera obsesionada en que era un niño pequeño, no era tonto. Además podía mantener una conversación con él, algo que Valentina agradecía con todo el alma, ya que además de cómics era un ávido lector, había estudiado Bellas Artes en la universidad, y el cine, más allá del de superhéroes, también le gustaba. Así que los temas de conversación no se agotaban. Y para rematar, no tenía vergüenza en explicar sus gustos, algo que había llevado a Valentina a abrirse de par en par y, por ejemplo, contar su gran afición a los Clásicos de Disney.

—Oye, hablando de otra cosa...

—¿Quieres dejar ya el tema de tu cita para quinceañeros? —dijo con sorna Victoria.

—Sí —respondió con el mismo tono Valentina—, la verdad es que sí.

—De acuerdo —Victoria levantó las palmas de las manos—, eres tú la te que vas arruinar la vida con un niño pequeño.

—Basta —dijo Valentina enfadada—. Hablemos de otras cosas.

—Dime.

—A ver —empezó Valentina ordenándose las ideas—, el tema de los cómics ya está llegando a su fin.

—¡Por fin! —exclamó Victoria.

—Están casi todos clasificados, y muchos de ellos ya tienen un precio asignado —dijo Valentina pasando por alto el comentario de Victoria—, deberíamos ir pensando dónde ponerlos.

—En la basura —bromeó Victoria.

—Tú sigue con el pitorreo a costa de los cómics. No ves que si los vendemos tendremos unos beneficios parecidos a los que tuvimos con Gabriel.

Victoria no respondió, simplemente miró con cara de incredulidad a su compañera.

—Y por ello deberíamos intentar ponerlos en algún sitio donde llamen la atención.

—De acuerdo —respondió Victoria en tono conciliador—, siendo que el stock es grande deberíamos hacer una criba.

—¿Una criba?

—Sí —dijo Victoria—, verás, escogemos un rincón donde poner los cómics y escogemos los más llamativos o los que nos parezcan a nosotras para ponerlos en la sección. El resto, como los tienes indexados, tan solo hace falta tener un catálogo con las portadas a mano siempre que alguien pregunte por ellos. Así, a pesar de no tenerlos a la vista, la gente los podrá ver.

Valentina no dijo nada, se había quedado impresionada.

—Por otro lado, los más valiosos, de momento, los podemos colocar en las vitrinas a buen recaudo. Ya que ahora no tenemos nada que pueda ir en ellas.

—¿Y dónde metemos los libros que sobren?

—Una vez escogido la zona donde irán los cómics, como tú te sabes todo lo que tenemos en las estanterías, es tan fácil como clasificarlos de nuevo, moverlos de sitio o guardarlos como los cómics, y tener ambos catálogos siempre a mano.

A Valentina se le estaba ocurriendo una idea, que a cada segundo que pasaba era más brillante.

—Y si —dijo Valentina levantando el dedo índice de la mano derecha—, los catálogos los ponemos en un pedestal o algo parecido en la zona donde le tocaría. Así todo el mundo los tendrían a la vista, y solo tendrían que pedirnos lo que quisieran a nosotras, ¿no?

No era la primera vez que les pasaba eso, en un momento de lucidez ambas amigas pensaban como una sola y se les ocurrían ideas increíbles para su negocio, pero no pasaba muy a menudo. La primera vez fue al pensar en el nombre de la tienda y el segundo fue en el concepto de la tienda. Y ahora, años después, habían conseguido solventar un problema de venta al público en cuestión de pocos minutos. Cuando querían eran las mejores.

—Lo que deberíamos hacer de momento —siguió Valentina— es hacer propaganda de que en poco tiempo pondremos a la venta un gran número de cómics clásicos en perfecto estado.

—Así la gente empezará a tenernos en cuenta y cuando lo hagamos ya estarán en la puerta para gastarse miles de euros —dijo Victoria riéndose de forma malvada mientras se frotaba las manos.

—No te flipes —dijo Valentina—, que puede que tengamos algo que vender pero no quién lo compre.

—Es verdad.

—Recuerda que el Galileo lo tuvimos a la venta, pero hasta que no llegó Gabriel, no tuvimos quien lo comprara.

Victoria suspiró.

—Gabriel —dijo Victoria—, que pena que esté casado.

—Victoria eres incorregible.

—Y tú una cursi.

Ambas rieron un buen rato, hasta que oyeron la campanilla de la puerta. Y como si fuera llamado por las clamorosas trompetas del cielo, su cliente mágico, el que las había salvado de una posible quiebra, su hado madriño estaba ahí de pie ante ellas. Gabriel había hecho su entrada triunfal.

—Hola —dijo Victoria con tono insinuador, intentando una vez que Gabriel se fijara en ella.

—Ahora mismo hablábamos de ti —dijo Valentina.

—Espero que bien —bromeó Gabriel con su marcado acento americano.

—Sí, sí. Claro —dijo riendo Valentina ante la ocurrencia de su cliente.

Durante un segundo pareció que Gabriel se preparaba la frase que estaba a punto de decir en su cabeza. Ya que a pesar de su carácter directo y embriagador, era un hombre que, por lo que habían visto, medía muy bien sus palabras, y más cuando hablaba en castellano.

—Hoy no tenía intención de pasarme por aquí, pero he bajado al centro a hacer unas compras y no he podido evitar venir a visitarlas para ver como tienen mi colección de Jane Austen.

Valentina sintió como el mundo se hundía bajo sus pies. Con todo lo de Hugo y los cómics se había olvidado por completo. Y en se caso, no podía pedirle explicaciones a Victoria, la responsable de «cazar» libros era ella. Y ahora como podía decirle a su cliente estrella que no había hecho nada de su encargo en un mes.

La cara de espanto de Valentina debía de ser más que evidente, ya que tanto Gabriel como Victoria se la quedaron mirando sorprendidos por su expresión de horror. Por suerte, Victoria reaccionó lo suficientemente rápido para que evitar que Gabriel también se asustara.

—Verás —empezó Victoria—, cuando realizamos este tipo de encargos, preferimos mantenerlos en secreto hasta que tenemos toda la colección completa.

Mentira cochina, ya que nunca habían realizado un «encargo» como ese.

—¡Aaahhh! —dijo Gabriel comprendiendo.

—Como mucho —dijo Victoria como si le hiciera un favor—, te podemos asegurar que vamos por buen camino.

—Excelente —respondió alegremente Gabriel.

Tras una breve conversación de cortesía, a la que se unió Valentina repuesta de su horror, en las que se habló, según Victoria demasiado, de la mujer de Gabriel y que acabó con una cordial despedida por parte de su cliente que prometió avisarlas la próxima vez que fuera a visitar El estante, Victoria se encaró con Valentina.

—Pero ¿qué tienes en la cabeza para olvidar un encargo? —hizo una pausa pero no dejó hablar a Valentina—. Y no un encargo cualquiera, sino el encargo de Gabriel.

—No sé —dijo Valentina aturdida.

—Claro que lo sabes.

—¿A sí?

—Sí —sentenció Victoria—, tienes a un hombre que se cree un niño y un montón de basura apilada en el taller.

Victoria había estallado. Hacía semanas que le era imposible trabajar en el taller debido a los montones de cómics clasificados, que a pesar de quedar arrinconados, ocupaban demasiado espacio. Además Valentina había olvidado una de las responsabilidades en la tienda, buscar libros. Y para

colmo, el motivo por el que Valentina había perdido el norte era un hombre que vivía como si fuera un crío que ni siquiera, según Victoria, era un hombre de verdad.

—Lo siento Victoria —intentó disculparse Valentina—, me han pasado demasiadas cosas en pocos días y estoy un poco despistada. Ya sabes que mi vida social es muy triste, y si ahora se anima, pues no sé como compaginarla del todo con el resto de mi vida.

—Valentina yo te... —dijo apretando los puños y aguantando la respiración y las ganas de matar a su compañera.

Dicho esto, Victoria se fue al taller cogió sus cosas y se fue de la tienda sin decir nada. Valentina salió tras ella.

—¡Victoria, espera! —dijo gritando en mitad de la calle, pero al ver que la gente la miraba, terminó la frase susurrando—. Lo siento.

Completamente derrumbada por la discusión con su mejor amiga, Valentina regresó a la tienda, bajó la persiana hasta la mitad, cerró la puerta por dentro y colgó el cartel de cerrado a pesar de ser media mañana. Tan solo podía hacer una cosa para esperar a que Victoria regresara, intentar ordenar el taller y comenzar a escoger los cómics que pondrían a la vista de sus clientes. En las últimas semanas, esa cantidad ingente de novelas gráficas le había hecho un efecto balsámico para los nervios. ¿O era la presencia de Hugo? Y ¿si lo llamara? No, mejor no. Se lo había pasado muy bien con él, pero aún no tenían una relación clara como para ser un hombro en el que llorar. Mejor era llamar a Laura.

Fue a buscar el teléfono, buscó su número en la agenda y llamó. Por suerte o por desgracia, el teléfono de Laura no tenía señal. Por suerte, estaría volando en la otra punta del mundo, sin conocer que dos de sus amigas se habían peleado. Por desgracia, estaría hablando con Victoria.

La última opción eran sus padres. Pero nunca les había contando sus problemas con sus amigas. Eran sus padres, no sus confesores.

Con el teléfono en la mano empezó a consultar la agenda en busca de alguien con quién hablar y desahogarse de lo sucedido con Victoria. Inconscientemente, apretó el botón de llamada cuando pasó por tercera vez por encima de la «H», y se puso el auricular en la oreja.

—«Digamelón» —Hugo era un niño grande, no podía evitarlo.

—Melón —respondió ella con voz triste.

Triste por haberse discutido con su mejor amiga y triste por no haber podido controlarse de llamarlo a él, ya que eso quería decir que no tenía mucha más gente a la que recurrir.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hugo sorprendido por el tono de voz de Valentina.

—Nada —respondió Valentina.

—Esa voz no es de «nada» —dijo sonriendo Hugo—. ¿Qué te ha pasado?

Valentina no podía aguantar más.

—Me he discutido con Victoria —dijo finalmente.

—No pasa nada —dijo riendo Hugo—, yo me discuto con mis amigos día sí y día también. Pero siempre lo arreglamos con una partida a la Play.

Valentina sonrió, pero no emitió sonido alguno.

—Aún estás ahí ¿verdad? —dijo preocupado.

—Sí, tranquilo.

—Haremos una cosa —dijo Hugo con voz decidida—, esta noche te paso a buscar a tu casa y nos

vamos a cenar.

—Has mejorado respecto la otra vez —bromeó Valentina recuperando el humor.

—Sí —dijo con voz vergonzosa—. ¿Qué te parece?

—Te esperaré —dijo Valentina.

—Pues arréglate, que no te voy a llevar al cine.

—De acuerdo —dijo ella.

Se despidieron rápidamente.

Llamar a Hugo la había animado de nuevo, y además tenía una nueva cita con él. Pero ¿qué quería decir con lo de arréglate?

Capítulo 14

Hugo

Era un sábado extraño. Tras el jueves que había tenido la primera cita con Valentina y un viernes con sabor a domingo, ese sábado había sido muy raro. Incluso los clientes estaban despistados, y el día había estado lleno de absurdos. Desde un mujer mayor que había entrado a comprar la última novela romántica de turno, pensando que era una librería general, a un niño, de apenas doce años, que había querido comprar toda la colección de cómics eróticos de ciencia ficción de Druuna. Pero a Hugo le había sido igual, ya que por la mañana Valentina le había llamado en busca de consuelo después de una discusión con su mejor amiga, y no había podido dejar de pensar en ella en todo el día, tuviera el cliente que tuviera delante. A pesar de lo que dijera Arturo, la cita anterior no había ido tan mal, sino no le hubiera llamado ¿no? Pero lo más importante de todo era que Hugo, haciendo de tripas corazón, le había pedido volver a salir esa misma noche, y ella había aceptado. Por un segundo dudó en llevarla de nuevo al cine, pero finalmente le recomendó que «se arreglase», aunque para Hugo siempre iba perfecta. Quería comprobar si Arturo tenía razón o no. El problema de comprobarlo era que él también tenía que arreglarse.

Tras despedirse de Martín alrededor de las siete de la tarde, Hugo se fue a su casa. Y porque Martín casi lo echó fuera de la tienda al saber que esa noche tenía una cita con Valentina, sino el muy inútil de Hugo hubiera estado trabajando hasta las ocho y media.

Cuando llegó a casa, Arturo estaba jugando solo a la Play.

—¿A qué juegas? —dijo Hugo al entrar por la puerta.

—A nada —dijo Arturo pausando el juego de golpe—. Bueno, a algo que tenías por aquí encima.

—¿El qué?

Arturo murmuró algo casi inteligible, y Hugo se acercó a la pantalla y vio lo que creía haber visto al entrar.

—No puede ser —dijo Hugo buscando algo entre los juegos y los papeles esparcidos encima de la mesilla del saloncito—. Te has comprado un juego.

—¡No! —exclamó Arturo.

—Claro que sí —Hugo encontró lo que buscaba—, te has comprado el *The Last of Us*.

—Bueno —dijo Arturo al ser descubierto—, lo he visto y estaba de oferta.

—Este no está de oferta pedazo de trolero, es demasiado nuevo —dijo sonriendo Hugo mientras le enseñaba la reluciente caja del videojuego.

—Bueno, pasé por una tienda y no pude evitarlo.

—¿Desde cuándo no te comprabas un juego?

—Ya no me acuerdo —Arturo hizo una pausa—. Ya casi me había olvidado del placer de comprarlo, despreciantarlo, ese característico olor del manual y ponerlo. Qué placer más sincero.

Arturo se dejó caer en el sofá de nuevo.

Hugo dejó sus cosas y, aprovechando que Arturo estaba redescubriendo su faceta más *friki*, le soltó lo de la nueva cita con Valentina.

—Esta noche vuelvo a salir con Valentina.

—De acuerdo... ¡¿Qué?! —exclamó Arturo incorporándose de nuevo.

—Lo que oyes. Vuelvo a salir con Valentina, hemos quedado que la iré a buscar a su casa a eso de las nueve.

—¿No pretenderás llevarla de nuevo a ver Thor? —preguntó Arturo asustado.

—No. Tengo mesa reservada en el restaurante que me recomendaste y después iremos al club que me dijiste. ¿Era eso lo que querías que hiciera, verdad?

—Sí, sí.

Hugo se fue a su habitación dejando a su amigo con la palabra en la boca. Ahora debía enfrentarse a la peor parte de aquella cita. Como vestirse. Se acercó a su armario y lo abrió de par en par. Además de una extensa colección de camisas de cuadros y camisetas estampadas, Hugo no tenía más que un par de vaqueros, un par de pantalones cortos y un par de zapatillas con puntera. Y no quería recurrir al traje de los desparejados.

Lo que él llamaba el traje de los desparejados era el que utilizaba para ir a la BBC, más conocida por todos como bodas, bautizos y comuniones. En estas fiestas sociales a las que se veía obligado, o lo obligaban, a asistir, Hugo siempre acaba sentado en la mesa de los desparejados. Familiares lejanos, compromisos indeseables y solteros, y, sorprendentemente él formaba parte de los tres grupos. Por suerte, hacía tiempo que se había apartado de esa faceta de su pobre vida social, y el odiado traje de los desparejados había terminado en un rincón del armario.

Desafortunadamente, cuando había invitado a Valentina a cenar y a arreglarse, no había tenido en cuenta el detalle de que se iba a poner. Y ahora, a falta de un par de horas, debía conseguir estar presentable para ir a buscar a su hermosa acompañante. Así que solo tenía una salida... Pedir ayuda a Arturo.

Salió de su habitación para encontrar a Arturo, y se sorprendió al verlo jugar de forma compulsiva y completamente abstraído de la realidad con su nuevo videojuego. Se acercó sin hacer ruido y cuando estuvo lo suficientemente cerca, lo llamó.

—¡Arturo! —gritó prácticamente en su oído.

El otro se sobresaltó, giró de repente sobre sí mismo y perdió por completo la concentración, algo que lo llevó a ser derribado virtualmente.

—¡Mierda Hugo! —gritó desconsoladamente—. Me han matado por tu culpa. Ahora tengo que repetir desde el punto de control.

—Es que estás muy bajo de forma —bromeó Hugo.

—Muy gracioso.

Arturo se sentó de nuevo en el sofá y descanso un segundo antes de volver a luchar contra los enemigos virtuales. Fue entonces cuando Hugo aprovechó para pedirle ayuda.

—Oye Arturo, tengo que pedirte un favor.

—¿Sabes qué la mejor forma de hacerlo no es que me maten virtualmente, verdad? —preguntó sarcásticamente.

Hugo rió, hacía tiempo que no veía a Arturo tal y como era en realidad, alguien tan *friki* como él o Diego.

—Necesito que me ayudes a saber que debo ponerme esta noche.

Una sonrisa de maldad apareció en la cara de Arturo, por un segundo Hugo temió lo peor.

—Y ¿qué recibiré a cambio?

—No sé —dijo Hugo.

—Seguro que Valentina tiene una amiga guapa para mí.

Hugo pensó que Arturo sería la herramienta perfecta para que Valentina se vengara de Victoria. Pero no, no sería tan malo.

—Tú me ayudas y —hizo una pausa dramática— y no le digo a Diego que te has comprado un videojuego.

A Arturo se le fue la maldad de la cara en un segundo, había tenido largas conversaciones con Diego sobre el precio de los videojuegos, y cuán inútil era gastarse el dinero en ellos, y ahora él se compraba uno, era carnada para Diego.

—De acuerdo —dijo Arturo—, pero si Valentina y tú llegáis a algo, intentarás que me presente una amiga, ¿de acuerdo?

—Hecho —respondió Hugo.

—Vamos a mi habitación, seguro que tengo algo que te valga.

Ambos fueron a la habitación de Arturo.

Normalmente, por no decir nunca, ninguno entraba en la habitación del otro, por tanto el cuarto de Arturo era territorio desconocido. Al abrir la puerta un hedor se le metió en la nariz y le hizo llorar.

—Lo hueles verdad —dijo Arturo orgulloso—, es mi último perfume. Vuelve locas a las chicas ¿querrás un poco?

—No —dijo Hugo tosiendo, pensando en que quería impresionar a Valentina, no hacer que muriera por intoxicación. Ya que mezclado con el olor de ese perfume, había el de cincuenta botellas más, sin tener en cuenta un olor a sucio inaguantable.

—Tú te lo pierdes.

Arturo abrió los armarios, y todo tipo de ropa apareció ante sus ojos. Trajes, camisas de seda, vaqueros, jerséis. Todo puesto de cualquier manera y completamente desordenado. A Hugo casi le da un infarto.

—Puede que una camisa de color pálido. Unos pantalones negros —Arturo pensó un momento mirándose a su amigo—. No, no. Tiene que ser algo impresionante.

Al cabo de un segundo le dio un par de prendas a Hugo.

—Pruébatelas, a ver que tal te sienta.

Hugo miró de reojo la ropa que le daba. Por un segundo pensó que no podía haber nada más hortera y llamativo. Pero hizo caso a su amigo. Dejando de lado que la ropa le iba larga y estrecha, el conjunto era horrible. Una camisa de seda rosa y unos vaqueros hechos trizas.

—Pero si están rotos.

—¿Cómo que están rotos? No sabes distinguir unos D&G cuando los ves —preguntó sin acabarlo de comprender Arturo.

—Lo siento Arturo, no es mi estilo. Además me va estrecha esta ropa.

Justo en ese instante, Hugo giró un poco la espalda para ver como le quedaba la camisa y un botón de esta se soltó para salir disparado e incrustarse en la pared del fondo. Ante esto, Arturo solo

pudo dar una respuesta.

—Vale. Vamos a ver que tienes.

Hugo se quitó la ropa prestada rápidamente y se puso de nuevo su camiseta y sus vaqueros, que a pesar de ser mucho menos caros que los de Arturo, estaban de una pieza.

Antes de que pudiera regresar a su habitación, oyó como Arturo comentaba lo que veía.

—Joder que limpio y ordenado está esto —hizo una pausa—, y ¿a qué huele?

—A limpio —respondió Hugo, cuyo único problema de limpieza era el polvo.

Sin hacer caso a la respuesta, Arturo se miró el contenido del armario.

—¿Sólo tienes esto?

—No, bueno sí.

—Pues lo tienes claro chaval —respondió gracioso Arturo.

—¿Por?

—Pues por qué este vestuario no hay por donde cogerlo.

Arturo empezó a mover las camisas colgadas para ver bien como eran.

—Cuadros, cuadros, cuadros y más cuadros. ¿No tienes camisas lisas?

—No.

—¿A rayas?

—No.

—¿Qué no sean de cuadros?

—No —dijo Hugo—, en realidad sí. Tengo una de flores amarilla...

—Mejor déjalo.

Arturo empezó a buscar y rebuscar, pero estaba claro que no tenía mucho donde escoger.

—¿Zapatillas nuevas, tienes?

—Sí, pero no las usaré hasta que las que llevo sean para tirar.

—¿Vaqueros nuevos?

—Sí, pero no los usaré hasta que...

—Vale, vale.

Estiró el brazo y sacó una camisa de cuadros negros muy estrechos sobre fondo blanco.

—Te pondrás esta camisa, los vaqueros y las zapatillas nuevas. Y encima... ¿Qué te pondrás encima? —se preguntó a sí mismo.

Entonces se dio cuenta de la presencia del traje gris que colgaba de un extremo del perchero.

—¿Tienes un traje? ¿Te va bien?

—Sí y sí.

—Pues te pondrás la americana.

—¿Y la camiseta?

—¿Tienes algo que no sea ni estampada ni friki?

—No —respondió Hugo sonriendo.

—Pues te pondrás la camisa tal cuál —sentenció Arturo—. Venga vístete.

Hugo obedeció y se cambió de ropa y segundos después parecía él pero en su versión más elegante. Arturo se lo miró, seguía siendo Hugo pero daba otra impresión.

—Perfecto. Vas hecho un pincel —Arturo reflexionó sobre sus palabras—, o al menos como una brocha.

Hugo se fue a mirar al espejo que había en el cuarto de baño. La verdad es que no se sentía muy cómodo, pero tenía que darle la razón a Arturo, daba otra sensación ir de ese modo, en lugar que su ya clásica camiseta estampada y su camisa de cuadros.

—Gracias tío —dijo finalmente Hugo—, la verdad es que cuando no visto como siempre no sé por dónde empezar.

—De nada, para algo están los amigos —dijo Arturo mientras se alejaba del baño—. Ahora si me lo permites, voy a seguir jugando antes de que llegue Diego y tenga que dejarlo.

Hugo se fue a su cuarto, se desvistió de nuevo y miró el reloj. Eran las ocho, tenía el tiempo justo para ducharse, vestirse, coger el metro, ir andando hasta la Calle Mallorca, y recoger a Valentina.

Cuando eran las nueve menos cuarto, Hugo ya estaba andando por Rambla Catalunya. Andaba feliz por tener de nuevo una cita con Valentina. Y a pesar de tratarse de una cita que no era de su estilo, era una nueva posibilidad para ver a Valentina. Giró por la Calle Mallorca y, tras pasar por delante de unos cuantos portales, se detuvo, respiró hondo, y pulsó el botón del ático.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Valentina.

—Soy Hugo.

La puerta del portal se abrió, Hugo entró y, cogiendo el ascensor, en pocos segundos estaba en la puerta del apartamento de Valentina. Donde ella le estaba esperando ataviada con un vestido azul muy estrecho que dejaba ver su cuerpo perfecto, a lo que Hugo solo pudo responder con el acostumbrado embobamiento que mostraba cada vez que la veía.

—Veo que te gusta —dijo ella.

—Claro —respondió él— ¿ya estás lista?

—Sí —dijo ella cogiendo una chaqueta y cerrando la puerta tras ella.

—¿Cómo es que no me esperabas en la calle? —preguntó inocentemente Hugo cuando se encontraban en el ascensor.

—Pues porque no quería que decenas de tíos babosos hicieran lo mismo que has hecho tú.

—Lo siento —dijo Hugo—, no lo volveré a hacer.

Valentina le acarició la cara y le dio uno de sus besos, para después decirle.

—En tu caso es distinto —dijo tranquilamente—, me gusta que lo hagas.

Durante unos segundos Hugo no lo comprendió, y cuando por fin lo hizo, se sonrojó mientras le ofrecía la mano, la cual ella cogió como si lo hiciera cada día.

La segunda cita estaba en marcha.

Capítulo 15

Valentina

Se despidió de Hugo dándole un beso en la comisura de los labios. Valentina nunca había sido mucho de dar besos, pero con Hugo era distinto. La ternura que mostraban sus ojos era tan atrayente que se veía impulsada a darle esos besos que, como ya había comprobado en diversas ocasiones, lo dejaban como un flan. Le encantaba tener ese poder sobre él.

Como en la anterior cita se despidieron en la esquina entre la Calle Mallorca y Rambla Catalunya. Había pensado invitarle a tomar café, pero Victoria la estaba esperando en su casa.

Horas antes, la repentina cita había llevado a Valentina a llamar a su mejor amiga, y tras un par de disculpas por ambas partes, Victoria había regresado a la tienda como siempre. Y, como siempre, se había puesto a cotillear sobre la segunda cita de Hugo y Valentina.

—Así qué te ha llamado para invitarte a salir de nuevo, ¿eh?

—Bueno, lo llamé yo.

—¿Tú? ¿Te has vuelto loca? —exclamó Victoria—. Se va a creer que eres una desesperada.

—Pero no lo he llamado para volver a salir.

—Da igual, lo has vuelto a llamar. ¿En qué pensabas?

—Es que como me había discutido contigo, y Laura no respondía, no he podido llamar a nadie más para buscar consuelo.

—Es decir, ahora es tu hombro en el que llorar —Victoria aplaudió sarcásticamente—. Bravo, ahora se cree que estás coladita por él.

—Pero es que lo estoy.

—Ya, pero aún no se lo puedes decir. Debes vigilar tus movimientos.

—Victoria —dijo Valentina sorprendida—, que esto no es una partida de ajedrez.

—Pero sí que es una guerra. Una guerra de sexos.

—¡Por Dios Victoria! Estamos tonteando, no hay ninguna guerra ni nada por el estilo.

—Bueno, dejémoslo que sino vamos a volver a enfadarnos —hizo una pausa—. Vale, le llamaste ¿y después?

—Pues tras decirle que nos habíamos peleado, me ha invitado a salir otra vez. Sin más —Valentina se encogió de hombros.

—Y ¿ya está? —preguntó Victoria sorprendida por la falta de información.

—Bueno, me dijo que me arreglara.

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en la cara de Victoria, había comprendido que quería Hugo.

—Quiere resarcirse de la primera cita.

—¿Resarcirse, por? Si todo fue muy bien —exclamó Valentina.

—Pues él no es de la misma opinión. Porque, ya verás, que te llevara a un sitio elegante, incluso él irá elegante.

—Él no es de ese tipo de chicos —dijo finalmente Valentina.

A pesar de las continuas negativas de Valentina, resultó que Victoria tenía razón y Hugo la llevó a un restaurante bastante caro de Paseo de Gracia. Y Victoria no solo acertó en ese detalle, sino que también en la ropa que llevaría Hugo. La verdad es que no parecía el mismo que la había llevado a ver una película de superhéroes.

Hugo había sido igual de amable que siempre, aunque parecía que se controlaba. En ningún momento mencionó los cómics y el trabajo que les quedaba por hacer, y, lo más sorprendente, fue que cada vez que Valentina quería hablar del tema, él conseguía irse por las ramas preguntándole cosas de su vida. Algo que la hizo sentir un tanto incómoda.

Y la incomodidad no terminó ahí. Ya que después de la cena, cogieron un taxi que los llevo a un club donde tenían reservada una mesa en un rinconcito muy íntimo. El problema, y el motivo por el cual Valentina evitaba esos lugares, era la música, cuyo volumen era tan alto, que a pesar de estar en un reservado, apenas podían hablar, así que la conversación insulsa que tuvieron durante la cena derivó en una correlación de gestos y sonrisas de un extremo al otro de la mesa.

En esa situación, cualquier otro chico hubiera querido aprovecharse, pero Hugo parecía no comprender para que servían los reservados. Además, a pesar de ser todo idea suya, estaba claro que estaba igual o más incómodo que ella, ya que de vez en hacía gestos denotando que el ruido le molestaba, del mismo modo que se había controlado en los temas de conversación.

El comportamiento de Hugo era, por decirlo de algún modo, como si siguiera unas directrices, como si alguien le hubiera dicho que hacer o que decir. Así que, a medida que pasaban las horas, Valentina recordó que Hugo le había dicho que su compañero de piso era un fanfarrón que siempre le daba lecciones baratas sobre relaciones amorosas. ¿No sería que ahora le estuviera haciendo caso? Y si así era ¿porqué lo estaba haciendo?

Fuera lo que fuera, la normalidad volvió al salir del club, cuando Hugo, con la tez blanca y unas gotas de sudor frío en la frente, le preguntó si le importaba que bajaran a pie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Valentina asustada por el aspecto de Hugo.

—Me he agobiado —respondió él quitándose el sudor con el dorso de la mano—, el ruido, el calor y el alcohol, me han mareado. Pero andando un poco se me pasará.

—Sí, el aire fresco te conviene —dijo Valentina cogiéndolo por la cintura con miedo a que se desmayara.

—Gracias —dijo él—. Lo siento, sé que no queda muy bien que una chica sostenga a su pareja.

—Bueno —dijo Valentina sonriendo—, puede que este más visto al revés, pero no importa.

Pasearon en silencio, exceptuando alguna palabra que se intercambiaban cuando Valentina le preguntaba como se encontraba, hasta llegar a la entrada de la Calle Mallorca. La noche era agradable, y parecía que él se moría de ganas por decirle algo, pero, como durante toda la noche, se estaba controlando sin sentido. ¿Qué chico se muestra como es al cien por cien en la primera cita, y en la segunda se convierte en todo lo contrario? Se preguntó Valentina. Si Victoria hubiera estado ahí, le hubiera dicho que un imbécil. Pero Hugo no era un imbécil, o como mínimo no lo había parecido en todos los días que habían pasado juntos.

Tras despedirse de él, Valentina regresó hacia su casa. Hubiera querido que Hugo se sincerara en su

casa y, puede, que algo más, pero la presencia de Victoria no lo permitía. El centenar de metros que le separaban de su casa fueron andados de la forma más lenta posible. Valentina no tenía ganas de explicárselo todo a Victoria, y menos sabiendo que ella no pararía de decirle que se equivocaba, y que su supuesto «príncipe azul» era igual que todos los demás, de un color gris apagado.

—¿Tenía razón? —preguntó Victoria justo en el momento que Valentina cruzaba el umbral de su puerta.

—En parte —respondió sin ganas.

—¿Cómo que en parte?

—Hizo lo que tú habías dicho que haría —dijo Valentina sin rodeos, no tenía ganas de estar horas debatiendo con Victoria—, pero no como si lo quisiera hacer.

Por la cara de Victoria, Valentina vio que no la había comprendido.

—Yo estaba incómoda, no me gustó la cita, pero era evidente que él estaba más incómodo que yo.

—Eso eran los nervios.

—No eran los nervios, se controlaba y en el club lo pasó fatal.

—Parece como si te hubieras aburrido —dijo Victoria.

—Es que lo he hecho. Hugo es divertido y entretenido, pero hoy era como si se prohibiera hablar de temas que, supuestamente, no me gustan.

—No te acabo de entender.

—Yo tampoco. No sé, ha sido raro. Era él, pero no actuaba como él. Y cuando intentaba comportarse de otra forma, parecía que fuera obligado a ello.

Victoria no estaba entendiendo nada, pero no quiso profundizar en el tema porque era evidente que Valentina tampoco sabía muy bien lo que había pasado, así que decidió cambiar de tema.

—¿Qué le ha parecido tu modelito? —preguntó Victoria.

—Se ha quedado embobado.

—¿Lo ves? Te dije que funcionaría.

—Pero si Hugo se emboha cada vez que me ve, el vestido no tiene nada que ver.

—¿Cómo?

La indignación de Victoria era comprensible, ya que después de cerrar El estante, habían pasado un buen rato escogiendo que se iba a poner. Y, igual que en la anterior ocasión, Laura estaba presente mediante móvil. Volvieron al mismo juego de constantes críticas de Victoria para explicar a Laura como le sentaba un vestido u otro, pero en esta vez Valentina había sido derrotada.

—Te ha dicho que te arregles —le había recordado Laura.

—Ya, pero no quiero hacer el ridículo.

—Pero no lo vas a hacer —dijo Victoria—, hazme caso y ponte provocativa.

—¿Y si me pongo vaqueros?

—Que no pesada, ponte el vestido ese —dijo señalando a un montón de ropa que había encima de la cama.

Valentina cogió uno, que sabía que no era el que decía Victoria, pero por probar no perdía nada.

—No, ese no, que no me chupo el dedo. El azul.

El azul era algo extremo, vestido por encima de la rodilla, muy apretado y que dejaba muy poco a la imaginación. Y a pesar de ello, Hugo se había impresionado del mismo modo que siempre.

—Está visto que el muchacho no tiene gusto —dijo Victoria tras aceptar que Hugo no se había

impresionado más de lo habitual al ver a Valentina aquella noche.

—Sí que tiene —protestó Valentina—, ¡no veas dónde me ha llevado!

—Es verdad —dijo Victoria recordando que no sabía donde habían cenado—, ¿dónde habéis ido?

—Primero me ha llevado a cenar a La Llàntia.

—¿No me jodas?

—No, no te jodo. Y sí, hemos ido.

—Pero habrá pagado una fortuna.

—Supongo —dijo Valentina encogiéndose de hombros—, pero la verdad es que ha sido él el que me ha querido llevar.

—Y ¿qué tal se come? —preguntó Victoria hambrienta.

—Pues bastante bien, pero la verdad es que exageran un poco. La comida estaba riquísima pero los platos eran pequeñitos. Y no es porque yo coma mucho, pero prefiero no saber que le han cobrado por ellos —hizo una pausa—. El italiano estaba mejor.

Ambas rieron. Victoria no compartía la opinión sobre un italiano como lugar de una primera cita, pero sí que compartía el gusto por su comida.

—Además teníamos una mesa preciosa, veíamos todo el Paseo de Gracia hasta Plaza Catalunya mientras cenábamos.

—¡Oooohh! —exclamó Victoria medio en serio, medio en broma—. ¿Y luego?

—Bueno hizo pedir un taxi a los del restaurante y al salir teníamos un taxi de esos clásicos. No me preguntes como lo consiguió. Que nos llevó hasta el Àcid.

—Como se las ha gastado esta noche.

—Donde tenía un reservado para los dos.

—¿Un reservado? Este se ha dejado el sueldo de un año.

Valentina sonrió creyendo lo mismo.

—Pero hasta que no salimos no volvió a ser el mismo.

—¿Se desmayó de nuevo? —preguntó Victoria sin apenas sorprenderse.

—No —respondió Valentina—, pero casi. Lo paso fatal en el Àcid.

—¿Qué le hiciste subir la temperatura?

—No —respondió Valentina—, además parecía aburrido y abstraído, y miraba el reloj constantemente, como si no viera la hora de irse de allí.

—Eso es lo de menos —respondió Victoria—. Él se esforzó para que tu te lo pasarás bien.

—Ya —dijo Valentina con vos disgustada—, pero no lo logró. Me lo pasé mejor el otro día...

—¿Qué? —la interrumpió Victoria.

—Pues que me gustó más la primera cita. Era algo normal y divertido, lo de hoy ha estado bien, pero ha sido como cualquier cita con cualquier otro chico.

—A ver —dijo Victoria intentando ordenarse las ideas—, ¿me estás diciendo que vais a cenar a La Llàntia, después pasáis la noche en un reservado del Àcid, y tu me dices que te gustó más ir a un italiano y al cine? Tú estás loca.

—No, pero él fue sincero. Esta vez ha sido como ir con cualquier otro.

—Te ha llevado a dos de los lugares más caros y selectos de Barcelona ¿qué más quieres?

—Qué sea como es en realidad.

—¿Tal vez es así?

—No Victoria, no. Hugo es un adolescente crecído, un niño grande o como quieras decirlo.

—Como ya te dije, un inútil imberbe.

—Pero me da igual, me gusta tal y como es, no tiene que demostrarme nada para que yo lo quiera.

Victoria miró a su amiga, estaba claro que estaba enamorada, pero lo que no comprendía Valentina era que un hombre como Hugo le arruinaría la vida. No maduraría jamás, siempre estaría pensando en cómics y videojuegos, dejando las cosas importantes para más tarde. Ella se merecía algo mejor.

Valentina suspiró. Era como si hubiera expulsado algún virus de su interior. Parecía que había recuperado el ánimo.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo Valentina firmemente—, mañana por la mañana lo llamaré y le diré que quiero verle.

—¿Vas a romper con él?

—No —dijo defraudando a Victoria—, le diré lo que tenía que haberle dicho hoy cuando estábamos en la puerta del restaurante.

—¿El qué? —preguntó asustada Victoria.

—Que me gusta tal y como es, que se deje de tonterías y que lo de hoy solo ha sido un fallo.

—¿Un fallo? Pero si se ha lúcido.

—Para ti tal vez sí, para mí hoy la ha cagado de forma antológica. Y sé que lo ha hecho porque ha seguido los consejos de su amigo.

—Es decir ¿qué tiene un amigo que se las gasta así? —preguntó Victoria pensando en otra cosa —, cuando ya estés saliendo con tu príncipe azul de doce años de edad mental, le dices que me presente a su amigo.

Valentina no la había escuchado, estaba determinada a aclarar las cosas con Hugo y volver a la sinceridad absoluta con que se habían conocido.

—Mira da igual —prosiguió Valentina—, lo voy a llamar a ahora.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida Victoria.

—Sí ¿dónde tengo el maldito móvil? —dijo Valentina empezando a buscar su teléfono.

—Valentina relájate y espérate hasta mañana —su amiga no le hizo caso—. Valentina ¿me oyes? —seguía sin escucharla—. ¡Valentina!

—¿Qué? —respondió con desgan dejando de buscar su teléfono a la desesperada.

—Digo que te relajes y que te esperes hasta mañana. Te digo que no vas a perder este chico, simplemente duerme y mañana podrás hablar con él más tranquila.

Victoria pretendía que con esas horas de descanso, Valentina se relajara y a la mañana siguiente se le hubieran pasado las ganas de hablar con Hugo.

—¿Seguro? —preguntó Valentina indecisa.

—Seguro, hazme caso. Duerme, y mañana ya será otro día.

—¿En serio?

—Sí, ya verás que consultarlo con la almohada te irá bien.

—Vale —respondió Valentina.

No es que Victoria fuera mala amiga, y no quisiera que Valentina fuera feliz con el chico que le gustaba, sino que creía que se merecía algo más que un «niño grande».

Capítulo 16

Hugo

Cuando Hugo entró en su apartamento, sus dos amigos estaban esperando que les contara como le había ido con Valentina. Pero entre que aún estaba mareado y la decepción por ver como Valentina se aburría en su cita, cuando sus amigos le preguntaron, él solo pudo responder.

—No muy bien.

Y al mismo ritmo que había entrado en casa, cruzó el comedor y se fue a su habitación. No tenía ganas de hablar con nadie. Tenía los ánimos por el suelo, y no podía quitarse de la cabeza la cara de Valentina, que a pesar del beso de despedida, todo la noche había dado señales de que no se lo estaba pasando tan bien como en la primera cita. ¿Por qué le haría caso a Arturo? Todo lo que había ganado siendo él mismo, lo había perdido comportándose como todo el mundo espera que se comporte un hombre en una cita. ¡Qué desastre!

Hugo se derrumbó en la cama, se quitó la ropa sin levantarse y se puso el pijama, formado por una camiseta vieja y unos pantalones cortos de deporte, se metió bajo las sábanas, e hizo todo lo posible para quedarse dormido cuanto antes para evitar darle vueltas al fiasco de aquella noche. Mañana sería otro día.

Pero la mañana siguiente fue como cualquier otro domingo. Las horas de sueño no le habían hecho recuperarse del desastre de la noche anterior. Además, como habían salido juntos, habían quedado con Valentina que ese domingo no se verían, así podrían descansar. Hugo siguió sin ganas de hablar sobre el tema, y mucho menos con Arturo, que seguro que le insistiría en que él había cometido un error, porque la cita era perfecta. Así que ante las pocas ganas de hacer nada, desde primera hora de la mañana hasta la noche Hugo estuvo en el comedor jugando a la Play, sin motivarse en el juego, tan solo jugando de forma mecánica. Podría haber hecho cualquier otra cosa, pero lo hubiera hecho con el mismo entusiasmo.

Por su parte, Arturo, al ver como había entrado en casa su compañero de piso la noche anterior, prefirió no decirle nada y dejarlo hacer. No lo molestó, no jugó con él, incluso llegó a ir a visitar a sus padres para no estar en medio. Igual que Diego, cuya habitual visita dominical a casa de sus amigos había sido sospechosamente eludida por comida familiar. Que bien que va la familia cuando no se quiere estar con los amigos.

A pesar de intentar centrar sus pensamientos en el juego, la mente de Hugo siempre se iba, una y otra vez, hacia Valentina. ¿Qué podía hacer para recuperarla? No quería perderla por el error de una noche, provocado por su extrema confianza en su amigo. Todo el día le rondó la pregunta por la cabeza ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? Y la respuesta, como siempre pasa con las buenas soluciones, no se le apareció hasta que estuvo tumbado en la cama a punto de dormirse. Debía ser impulsivo, debía ser él mismo, debía comportarse como se había comportado des

del primer día que había conocido a Valentina.

Cuando Arturo salió de su habitación se chocó de bruces con Hugo.

—Buenos días —dijo su compañero de piso todo animado.

—Hola —respondió Arturo sin saber donde había dejado la depresión su amigo.

—Me voy a trabajar que tengo que hablar con Martín.

Dicho esto Hugo salió pitando del apartamento, dejando a un Arturo recién levantado sin saber que diablos había pasado.

En la calle, Hugo sacó el móvil de su bolsillo y empezó a llamar. Durante la noche había decidido que hablaría con Valentina y le diría la verdad sobre lo sucedido la noche del sábado. Así que el primer paso era llamar para quedar con ella.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —fue la respuesta que la voz robótica le dio a Hugo.

—Mierda.

Volvió a probar, tal vez Valentina tenía el móvil en algún rincón de la tienda.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —repetió la voz robótica.

Hugo estaba en la entrada a la estación de metro, a pesar de la revelación nocturna que había tenido sobre que hacer, ahora le fallaba el primer paso. Volvió a probar.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.

Tal vez lo tenía apagado, él no lo podía saber, así que tomó otra decisión, iría a la tienda, donde seguro que estaría Valentina, así que se podría disculpar y dar las explicaciones correspondientes directamente en persona.

Las tres paradas que debía coger Hugo para llegar a Plaza Urquinaona, y que normalmente no le permitían ni pensar, en esa ocasión le parecieron las más largas de su vida. Tenía prisa, debía hablar con Martín sin falta. Cuando salió de la parada de metro, empezó a andar deprisa por Via Laietana, como si le fuera la vida en ello. Giró por la Calle Condal y después empezó a bajar por Portal del Ángel. Pero cuando llegó a la altura de la Calle Canuda se lo pensó, y ¿si fuera directamente a la tienda de Valentina? Y por unos segundos se detuvo, no sabía que hacer, pero tal vez tenía que decirle a Martín que tenía que hacer unos «recados».

—Hola Martín —dijo Hugo decidido—, tengo que hablar contigo.

—¿Ya te has decidido? —preguntó Martín.

—No, sí, ¿sobre qué?

—Sobre ser socios.

Se le había ido de la cabeza, con todo lo de Valentina no había recordado la oferta de Martín.

—Lo siento jefe —se disculpó Hugo—, tengo la cabeza en otros asuntos.

—¿Otros asuntos llamados Valentina? —preguntó con malicia Martín.

—Sí —dijo avergonzándose Hugo.

—No pasa nada. ¿Qué querías?

—Verás —empezó a decir Hugo—, el sábado la cagué un poco con Valentina, y hoy quiero hablar con ella...

—Llámalas —interrumpió Martín.

—Ya lo he hecho, y no contesta. Por eso te quería preguntar si te importa que me venga dentro

de unas horas, iré a buscarla a su tienda, y lo solucionaré todo.

—Claro que sí hombre —respondió Martín dándole unas palmadas en el hombro—, ve y no la dejes esperar.

Martín apenas había terminado la frase, que Hugo ya se había ido agradeciéndole las horas libres. Era como si Valentina estuviera a punto de escaparse de sus manos, así que corrió para llegar a la tienda y hablar con ella.

En pocos minutos se plantó en la puerta de la tienda, en su interior solo estaba una chica, de la misma edad que Valentina pero con una cara de sobrada que asustaba. Debía de ser Victoria.

Sin decir ni hola, Hugo entró en la tienda directo hacia el taller. Si Victoria estaba en el mostrador, Valentina tenía que estar en la trastienda, por eso no tenía cobertura. Abrió la puerta, pero estaba completamente vacío, si exceptuamos todos los trastos habituales.

—¿A dónde vas lanzado? —le dijo Victoria.

Hugo regresó sobre sus pies y fue hacia el mostrador antes de que Victoria pudiera salir de detrás de él.

—¿Dónde está? —preguntó nervioso.

—¿Quién? ¿Elvis, Papa Noel, el Papa?

—Valentina.

Victoria calló de golpe y se lo miró de arriba a bajo.

—Tú debes ser Hugo ¿no?

—Sí, ¿dónde está? Tengo que hablar con ella.

—Tranquilo Romeo —dijo Victoria cuyos comentarios sarcásticos parecían no tener fin.

—Vale, pero ¿dónde está?

—Tú palomita ha volado.

—¿Se ha ido con otro? —preguntó derrumbándose el mundo a sus pies.

—No, pero se ha ido.

—¿Dónde?

—Con sus padres.

—¿Cómo?

—Cómo oyes. La llamaron ayer para que se fuera unos días con ellos y se fue, dejándome sola en esta tienda.

—¿Y porqué no responde al móvil? —dijo Hugo a la vez que llamaba a Valentina y ponía el altavoz.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —la voz robótica volvió por cuarta vez.

—Seguramente lo tiene apagado o fuera de cobertura. Yo que sé, no soy su niñera.

Hugo pensó que para ser su mejor amiga dejaba mucho que desear.

—¿Sabes si te llamará? ¿Cuándo volverá? O lo que sea —preguntó Hugo cuyos ánimos ya estaban por los suelos.

—No —respondió Victoria llanamente.

Sin decir nada, Hugo, completamente decepcionado, salió de la tienda.

—De nada figura —gritó Victoria medio enfadada mientras Hugo daba unos pasos largos para alejarse de la tienda de Valentina.

Estos altibajos sentimentales no eran buenos para Hugo. Primero bien, luego mal, luego de nuevo bien, después mal y así continuamente hasta detenerse en un punto medio que era peor que mal. No había podido hablar con Valentina, no podía saber que pensaba. Tampoco entendía como era que se había ido sin decirle nada. ¿Tan mal lo había pasado que no quería ni hablar con él? Incluso puede que se hubiera ido por su culpa, y el único refugio que hubiera encontrado hubieran sido sus padres. ¡Qué desastre!

Con todos estos pensamientos en la cabeza Hugo regresó a la Comición, pero mientras que al ir había corrido, ahora los pasos eran lentos, tenía la mente turbia y todo su cuerpo se negaba a aceptar que había perdido por completo a Valentina.

Cuando entró de nuevo en la tienda, Martín se quedó sorprendido. Hacia unos minutos parecía la persona más feliz y determinada del mundo, incluso había pensado que le pediría que se casase con ella, pero ahora Hugo había regresado con un aspecto que daba pena, le habían surgido unas ojeras quilométricas y apenas levantaba los pies para andar.

—Oye ¿qué te ha pasado?

Hugo no respondió, fue directamente a una caja de cómics que estaban por poner en las estanterías. Actuaba de forma mecánica.

—Hugo ¿te encuentras bien? —preguntó de nuevo Martín acercándose a él.

Al acercarse, Hugo lo vio y con una mirada triste le respondió.

—Sí —se notaba que mentía y forzaba una sonrisa para que su jefe lo dejara tranquilo.

—Cuéntame que ha pasado —le dijo Martín.

—No responde a mis llamadas. No está en la tienda. Se ha ido con sus padres. Seguro que es por mi culpa. El sábado metí la pata hasta el fondo.

Estaba claro que Hugo no estaba bien. Estaba rozando el sollozo y la tristeza que emanaba era contagiosa, por un segundo Martín también se sintió solo y desamparado, hasta que tocó su alianza. Todo estaba bien.

—Hugo haremos una cosa. Aprovechando que no hay nadie en la tienda, la cerraremos un rato, nos iremos a tomar un chocolate caliente con churros a la Calle Petritxol y me cuentas bien lo que pasa. Intentaré ayudarte en todo lo que pueda.

Hugo volvió a mirarlo con esos ojos oscurecidos por el color morado de su alrededor ¿Cómo le habían podido salir esas ojeras de forma repentina? Martín cogió a su empleado por los hombros y se lo llevó fuera de la tienda, cerró tras de sí la puerta y la persiana, colgando un letrero que decía «Volvemos en un rato», en el que había un Superman entrando en una cabina telefónica.

Al salir de nuevo de la tienda, tomar el aire y después empezar a comer un buen chocolate, Hugo parecía que se había recuperado. O como mínimo se había recuperado lo suficiente para contarle a Martín los pormenores de su relación con Valentina, a la espera de que este pudiera hablar con conocimiento de causa.

Tras varios minutos en que las explicaciones se entrecruzaban con las cucharadas de chocolate y los mordiscos a los churros, Martín había podido haberse hecho una idea de lo que había sucedido entre Hugo y Valentina.

—¿De verdad que crees que fue tan mal para que no te llame? —preguntó finalmente Martín, que no había interrumpido en ningún momento a Hugo.

—Fue mal, pero no creí que fuera para tanto. Esperé que se lo tomase como un error, un fallo.

Pero el hecho de irse sin decirme nada, creo que me deja las cosas bien claras, ¿no?

—No necesariamente —dijo Martín mojando un churro en el chocolate—, puede que realmente haya perdido el móvil o se lo haya dejado en casa. Con estos trastos todo es posible.

—Ya —dijo Hugo no muy convencido.

La conversación se detuvo, y Martín creyó que debía animar a su futuro socio.

—Pero la primera cita, no fue tan mal ¿no?

—Eso creía, pero Arturo y Diego me dijeron que seguro que Valentina me había mentido para que no me sintiera mal.

—¿Te los creíste?

—No —dudó un segundo—. Sí. Yo en estas cosas no tengo experiencia.

—Pero es que en estas cosas la experiencia solo te sirve para tener confianza, nada más. Cada persona es un mundo, y aunque Arturo te diga lo contrario, por lo que me cuentas, si pareció que Valentina se lo pasaba bien, es que se lo pasaba bien.

—Eso pensé yo, pero luego...

—Luego nada —Martín se puso serio—. Tú conoces a Valentina mejor que Arturo y Diego juntos, así que lo que tú crees que fue una buena cita, lo fue. Y lo que pasó el sábado te pasó por hacerles caso —pasó el brazo por encima de la mesa y con el dedo le golpeó el pecho—. Debes ser tú mismo.

—Ya —dijo Hugo un poco más convencido—, y ¿porqué no me llama?

—Respecto a eso solo te puedo recomendar que tengas paciencia. No has hecho nada mal, y seguro que Valentina opina como yo. Dale tiempo, puede ser que haya perdido el móvil. Cuando pueda, verá tus llamadas y te las devolverá desde donde esté. Simplemente estate tranquilo que ya verás como Valentina volverá contigo.

A pesar de que las palabras de Martín estaban llenas de condicionales, Hugo sabía que era la versión más plausible de lo sucedido. Así que se obligó a recuperar el ánimo. No podía ser que se dejará derrumbar por algo que ni tan solo sabía. Debía darle tiempo a Valentina, quizá estaba de viaje y le llamaría cuando llegase.

Después de unos minutos en que no se dijeron nada, Hugo parecía haberse recuperado de verdad, y después la conversación fue hacia temas de la tienda. Desde los nuevos envíos al cambio de escaparate, así como a la contratación de un nuevo empleado.

Una vez se terminaron el desayuno volvieron a la tienda, para seguir trabajando y les sorprendió encontrarse con todo un grupo de mujeres mayores, las ya clasificadas como «abuelas», aunque no lo fueran.

—Buenos días señoras —dijo Martín abriéndose paso entre la multitud para subir la persiana y abrir la puerta.

—Oiga así no se lleva un negocio —dijo una—, llevamos un cuarto de hora esperando.

—Disculpen pero nosotros también desayunamos, ¿sabe? —Martín no estaba para tratar con esas clientas en particular. Ante esta respuesta las exclamaciones de «¡Qué grosero!», «¡Qué mal educado!» y «¡No sé porqué hicimos caso a Pepi!» se repitieron hasta que quedó claro.

Martín terminó de levantar la persiana y dejó entrar a las señoras, y mientras éstas se esparcían por la tienda mirando sin comprender que buscaban, Martín habló en privado con Hugo.

—Si te las quitas todas de encima en menos de una hora te dejo que te vayas a casa y descanses,

que lo necesitas. Pero no me dejes solo con ellas —dijo Martín con cara de pena.

Hugo le dijo que sí con la cabeza.

—Señoras —Martín llamó la atención al batallón de «abuelas»—, aquí mi compañero les atenderá con mucho gusto.

De golpe, como si fueran fans locas por un autógrafo, se agolparon alrededor de Hugo explicándole lo que necesitaban sin saber que era. Hugo se lamentó de aceptar el reto de Martín, pero luego pensó que si algo podía distraerle de Valentina, era un grupo de ese tipo tan peculiar de clientes.

Capítulo 17

Valentina

Todo fue muy precipitado. Victoria se había quedado a dormir después de la cita elegante con Hugo, y habían podido acabarse de reconciliar de la discusión matutina mientras veían películas Disney que, aunque lo negara, a Victoria le gustaban igual o más que a Valentina.

Había hecho caso a Victoria, y la verdad es que le había ido bien. Al no llamar a Hugo por la noche, y al desconectarse junto a su amiga, pudo reflexionar sobre lo sucedido y sobre como actuar a partir de entonces. Quería hablar con Hugo, pero lo tenía que hacer sabiendo de qué quería hablar. Así que lo dejó para la mañana del domingo. Pensó que se levantaría tarde, algo que no hacía desde hacía semanas, y a la hora de comer o a primera hora de la tarde llamaría a Hugo. Si encontraba el maldito móvil. Pero las cosas no fueron tal y como ella había planeado.

A las siete de la mañana siguiente lo que sonó no fue el despertador, sino el teléfono fijo. Sólo podía ser una persona, su madre. En los años que hacía que vivía sola, la mayoría de gente se ponía en contacto con ella a través del móvil, excepto su madre que la obligó a contratar una línea fija para poder hablar con ella.

—Buenos días Valentina —la voz alegre de su madre sonó por el teléfono, como podía ser que aquella hora ya estuviera tan despierta—, tu padre tiene una sorpresa.

—¿No puede esperarse a que esté más despierta? A eso de las dos o las tres de la tarde —protestó Valentina con el auricular en la oreja.

—Yo creo que querrás conocer la buena noticia ahora mismo —una buena noticia podía ser cualquier cosa.

—¿Sí cuelgo volverás a llamar?

—Claro.

—Pues entonces quiero saber la noticia.

—Te pasó a tu padre.

En ese momento sonó la voz más pausada de su padre.

—Buenos días pequeña. Tengo una buena noticia para ti.

—Hola papá, dime —dijo con desgana Valentina.

—Verás sabes que tengo contactos en el mundo editorial de París —a su padre siempre le gustaba mencionar todos los detalles, lo cuál sonaba rimbombante.

—Sí.

—Pues verás...

Algo se movió en la cama, y Valentina pegó un saltó para salir de ella.

—¡AAAHHH! —gritó.

—¿Porqué gritas, no ves que estoy durmiendo?

De golpe se acordó que Victoria se había quedado a dormir y había dormido con ella. Estaba tan

poco acostumbrada a dormir en compañía.

—¿Qué te pasa? —exclamó su padre por teléfono.

—Nada papá, es Victoria que me ha asustado y he pegado un grito.

—No me hagas estas cosas que sabes que sufro por ti.

—De acuerdo papá —Valentina hizo una pausa—, ¿qué me decías?

—¡Ah, sí! Verás, te he conseguido trabajo en París.

—¿Cómo? —Valentina se despertó de golpe.

—Trabajo en París. No es un gran empleo, pero tienen un contrato de medio año esperándote.

—Papá, estoy contenta en mi tienda.

—Ya lo sé, pero supongo que esta vez no dudarás en vivir esta experiencia.

—¿Por?

—Por qué es un trabajo en una librería...

—¿Sí?

—En el número 37...

Su padre se hacía de rogar.

—¿Sí? —siguió preguntando Valentina.

—De la Rue de la Bûcherie...

Valentina, que ya tenía preparado otro «¿sí?», calló de golpe y solo pudo decir una cosa.

—¿No?! —exclamó.

—Sí —le confirmó su padre—, tienes un trabajo de seis meses en Shakespeare & Co. Es una sustitución, pero te guardan la plaza.

—¿Cómo lo has logrado, papá?

—No quieras saberlo —dijo su padre bromeando.

—Vale —dijo Valentina.

A pesar de que uno de sus sueños era El estante, el otro inmediato era trabajar en esa librería parisina. Era una visita obligada cada vez que pisaba la capital francesa, sus padres le descubrieron esa librería la primera vez que los acompañó, ya que ambos acostumbraban a viajar por trabajo, y desde entonces siempre la visitaba y salía con un par de libros bajo el brazo.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Valentina emocionadísima.

—Nos vamos esta tarde.

—¿Qué? —preguntó sorprendida, estaba emocionada, pero no tanto como para irse medio año a París sin aviso previo. ¿En qué pensaría su padre?—. ¿No puede ser la semana que viene?

—Valentina no me seas cría —dijo su padre—, prepara una maleta y te pasamos a recoger dentro de un par de horas.

Valentina no respondió, tan solo se despidió de su padre con un gruñido y colgó el teléfono.

—¿Qué quería tu madre? —murmuró Victoria acurrucada en la cama.

—Me voy a París...

—Muy bien, tráeme un recuerdo. Preferiblemente un francés rico.

—Me voy a trabajar a París.

—Perfecto, pero... ¿¿Qué? —exclamó Victoria incorporándose de golpe.

—Mi padre me ha conseguido un lugar de trabajo en Shakespeare & Co. Me voy dentro de dos horas...

—Y ¿qué voy a hacer yo sola en El estante? —preguntó Victoria preocupada.

—Durante seis meses estaré fuera... —Valentina seguía a su rollo.

—Y ¿El estante? —volvió a preguntar Victoria.

Valentina no sabía que hacer, estaba paralizada en mitad de la habitación con el teléfono aún en la mano.

—Y Hugo, ¿podrá venir a París?

Victoria se temió lo peor, prefería estar seis meses trabajando sola, que no ver como Valentina echaba a la basura la oportunidad de su vida por un chico. Victoria reaccionó rápido.

—¡Venga! ¿A qué esperas? Al baño, tu te duchas y yo te preparo la mochila, ya sabes que tengo llave, así que yo me encargo de cerrar a la casa.

Dos horas después, tal y como le había dicho su padre, en la calle le esperaba un taxi con sus padres en el interior. Valentina se despidió en la calle de Victoria, y subió al vehículo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó a sus padres.

—También venimos —dijo su madre—, tenemos que hacer un par de compras y de paso de acompañamos.

—Por cierto, dónde voy a vivir ¿habréis reservado un hotel?

—Mejor aún —dijo su padre levantando el dedo índice—, hemos alquilado un apartamento cerca de Shakespeare & Co.

Valentina no podía creer que le estuviera pasando eso. Había viajado muchas veces a París, con sus padres y con Victoria había ido una docena de veces, conocía muy la ciudad, pero nunca había creído que llegaría a trabajar y vivir en ella. De golpe un pensamiento cruzó su mente: Hugo.

Empezó a buscar y rebuscar en el bolso su móvil, le iba la vida en ello, ser iría a París pero se despediría de Hugo antes, no quería que creyera que lo dejaba tirado.

—¿Se puede saber que haces? —preguntó su madre.

—Necesito mi móvil.

—¿Te has dejado algo?

—Mi móvil —parecía que no la escuchaba.

—Si quieres hacer una llamada toma el mío —dijo su padre sacando el último modelo en tecnología.

—¿Te lo has vuelto a cambiar? —preguntó Valentina de forma inconsciente.

—Sí, y la verdad es que...

Las palabras de su padre se perdieron, ya que Valentina estaba viendo que su móvil se había quedado en casa. Seguro que se le había caído en algún rincón y no lo volvería a ver hasta que volviese. Se le ocurrió una idea.

—Dame eso —Valentina le cogió el teléfono a su padre. Marcó rápidamente un número, el único que se sabía de memoria, el de Victoria.

—Diga —respondió su amiga con voz de dormida al otro lado.

—¿Has visto mi móvil?

—¿Aún lo buscas? Creía que lo habías cogido esta mañana cuando has preparado el bolso.

—No, ayer al final no lo encontré.

—¿Quieres que regrese a tu casa y lo busque?

—No —respondió Valentina decepcionada.

—¿Para que lo quieres? —preguntó Victoria.

Valentina no quería revelar a Hugo a sus padres.

—Para llamar a Gabriel.

—¿A Gabriel? ¿Para qué?

—Por lo de la cita de ayer, no lo ¿recuerdas? Sobre esos libros tan elegantes que nos pidió.

—¡Aaahhh! —exclamó, Victoria lo había comprendido—. Pues lo siento pero no sé donde puedes tener el móvil.

—Vale —dijo Valentina colgando el teléfono.

Por mucho que su amiga lo encontrara, cuando pudiera llamar a Hugo ya sería demasiado tarde, y él se pensaría que ya no le importaba. ¡Qué desastre! Además no podía solucionarlo. Por lo que le había dicho su padre, le reservaban el trabajo hasta dentro de pocos días, así que debía llegar a París cuanto antes para no perder la oportunidad.

Lo más triste era que no podía despedirse ni decirle nada simplemente porque no recordaba su número de teléfono. ¡Malditos móvil y sus agendas de contactos! Antes la gente sabía los teléfonos o se los apuntaba en una libreta, ahora no, ahora, confiábamos ciegamente en un aparato que cabe en tu mano.

Tras un buen rato de coche, llegaron justos al aeropuerto para facturar maletas, sortear los controles y ponerse a la cola de embarque de su avión con destino al aeropuerto de Orly. Sin darse cuenta estaba sentada en su butaca viendo como su ciudad, Barcelona, se alejaba bajo sus pies. Si sus padres la hubieran avisado con tiempo, habría querido despedirse debidamente de su ciudad, de sus amigos y de Hugo, sobretodo de Hugo. A veces sus padres no se daban cuenta, pero ellos le daban ese tipo de sorpresas, como cuando le compraron el local de El estante, sin avisar. Nunca decepcionaban, pero le quitaban la oportunidad de prepararse para dar cualquier paso en su vida, por ello nunca les contaba nada sobre sus romances, por qué ya se hubiera casado con la mitad de los ligues de una noche que le había presentado Victoria. Suerte que pasó la noche en su casa, sino la mañana del lunes se hubiera encontrado sola en El estante. Pobrecita.

A Valentina no le gustaba volar. No le molestaba, pero le gustaba más un viaje en tren o en coche, donde tenías más conciencia del viaje que hacías. Pero a pesar de ello, los aviones siempre tenían un efecto soporífero sobre ella. Entre las pocas horas que había dormido y la vibración de los motores que le recorría el cuerpo, rápidamente cayó en un agradable sueño.

—¿Hugo? Soy Valentina —estaba hablando por teléfono.

—Hola.

—Te llamaba para decirte que no te preocupes por lo de ayer. A veces se cometen errores, pero siempre se pueden corregir.

—¿De verdad? No sabes el peso que me quitas de encima. Pensaba que no volvería a verte.

—Claro que me ibas a volver a ver, como mínimo unos cuantos domingos más —bromeó ella.

Él tan solo sonrió, no dijo nada más. Sólo sonrió con esa sonrisa tan peculiar que la había encandilado des del primer día. Ella se acercó, le iba a dar un beso en la comisura de los labios, pero cuando estaba a pocos centímetros, Hugo ya no era Hugo, sino una versión de Shakespeare. Valentina se separó de golpe. Entonces vio que Hugo estaba a su derecha.

—¿A quién vas a escoger? —dijo Shakespeare—. Yo soy tu futuro, él solo es un chico.

—Yo te quiero —dijo Hugo.

Valentina dudaba.

—Yo soy tu futuro —volvió a decir Shakespeare.

—Yo te quiero —dijo Hugo.

—Yo soy tu futuro.

—Yo te quiero.

—Futuro.

—Te quiero.

—Futuro...

—Te quiero...

Poco a poco, tanto Hugo como Shakespeare empezaron a ser absorbidos por un espiral que se lo llevaba todo, y ambos le cogieron de las manos. No tenía fuerza suficiente para sostener a los dos, hasta que una de las manos se soltó.

Valentina abrió los ojos de golpe y rebotó en la butaca como si hubiera caído desde un par de metros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su madre que estaba a su lado.

—Nada, una pesadilla —respondió Valentina.

—Vuélvete a dormir, aún tienes tiempo de descansar.

Valentina hizo ver que se ponía a dormir, cuando en realidad se puso a mirar las alturas que le separaban del suelo, pensando en el sueño que acababa de tener. Pero no podía recordar qué mano había soltado, tan solo podía recordar que una de las dos se le escapaba de entre los dedos. ¿Y si era Hugo?

No quería pensar en eso, en el sueño se había reconciliado con él. Pero ahora, a miles de metros sobre el suelo le era imposible hacerlo, había quedado atrás y ella no tenía ninguna forma de contactar con él.

Tan solo quería decirle una cosa simple y sencilla. Tenía que ser él mismo. No intentar ser lo que los demás le decían que fuera, debía ser tal y como era él, un «niño grande».

Capítulo 18

Hugo

Hugo estaba andando de un extremo al otro del comedor. En una mano tenía el móvil y en la otra... Bueno en la otra tenía su cabeza, que no dejaba de frotarse debido a los nervios. Hugo estaba que se subía por las paredes. Apenas hacía dos días que no sabía nada de Valentina, y no podía soportar la espera.

—¡Joder Hugo, para ya! —gritó Arturo—. Vas a gastar el suelo.

—¿Porqué no llama? Hace tres días que se fue, y no sé donde está, podría llamar, ¿no?

Cada noche desde que sabía que Valentina no estaba en Barcelona pasaba lo mismo. Hugo se dedicaba enteramente a permanecer alerta por si ella se ponía en contacto. Arturo y Diego ya no sabían como calmar a su amigo.

—¿No ves lo que pasa? —le dijo Arturo volviendo a probar una de las tácticas utilizadas.

—¿Qué pasa?

—Se está haciendo de rogar —aclaró Arturo—, a las chicas les encanta que nosotros nos pongamos de rodillas suplicando su atención.

—Valentina no es así.

—Claro que lo es, igual que tú eres como nosotros.

—¡Cómo nosotros! —exclamó Diego con voz tenebrosa.

Arturo y Diego estallaron en carcajadas.

—Ya vale, ¿no? Seguro que ha perdido el móvil. Lo debe haber perdido. No puede ser nada más.

Ese monólogo irritante era constante. Hugo, en realidad, pensaba que la había cagado de lleno, con todas las letras, pero él mismo no quería aceptar esa realidad, así que constantemente se rebatía sus propios pensamientos. Si alguien que no lo conociera lo hubiera visto en ese estado, hubiera pensado que estaba completamente loco.

—Si quieres que te sea sincero —empezó a decir Diego mientras cogía una bebida de la nevera—, creo que la cagaste y ella se asustó.

—¿Cómo se va a asustar cuando me beso las dos veces?

—Era un beso de consolación —dijo Arturo sonriendo—, a mí me lo han hecho más de una vez.

Precisamente, hace poco...

—No me cuentes tus batallitas nocturnas —le interrumpió Hugo de la peor forma.

—Hugo, como tu amigo te pido una cosa —dijo Diego—, asimila que puedes haberla perdido, será lo mejor para ti. Además, si no fuera así, después te alegrarás más.

—Pero no puede ser. No he hecho nada malo. Se lo pasó bastante bien en los dos casos. ¿Qué habrá hecho para que no me haga caso?

—Vete a saber —dijo Arturo—, puede que ser feo.

—No le hagas caso Hugo —Diego lo cogió por el hombro frenándolo de su continuo ir y venir—,

nosotros no somos feos, tenemos caras interesantes. En el pasaporte dicen que me parezco a Brad Pitt —remató haciendo un gesto que intentaba ser sensual.

Hugo lo miró de reojo.

—Diego no me atosigues con tu cara de culo.

—A este no se le puede ayudar —dijo Diego soltándolo—, yo le quiero echar una mano y me dice que tengo cara de culo.

—Hugo tienes que hacer algo, debes solucionarlo, muchos días más así no podrás aguantarlo. Te volverás loco.

Hugo se lo quedó mirando, tenía razón debía actuar. Se fue directamente a su habitación, dejando plantados a sus dos amigos.

—Ha perdido el juicio —dijo Arturo negando la cabeza.

—Sí —respondió Diego—. ¿Crees que tengo cara de culo?

—Amigo mío, si te lo propones, puedes tener cara de cualquier cosa —le soltó Arturo mientras se sentaba en el sofá.

Diego fue a mirarse en el reflejo de la ventana, haciendo gestos raros intentando ver si tenía cara de culo, o no. Y detrás de ellos pasó una estela que movió el aire. Era Hugo que se había puesto las zapatillas y el abrigo.

—Me voy —exclamó abriendo la puerta.

—¿A dónde? —preguntó Arturo.

—A buscar a Valentina.

—Pero si no sabes donde está.

—Da igual, lo averiguaré —y salió por la puerta.

—Lo dicho, ha perdido el juicio —sentenció Arturo.

Ya no podía más. Le era absolutamente igual la hora que era, debía saber si Valentina se escondía de él. La amaba con locura e iría tras ella ahí donde estuviera, pero primero debía saber donde estaba.

Con esta simple idea en su cabeza, Hugo empezó a correr por la calle. Había salido sin nada en los bolsillos, tan solo se había cambiado el calzado. Nunca había sido una persona que hiciera ejercicio, al contrario, prefería no hacerlo, pero aquella noche había algo que lo llevó a recorrer media ciudad. Aquello que lo impulsaba era lo que sentía por Valentina.

Lo había sentido desde que ella apareció cargando una caja en la Comición, y lo volvió a sentir cada domingo que había trabajado con ella. Algo en su interior le decía que Valentina era la Chica, en mayúscula. Era su chica. No tenían nada en común, pero había algo que los unía. Hugo tan solo rogaba que aquel extraño sentimiento no lo sintiera únicamente él.

Durante toda su vida, Hugo había intentado tener una relación estable con alguna chica, y siempre había tenido la misma mala suerte. No es que la chicas no hablaran con él, es que lo veían como el amigo o el compañero perfecto, pero nunca como su pareja perfecta. Había invitado a salir a diversas chicas, con mejor o peor estilo, pero se había atrevido y, siempre, había recibido el mismo tipo de respuestas.

—Te quiero demasiado para ser tu novia.

—Te quiero, pero como amigo.

—Eres como un hermano.

—Eres mi mejor amigo.

—A ti te lo puedo contar todo.

Y un largo etcétera que nunca se terminaba. Y aunque no son palabras que puedan herir a alguien, a Hugo se le repetían una y otra vez en la cabeza. Era como la lista de sus fracasos.

Había salido con chicas, la mayoría en citas a ciegas con Arturo. Y no es que fueran mala chicas, pero eran muy superficiales y la mayoría solo buscaban un rollo de una noche. Hugo se prestaba a ello, no había sido tan tonto como para rechazarlo, pero al mismo tiempo echaba de menos la compañía de alguien lo quisiera de corazón.

A Hugo nunca se le había roto el corazón, hasta que Valentina, misteriosamente, dejó de hablarle. Todas las chicas que él había creído amar, solo habían sido escogidas entre las que conocía, no las amaba realmente, por lo que cuando recibía sus negativas no lo pasaba tan mal. Con Valentina había sido distinto.

Desde un principio nunca había pensado que se cruzaría con su chica ideal por pura casualidad, y que en pocos días se convertiría en una íntima amiga, y muchos menos se había imaginado que aceptaría salir con él. Y ahora de repente era imposible hablar con ella.

Recordaba los besos que le había dado Valentina, aquellas caricias tiernas en la cara. No la creía capaz de hacer ver que se comportaba de ese modo. Era simpática, divertida, inteligente y, además, guapa. En ninguno momento vio que fuera tan falsa, tan superficial como para mentirle de aquella manera tan descarada. Pero tampoco comprendía como era que no respondía a sus llamadas.

Se detuvo de golpe, a pesar de que se veía impulsado por una misteriosa fuerza, sus piernas no soportaban más ese ritmo, y su corazón latía a cien por hora. No tenía más remedio que detenerse para recuperar aire. Entonces también se dio cuenta que necesitaba aire como el que más, y empezó a resoplar con grandes bocanadas de aire. Estaba en Arco de Triunfo, apenas había llegado a la mitad del trayecto y no se veía capaz de seguir. Parado en mitad del Paseo de Sant Joan, empezó a mirar a su alrededor, era como si buscara a Valentina que en cualquier momento pudiera aparecer, pero se percató que no era él el que daba vueltas, sino solo su cabeza, y cayó como un peso muerto. El último pensamiento que tuvo antes de desmayarse, fue que si se volvía a enamorar, primero debía hacer ejercicio.

Cuando volvió en sí, un perro le lamía la cara. Era un Perro de San Humberto, un *Bloodhound*, paseado por una pareja de su edad. El chico se acercó a él, mientras ella aguantaba el perro.

—¿Estás bien? Gastón... Mi perro, ha visto como caías en redondo y ha venido a socorrerte, o eso parece —dijo sonriendo.

—Sí, bueno, estoy lo mejor que puedo después de desmayarme, llevo una temporada que no hago nada más —dijo bromeando Hugo mientras se incorporaba.

—No te preocupes, nos pasa a todos —dijo él ayudándole a sentarse en un banco—, hace poco también me desmaye en una librería. Suerte de las vendedoras, sino aún estaría ahí tirado.

—Gracias —dijo Hugo una vez sentado.

El perro se le acercó y lo miró como queriendo saber si ya se había recuperado, como respuesta recibió una buena caricia por parte de Hugo.

Hugo se levantó y agradeció la atención improvisada de la pareja.

—De nada hombre —dijo la chica—, toma una botella de agua que hemos visto que venías corriendo.

Hugo la cogió, dio de nuevo las gracias y empezó a correr como un loco, pero consciente de que

era mejor que de vez en cuando se detuviera a recuperar fuerzas antes de perder toda la energía.

Más de cuarenta minutos después, llegó, jadeando completamente agotado, al portal de Valentina y pulsó el botón del interfono. Nadie respondió. Volvió a pulsar el botón, y siguieron sin contestar. Lo pulsó de nuevo, esta vez de forma continua, y, como era de esperar, nadie respondió.

—Mierda —protestó Hugo comprendiendo que Valentina se había ido realmente.

Ahora no sabía donde ir, se sentó en el portal apoyando la espalda en la puerta. ¿Qué podía hacer?

—¿Quién está llamando al timbre de forma tan insistente? —la voz de una mujer se oyó a través del interfono. Pero no era Valentina.

—Estoy buscando a Valentina —respondió Hugo impulsivamente sin levantarse.

—Pasa —dijo la mujer, a la vez que se desbloqueaba la puerta y se abrió bajo el peso de Hugo, que acabó tendido con medio cuerpo dentro de la finca y medio cuerpo en la calle.

Se levantó rápidamente mirando alrededor por si había alguien lo hubiera visto. Pulsó el botón del ascensor, y en vista que tardaba en aparecer, empezó a subir los peldaños de dos.

Cuando llegó al ático, las dos puertas que había en esa planta estaban cerradas. Sin saber que hacer se acercó a la puerta de Valentina para escuchar si había alguien en su interior, y al no percibir sonido alguno, se acercó a la otra puerta. Justo cuando estaba poniendo la oreja encima de la otra puerta, esta se abrió. Hugo se apartó de un salto, y al otro lado de la puerta apareció una mujer mayor, de las que podría clasificar como «abuelas».

—Eres Hugo ¿verdad? —preguntó amablemente.

—Sí.

—Y estás buscando a Valentina —dijo sin preguntar.

—Exactamente.

—Entonces pasa.

Dejó pasar a Hugo, y cerró la puerta tras él.

—Siéntate ¿te apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Insisto, parece sediento.

Sin esperar respuesta se fue a lo que parecía ser la cocina desde dónde estaba Hugo, y regresó con un par de vasos con hielo y refresco de naranja en su interior. Hugo le agradeció el detalle, la verdad es que ahora que se daba cuenta sí que tenía sed.

—Supongo que esperas que te diga donde está Valentina ¿no? —dijo la mujer mientras se sentaba en su sillón.

—Sí —respondió asintiendo Hugo.

—Tampoco puedo darte mucha información, solo sé lo que me dejó escrito Valentina antes de marchar. Vivimos solas, y al ser vecinas tenemos cierta confianza y nos preocupamos una de la otra, y supongo que quiso avisarme.

Hugo asintió comprendiendo lo que la mujer le estaba contando.

—Se ha ido a París —dijo finalmente la mujer.

—¿A París?

—Sí, la capital de Francia.

—Y ¿cómo la encontraré? París es muy grande —se lamentó Hugo.

—La verdad es que tienes razón, París es muy grande, pero si realmente la quieres encontrar, lo harás.

—¿No le dije nada más? —Hugo miró a la mujer con desesperación—. ¿Cuándo volverá? ¿Dónde concretamente ha ido?

—No decía nada más, bueno, decía que no me preocupara, pero eso supongo que no te importa.

Hugo había dejado el vaso encima de la mesita del salón, y ahora se sostenía la cabeza con ambas manos.

—¿Sabes que no es la primera vez que veo a alguien de tu edad sentado ahí mismo, derrumbado por el amor?

—¿Cómo? —Hugo levantó la cabeza.

—Valentina se ha sentado varias veces aquí, y en la mayoría de ellas ha hablado de ti —la mujer hizo una pausa—, sino ¿cómo crees que te he reconocido?

—¿Y —empezó a preguntar Hugo— tengo suerte?

—¡Ay hijo mío! Te lo podría decir, pero no sería buena con Valentina. Debes descubrirlo por ti mismo.

Hugo no respondió, comprendía que la mujer no quería traicionar la confianza de Valentina. Dio un último sorbo al vaso de refresco.

—Gracias por la bebida y la información —dijo sonriendo Hugo a la vez que se levantaba.

Sin levantarse de su sillón la mujer le respondió.

—Ve a buscarla, no lo dudes —y le guiñó un ojo—. Ve a buscarla.

—¿Por dónde empiezo?

—París es un bonito lugar por donde empezar.

Hugo no quería decirle a la mujer que buscar a Valentina en París era como buscar una aguja en pajar.

—Le agradezco que me haya contado donde está Valentina, estaba en un sin vivir.

—De nada —respondió ella mientras se incorporaba.

—No se levante, ya cierro yo —dijo Hugo.

Se despidió correctamente y se fue por la puerta por donde había entrado, cerrándola tras él.

Bajó las escaleras pensando en que, como mínimo, Valentina se había ido de verdad y que no se estaba escondiendo de él en su casa. ¿Podía ser que hubiera querido apartarse de él? No lo sabía. ¿Podía ser que hubiera metido tanto la pata? No lo sabía. Tenía tantas preguntas que solo ella podía responder, que lo único que pudo hacer fue regresar a casa sabiendo que Valentina estaba lejos de él.

Segunda Parte

París

Capítulo 19

Hugo

Después de saber que Valentina se había marchado a París, y que no le cogía las llamadas, Hugo intentó regresar a la normalidad. El trabajo en la Comición, sus amigos, las largas sesiones de cine y videojuegos, todo parecía que iba como siempre, hasta que llegó el domingo. Inconscientemente se levantó temprano como cada domingo desde hacía varias semanas, pero cuando estaba desayunando se dio cuenta que ese domingo no lo iba a pasar trabajando con Valentina. Tal vez nunca la volvería a ver. Ese día fue, con total seguridad, uno de los más amargos de su vida. Intentó volver a dormir, pero fue imposible, no dejaba de dar vueltas, su cabeza no dejaba de pensar en ella, y en como encontrarla. Cogió un libro, pero tras leer apenas tres páginas, tuvo que dejarlo, porque a pesar de leer, su cabeza no estaba por ello. Probó con leer alguno de sus cómics favoritos, *El valle de los proscritos* de Spirou y Fantasio o *El tesoro de Rackham el Rojo*, pero fue imposible, nada lo animaba.

Se sentó en la cama, no podía dejar de pensar en ella. Querría ir a buscarla, pero era imposible que consiguiera encontrarla en una ciudad como París. Nunca había estado ahí, pero sabía que era mucho más grande que Barcelona. Poco a poco, mientras luchaba para apartar los pensamientos que implicaban a Valentina de su mente, Hugo se fue tumbando hasta que, finalmente, se quedó dormido.

Cuando se despertó de nuevo, giró sobre sí mismo y miró el reloj que tenía en la mesita de noche, era la una del mediodía. Mientras se acababa de despertar oyó como Arturo y Diego hablaban acaloradamente sobre un juego nuevo que Diego había descubierto y que sabía que no era ni suyo ni de Hugo. Durante un instante, Hugo pensó que era un domingo como los de antes, sus amigos discutiendo mientras jugaban a videojuegos, y solo estaba él par poner paz. Desgraciadamente enseguida volvió a la realidad, pensando de nuevo en Valentina. A pesar de que era la normalidad, no estaba de ánimo para aguantar una discusión sobre un videojuego.

Cogió ropa limpia y se escabulló hacia el baño, no quería que sus amigos le preguntaran sobre Valentina o como se encontraba. Se duchó rápidamente, se vistió y cruzó el comedor tan solo diciendo.

—Buenos días, voy a dar una vuelta.

Arturo y Diego le devolvieron el saludo a la vez que callaban de golpe mirando al exterior por el balcón. Estaba cayendo la de dios, y a pesar de no ser una tormenta, era un chaparrón considerable típico del otoño barcelonés.

Al salir a la calle Hugo se dio cuenta del error. Había salido a dar una vuelta el día con más lluvia desde hacía meses, sin llevar chubasquero ni paraguas. Pensó en volver al apartamento, pero luego, ni corto ni perezoso, salió del portal y dejó que la lluvia lo empaparara hasta los tuétanos.

Al principio no tenía un destino claro, pero poco a poco se vio llevado hacia uno de sus rincones favoritos, donde podía abstraerse de la realidad. En pocos minutos pasó entre medio de las Torres Mapfre y llegó al paseo marítimo. Bajó por las escaleras que llevaban a los restaurantes del Puerto

Olimpico y se paró ante el McDonald's que había ahí. Entró tan mojado, que parecía que hubiera venido nadando en lugar de andando, y encargó media docena de hamburguesas a un euro, y se sentó a comérselas en la pobre terrazas cubierta que había fuera. Estaba solo, así que pudo disfrutar de las hamburguesas sin que nadie le molestara con una conversación estúpida. Cada bocado era como un bálsamo para un dolor. Sabía que aquellas hamburguesas no eran muy saludables, pero estaban tan ricas, y cada vez que mordía un pepinillo la boca se le hacía agua. Fueron los mejores momentos de ese triste domingo.

Con seis hamburguesas en su estómago, salió de la terraza y marcó su destino en el rompeolas, donde llegó pocos minutos después. Tras unos pasos por el paseo que lo recorría de punta a punta, decidió sentarse a observar el mar. Era un día perfecto para ver como las olas chocaban una tras otra en las rocas de cemento, y salpicaban todo cuanto tenían alrededor. Hugo estuvo allí hasta que empezó a anochecer, sin hacer nada, tan solo observando como se movía el mar, sintiendo las gotas de lluvia en su cara e intentando olvidar a Valentina.

Tras el peor domingo de su vida, quiso dar una nueva oportunidad a la vida que tenía antes de conocer a Valentina. Por la mañana, sin dudarlo, se fue a la Comición, con la esperanza de que apareciera algún cliente que le entretuviera y le hiciera olvidar, aunque fuera solo por un rato, a Valentina.

—Buenos días —dijo Hugo falsamente animado.

—Hola —respondió Martín—, acaban de llegar las últimas cajas que encargamos a Dupuis, deberías ver donde lo ponemos.

Tras un saludo militar, Hugo dejó sus cosas, y se enfrentó a las cajas recién llegadas. Pero su falso buen humor pronto desapareció, estaba vaciando las cajas de forma mecánica y su cabeza tenía total libertad para recorrer los recovecos más profundos de su corazón roto. Martín se dio cuenta, porque era raro que Hugo, ese gran aficionado al cómic franco-belga, no leyera cada álbum que sacaba de la caja antes de ponerlo en la estantería. Se acercó por detrás de él.

—¿Estás bien Hugo?

Hugo se giró, y recuperando de nuevo la falsa sonrisa con la que había entrado en la tienda aquella mañana, respondió.

—Sí, estoy perfectamente.

—¡Ah, vale! Como veo que no lees los cómics —dijo Marín señalando a los álbumes que Hugo iba sacando de la caja.

Por un segundo Hugo se olvidó de Valentina, era verdad que apenas los había ojeado, y algo se movió dentro de él. Era como si se hubiera traicionado a sí mismo. Algo le decía que no se encontraba tan bien como quería aparentar.

Ante la revelación que acababa de vivir, Hugo pasó de estar acucillado al lado de la caja a sentarse en el suelo con un par de cómics en cada mano. No sabía como, pero la vida no podía volver a ser como era antes de conocer a Valentina. Él, ese chico que disfrutaba colocando cómics en la estantería porque podía leerlos y ojearlos libremente sin que nadie le dijera nada, ahora los estaba poniendo en su lugar sin apenas leer el título. Miró los álbumes que tenía en la mano y vio definitivamente que no se encontraba bien.

—¿Seguro qué estás bien? —volvió a preguntar Martín.

Hugo negó con la cabeza.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Martín sentándose a su lado.

Hugo no dijo nada, le hubiera pedido ayuda para buscar a Valentina encantado, pero sabía que estaba fuera de lugar. Al ver que su empleado, su compañero, su amigo estaba mal, Marín le pasó el brazo por encima de Hugo. Este dejó los álbumes que tenía en la mano de nuevo en su caja y miró a su jefe.

—Martín, voy a cogermee unos días de vacaciones —dijo Hugo finalmente.

—¿Y lo de ser socios? —preguntó Martín intentando que Hugo recuperara la ilusión en algo.

—Lo siento —respondió—, ahora creo que necesito tiempo para mí. Cuando vuelva ya te diré algo.

—¿Y me vas a dejar aquí solo? —preguntó de nuevo Martín buscando una ayuda no necesitada para que Hugo se recuperara.

—Puedes aprovechar para buscar a alguien.

Hugo se levantó y fue a buscar sus cosas. Martín también se levantó pero no se movió de donde estaba. Hugo salió por la puerta de la tienda sin decir nada, mientras Martín se lo quedaba mirando buscando la mirada de su empleado para despedirse de él.

—Pobre muchacho —se dijo en voz alta Martín.

Al salir por la puerta Hugo sabía que las vacaciones que se estaba tomando de forma improvisada no tenían fecha de finalización. Ahora no estaba en condiciones de trabajar en la Comición, y menos de atender de buena gana a todo tipo de clientes. Suspiró profundamente, viendo que tal vez no volvía a aquella tienda nunca más. Decidió volver a casa andando, intentando que el día radiante que se levantó tras la lluvia del domingo, lo animara.

Al abrir la puerta de su apartamento, Hugo se encontró que no estaría solo. En el sofá estaba Diego.

—¿Se puede saber que haces aquí? ¿No deberías estar trabajando? —dijo Hugo ofendido por la falta de intimidad.

—He venido a hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó de nuevo Hugo.

—Bueno, he dejado el trabajo y tengo la esperanza en ser el hombre para el empleo que necesitáis en la Comición —explico Diego con cara de ilusión.

Hugo lo miró, en ese momento no tenía ganas de hablar sobre el futuro de la tienda de cuál, de momento, no era propietario.

—Me he cogido vacaciones, puedes ir cuando quieras a buscar el empleo que te ofrecerá Martín, le dices que vienes de mi parte y él decidirá.

—Y lo de ser propietario, ¿aún no lo has hecho?

—No —respondió secamente Hugo.

Después de cómo le respondió, Diego prefirió dejar el tema. Estaba claro que no estaba el horno para bollos.

—Ya que estoy aquí, ¿nos hacemos unas partidas? —preguntó Diego.

Hugo lo miró, por un segundo pensó que jugar a la Play lo animaría, siempre lo había hecho. Además, por probar no perdía nada. Pero resultó que si que perdió algo, la paciencia. A pesar de jugar a un juego que tenía dominado como el Pro, jugaba sin ganas, no competía por ganar a Diego, al contrario, no hacía más que perder balones.

—¡Vaya mierda de juego! —exclamó finalmente soltando el mando.

—Es que no juegas con ganas —dijo Diego pausando el juego—, si te pones seguro que me machacas.

—Hoy creo que no —dijo Hugo volviendo a su estado de apagado hundiéndose en el sofá.

—¿Qué te pasa Hugo? —preguntó Diego con voz preocupada.

Diego ya se había dando cuenta el domingo anterior que Hugo no estaba bien, ya que apenas había estado con él y Arturo, e incluso con la tormenta, no dudó en salir a dar una vuelta.

—¡No! —respondió cabreado Hugo—. ¡No me pasa nada! Qué manía tenéis todos en que me pasa algo.

—Hugo, tío, que yo solo quería...

—Quedarte con mi empleo, corre a la tienda a cogerlo, ahora puedes quedarte con cualquiera de mis cosas.

Sin decir nada más, Hugo se fue hacia su habitación y cerró la puerta de un portazo, dejando a Diego con la palabra en la boca.

—Yo solo quería echarte una mano —dijo tristemente.

Al ver que Hugo no regresaba, Diego apagó la Play y cogió sus cosas. Quería ir a hablar con Martín, no solo por el trabajo, sino también sobre Hugo, para poder esclarecer que pasaba con uno de sus mejores amigos. Salió del apartamento cerrando la puerta con cuidado para pasar desapercibido.

Después de hablar con Martín, Diego estaba feliz y triste a la vez. Estaba feliz porque Martín no había apenas dudado en contratarlo al saber que era el amigo *friki* de Hugo, pero estaba triste por lo que le había contado Martín. Resultaba que su amigo estaba peor de lo que él se creía, la desaparición de Valentina lo había destrozado por dentro, así que tenía que hacer algo para ayudarlo, y solo se le ocurrió una cosa, ir a buscar a Arturo.

Diego miró el reloj, era la hora de comer y sabía de sobras donde encontrar a su amigo. Tras unas cuantas paradas de metro, llegó a la Diagonal, y se dirigió hacia el gran edificio de oficinas que había. Arturo trabajaba ahí, Diego no sabía muy bien de qué, pero faltaban un par de minutos para las dos y media, y Arturo era un chico de costumbres. Así fue como minutos después Arturo se chocaba, prácticamente de bruces, con Diego.

—¿Qué coño haces aquí? —dijo Arturo mirando a su alrededor. No quería que sus compañeros de trabajo supieran que sus amigos eran unos *frikis*.

—Debo hablar contigo sobre Hugo.

—¿Qué le pasa a ese mendrugo?

—Ha dejado el trabajo en la Comición —exclamó Diego—, dice que son vacaciones, pero algo me dice que no es así. Se ha derrumbado.

—No me jodas —dijo Arturo tocándose la oreja derecha.

—Como lo oyes, debemos hacer algo para que no lo eche todo a perder.

—¿Y que propones? —preguntó Arturo.

—No lo sé.

—Lo primero sería que él quisiera recuperarse —dijo Arturo seriamente.

—El problema es que cuando le preguntas se cierra en banda.

—Pues si es así será muy complicado ayudarlo.

—Martín está muy preocupado también, no lo ha visto muy motivado en el trabajo.

—¡Joder! —exclamó Arturo—, pero si siempre dice que es el trabajo de su vida, que es lo mejor que le ha pasado.

—El problema es que lo que parecía ser lo mejor que le había pasado, se ha convertido en lo peor.

—Sí, Valentina ha pasado de ser algo bueno a ser algo malo.

Durante un segundo los dos se callaron, no sabían como solucionar el problema de Hugo.

—Y si —empezó a decir Arturo—. Martín lo llamara pidiéndole ayuda, diciéndole que hay mucha gente y lo necesita.

—Es verdad —respondió Diego—, es casi un socio, no puede decirle que no.

Una vez vislumbrada una posible solución, decidieron ir a comer juntos para llamar a Martín y decidir como convencer a Hugo para que volviera al trabajo.

Cada mañana, desde que Hugo se había cogido vacaciones hacía unos días, Arturo odiaba salir de su habitación y cruzar el comedor. Hugo no hacía nada más que tumbarse en el sofá a ver películas y jugar a videojuegos, comía cualquier cosa, no se duchaba, iba sin afeitarse, y, por primera vez en su vida, no ordenaba sus cosas. Arturo no podía evitar ver como su amigo, tal vez su mejor amigo, se estaba destrozando de esa manera.

—¿Hasta cuando estarás de vacaciones? —preguntó Arturo.

—No lo sé —respondió Hugo sin dejar de jugar a videojuegos—, Martín me debe muchas vacaciones.

—¿Y lo de ser socio?

—Ahora no sé si quiero tener ese tipo de responsabilidad.

Arturo se acercó un segundo, y pudo comprobar que Hugo, ese día, tampoco no se había duchado.

—¿No te haría falta una ducha?

—Para qué, no tengo nada que hacer.

—¿Todo esto es por Valentina? —se atrevió a preguntar Arturo—. Piensa que hay muchos peces en el mar.

Hugo se encogió de hombros sin dejar de jugar.

—Bueno, yo me voy, nos vemos por la noche.

Hugo gruñó algo que Arturo creyó ser una despedida.

Ante la imposibilidad de hacer que Hugo recuperará su habitual actitud animada y volviera a la normalidad, Arturo se fue al trabajo, ya probaría de animarlo por la noche, porque seguro que lo encontraría en el mismo lugar donde lo había dejado. Antes de cerrar la puerta, Arturo miró de nuevo a su amigo, daba pena, tenía que hacer algo para que volviera a ser el mismo, lo que fuera, pero tenía que hacer algo. Debía llamar a Martín, ya tenían planeado ayudar a Hugo, pero la cosa iba cada vez peor.

A pesar de la actitud de absoluto pasotismo que había mostrado Hugo al hablar con Arturo, así que la puerta se cerró Hugo se incorporó y sin poder aguantar el llanto, se cogió la cabeza con ambas manos a la vez que apoyaba los codos sobre las rodillas. No sabía si sus amigos se lo suponían, pero cada vez que estaba solo arrancaba a llorar, y no se detenía hasta que se quedaba dormido completamente acurrucado en el sofá.

Mientras lloraba, solo podía pensar en una cosa, solo podía decirse en voz alta una cosa.

—Por una vez que consigo a la chica perfecta, lo hecho todo a perder.

Capítulo 20

Valentina

Un día más no hizo falta que sonara el despertador. El apartamento que le habían alquilado sus padres era magnífico, cada mañana entraba la luz por todas y cada una de las ventanas, y Valentina se despertaba con un agradable calor matutino provocado por los primeros rayos de sol.

Valentina abrió los ojos, hacia más de una semana que vivía en París, pero no lo había disfrutado. El apartamento eran tan magnífico como triste. Era pequeño y acogedor, con buenas vistas, y cerca del trabajo, pero al marcharse de forma precipitada no se había podido llevar nada, ni una foto, ni un libro, ni una película, por lo que las horas que estaba en él se aburría como una ostra. Algo que no la ayudaba a sentirse mejor por no haberse despedido de Hugo.

Como cada día, fue al baño, se vistió rápidamente y bajó a desayunar a una *boulangerie* que había dos puertas más a bajo de la Rue des Halles. El lugar donde vivía era excelente, había tiendas y todo tipo de servicios, pero no contaba con la bulliciosa actividad turística que inundaba casi todos los rincones de la ciudad de las luces. Después de desayunar sus dos croissants de mantequilla de rigor, acompañados con un chocolate caliente, emprendió el camino hacia Shakespeare & Co.. Cruzó el Sena por la Île de la Cité, pasó por delante de Notre Dame, donde, a pesar del tiempo, se había generado una larga cola de turistas para subir a las torres de la catedral. Y pocos minutos después estaba ante la librería en la que trabajaría durante los próximos seis meses. Prácticamente hasta el Sant Jordi del siguiente año no volvería a pisar el suelo de su ciudad, Barcelona.

El concepto de aquella librería iba más allá de cualquier otra en París o en el mundo. A pesar de ser una librería de viejo, como muchas de las que había en Barcelona, no se parecía a ninguna de ellas, permitían a los visitantes sentarse a leer en butacas y camas que se encontraban por todos los rincones de la librería. Era como si una casa privada cuya única decoración fueran los libros, permitiera entrar a todo aquel que quisiera leer y comprar libros. Era algo difícil de explicar a alguien que nunca hubiera estado en ella.

Al llegar, las persianas ya estaban abiertas y sus compañeros estaban sacando las estanterías que había normalmente en el exterior. Cruzó la puerta de la tienda y sintió esa olor a polvo y a hojas raídas que, en El estante tanto le molestaba, pero que ahí formaba parte del encanto.

Las estanterías de mil y una formas cubrían las paredes llenas a rebosar de libros, la mayoría en inglés, pero se podía encontrar desde obras en castellano al japonés. A pesar del aparente desorden, la librería estaba meticulosamente clasificada para que trabajadores y clientes pudieran encontrar lo que buscaban.

Valentina dejó sus cosas en la trastienda y se unió a sus compañeros que había en la calle a llenar las estanterías con libros de todos los idiomas, y a que una importante fuente de beneficios eran los turistas. Cada día, centenares de ellos entraban y compraban, a modo de souvenir, todo tipo de libros, aunque los que siempre se vendían más eran, evidentemente, los de Shakespeare.

Lo curioso de los turistas que visitaban aquella tienda era que, necesariamente, no formaban parte del turismo cultural de la ciudad. Esa librería era conocida en todo el globo, y por lo tanto, mucha gente paraba porque lo había leído en cualquier guía turística o el recepcionista del hotel se lo había recomendado. Se acercaban, hojeaban algún libro, algunos entraban, pero todos se hacían la foto en la tan conocida entrada de color verde y amarillo, aunque en sus ciudades de origen nunca hubieran entrado en una librería de anticuario.

A pesar de la tristeza que no había podido borrar de su mente desde que había abandonado Barcelona, Valentina disfrutaba del trabajo, en realidad era la única que hacía además de comer y dormir. Sus numerosos compañeros eran de mil y una nacionalidades, habían americanos, ingleses, italianos, un japonés y, por sorpresa de Valentina, tan solo un francés, François, que era con el que había intercambiado más palabras. Todos ellos la habían invitado a comer, cenar o salir de fiesta, pero Valentina se sentía tan culpable por como se había comportado con Hugo, que siempre denegaba la invitación. Desde que había llegado iba de casa a la librería y de la librería a casa, no había visitado ni un museo, ni un monumento, nada. Vivía tan solo por y para los libros y la librería.

Ese jueves, como todos los días que lo habían precedido, fue tranquilo, una vez terminó su trabajo en la librería regresó a su apartamento, y un día más se sintió muy sola. Apenas eran las seis de la tarde que ya había apagado y encendido el televisor veinte veces, y dado la vuelta a todos los canales que cogía el televisor otras tantas. Literalmente estaba aburrida, muy aburrida, lo único que la tranquilizaba o la complacía y, en parte, le permitía olvidar a Hugo y Barcelona, eran las vistas. No se lo habían dicho, pero seguramente el apartamento había sido escogido por su madre, una gran amante de la arquitectura parisina, y aquellas vistas eran la prueba. Desde la terraza del ático en la Rue des Halles, podía ver los tejados gris oscuro de la ciudad y tenía una visión directa de la catedral. Valentina fue a la pequeña cocina, cogió un refresco de la nevera y salió al balcón. Iban con pantalones de chándal, una camiseta blanca, un jersey de punto encima y calzada, únicamente, con unos calcetines blancos de deporte horribles. Pero le daba absolutamente igual, aquella posición privilegiada por encima de la ciudad le permitía el lujo de vestirse como le diera la gana.

Las horas en aquel balcón pasaban como si nada, y en lo que pareció poco rato, Valentina vivió otra hermosa puesta de sol, dando lugar a una ciudad completamente iluminada por la luz eléctrica.

Observar aquella vista comportaba ciertas consecuencias, a pesar de ser magnífica. Al poco rato de estar contemplándola un sentimiento de melancolía le invadía todo el cuerpo, como había podido comprobar todas las noches que había pasado en aquel apartamento.

Cuando empezó a sentir frío regresó al interior del apartamento, cerró la ventana pero no pasó las cortinas. Se tumbó en el sofá y cogió de nuevo el mando del televisor. No tenía nada que hacer, no había comprado ni un triste libro, a pesar de trabajar en una librería, no tenía películas ni ningún aparato para reproducirlas, y, por supuesto, se había negado a tener toda vida social. Se estaba autocastigando por los crímenes cometidos contra el corazón de Hugo.

En realidad, sí que podía hacer una cosa que la animaba, pero se negaba a hacerlo. Desde que estaba en París tan solo había llamado a Victoria dos veces, y en ambas ocasiones Victoria le decía que debía olvidarse de Hugo, encontrar a un francés bohemio y rico, y casarse con él. Valentina se negaba a cometer tal fechoría en contra de Hugo, y al final acababan discutiendo, algo que la llevaba a colgar precipitadamente antes de que su amiga la oyera llorar desconsoladamente. Así que, se negaba a vivir de nuevo eso.

Encargó una pizza por teléfono, que llegó media hora tarde y completamente fría, pero no quiso protestar, la calentó de cualquier manera en el microondas y se la comió viendo un documental sobre la Segunda Guerra Mundial. Era lo mejor que daban.

A mitad de la cena la luz se cortó, y la luz de la luna le permitió verse en la pantalla del televisor. Daba pena, comiendo pizza recalentada, sola, sin nada que hacer. Suerte que ni sus amigas ni sus padres estaban ahí, porqué hubiera recibido una buena tunda de críticas que la hubieran devuelto a la realidad. Cuando la luz volvió unos minutos después, su cabeza ya no intentaba seguir el documental, sino que al verse de ese modo comprendió que Victoria tenía razón, debía seguir adelante, ser fuerte e intentar disfrutar de aquella experiencia.

Después de cenar lo recogió todo, tiró lo que sobraba de pizza y se fue a dormir. A la mañana siguiente quería tener energía suficiente para volver a ser la misma de siempre.

A la mañana siguiente la luz del sol volvió a iluminar todo el apartamento de Valentina, pero aquel día no la habían despertado, ella los había estado esperando. Se había levantado temprano, había bajado a comprar el desayuno, y había regresado a su apartamento para desayunar viendo como el sol asomaba por el horizonte y bañaba con su luz toda la ciudad. Ese era el mejor comienzo para un día, el mejor comienzo para una nueva vida. No quería olvidarse de Hugo, ni por asomo, pero no quería que su recuerdo la atosigara día y noche y no le permitiera disfrutar de su nuevo trabajo y su nueva ciudad.

Cuando fue la hora bajó a la calle y paró a comprar croissants para todos sus compañeros. Al llegar a la tienda empezó a repartirlos entre sus nuevos amigos.

—*Bon jour* —iba diciendo cada vez que daba un croissant.

Sus compañeros, que nunca la habían visto así de alegre, se la quedaron mirando si comprender ese cambio repentino. Con energía renovada, Valentina empezó su trabajo en la que, con permiso del El estante, era la mejor librería anticuario del mundo.

Mientras colocaba algunos libros en los estantes exteriores, la imagen de un Hugo perdido, triste y depresivo cruzó la mente, por un segundo creyó que las ganas de disfrutar del momento se le pasarían, en pos del deseo irrefrenable de regresar a Barcelona para ver a Hugo. Pero no permitiría que eso le afectara, tragó saliva, respiró hondo y volvió a lo que estaba haciendo. No debía preocuparse por Hugo, era mayorcito, además sabía que cuando regresara a Barcelona, se disculparía y él la comprendería.

Las horas de aquella mañana pasaron rápidamente, su dominio del inglés y el francés, y su chapurreo de alemán e italiano, le permitieron hablar con todos y cada uno de sus compañeros, y, después de muchos días, aceptó la invitación de ir a comer con un grupo de ellos. Valentina solo puso una condición, que alguien la llevara a una tienda donde pudiera encontrar películas de Disney y un reproductor de dvd, y François se ofreció voluntario, alegando que conocía al propietario de una pequeña tienda que había en el Boulevard de Saint-Germain.

Cuando fue la hora de comer, Valentina y cinco de sus compañeros salieron juntos de la tienda en dirección a un restaurante.

—Ya verás —dijo una chica alemana—, te vamos a llevar a un restaurante que es lo mejorcito de París.

—Sobre todo porque vamos cada día y el propietario nos hace descuento —bromeó un chico

finlandés.

El grupo se puso a reír mientras cruzaban la calle. Cuando llegaron a Saint-Germain, ella y François se separaron.

—La tienda es de mi amigo René —dijo él cuando estuvieron solos—, esperemos que también te hagan algún descuento.

Valentina sonrió. Mientras andaban hablaron de muchas cosas, a pesar de que hacía días que trabajaba en la tienda, aún no había explicado demasiadas cosas de ella, excepto que era de Barcelona.

—Es aquí —dijo François deteniéndose ante la puerta de una tienda con un cartel que con letras estilo Hollywood, decía «DVDWood», todo un juego de palabras se dijo Valentina.

Al entrar el hombre que había tras el mostrador fue directamente hacia ellos. Era mayor que ellos, y llevaba un gran bigote curvado y unas gafas redondas y pequeñas encima la nariz.

—Buenos días François —entonces vio a Valentina—, ¿quién es esta belleza que te acompaña?

Valentina se sonrojó.

—Se llama Valentina, trabaja conmigo en Shakespeare.

El hombre, con toda una colección de posturas de cortesía, muy acordes con su vello facial, le acabó besando la mano.

—Y ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó finalmente.

—Estoy buscando películas de Disney —dijo Valentina rápidamente.

—Eres una niña grande, ¿verdad? —bromeó René.

Valentina no pudo controlar un nuevo pensamiento de Hugo con sus cómics. Él era su niño grande.

René la acompañó en un rincón donde había todo el cine infantil de animación, y sin dudarlo un instante, Valentina empezó a buscar películas de Disney. Mientras ella estaba en busca y captura de algo que le apeteciera ver aquella noche, François y René hablaban animadamente en el mostrador.

Al cabo de unos minutos, Valentina fue hacia al mostrador con películas bajo el brazo, y se las dio a René.

—*Los Aristogatos* y *La Sirenita*. Muy buenas elecciones, pero prefiero a *Basil, el ratón Superdetective* —dijo René mientras metía en una bolsa ambas películas.

—¿Qué te debo? —preguntó educadamente Valentina.

—¡Oh no, nada! —exclamó René—. Para las amigas de François todos es gratis en DVDWood.

Valentina probó de pagarle, pero René se negó en rotundo. Al salir de la tienda, François se disculpó.

—René es así —le dijo François encogiendo los hombros—. Antes perderá dinero que quedar mal con una chica bonita.

Valentina se sonrojó de nuevo.

—Venga —dijo ella intentando perder el color de sus mejillas—, vamos a comer que tengo mucha hambre.

Y andando deprisa tomaron el camino al restaurante. Cuando llegaron al lugar, sus compañeros les estaban esperando frente a un auténtico *bistro* parisino. Un pequeño y acogedor restaurante típicamente francés, donde fueron recibidos como clientes de toda la vida.

Cuando regresó a casa eran pasadas las tres de la madrugada. A pesar de ir cargada con un par de películas y un reproductor de dvd, que había comprado en la Fnac del Boulevard Saint-Germain al

salir de comer, la convencieron para ir a cenar y tomar unas copas. Lo que al principio tenía que ser una cena discreta y unas cuantas copas, se acabó convirtiendo en una larga sobremesa, primero en un restaurante a orillas del Sena y después en las mesas de un bar, que se alargó hasta las dos. Al ir en grupo, el camino a casa se alargó, y François, tan amable y correcto como siempre, la acompañó a su casa. Pero Valentina no lo había invitado a subir, estaba demasiado cansada y se sentía culpable por habérselo pasado bien, mientras que el pobre de Hugo debía estarla buscando como un loco.

Al cruzar la puerta de su casa no pudo reprimir el impulso de llamar a Victoria. Quería preguntarle si Hugo había ido a la tienda a buscarla, o si la había llamado, y, en cualquier caso, que le había dicho ella.

Marcó el número. Nadie contestaba, pero tenía el móvil encendido. Cuando el contestar estuvo a punto de saltar, colgó y volvió a llamar. Así hasta cinco veces, hasta que la voz ronca de su amiga respondió.

—¿Quién me llama a estas horas? —protestó.

—Soy Valentina, necesito hablar —dijo con voz triste.

—¿No puede ser mañana por la mañana?

—Victoria necesito contarle a alguien lo que siento, estoy en un sin vivir.

—A ver —digo con voz compasiva su amiga—, ¿qué te pasa?

Valentina se imaginó que Victoria se estaba incorporando en su cama y apoyando la espalda en el cabezal.

—Hoy he salido a comer, a cenar y tomar algo con mis compañeros de la tienda.

—Eso está bien —dijo Victoria acabándose de despertar— ¿no?

—No, no está bien. Yo aquí pasándomelo bien, y Hugo debe estar preocupado por mi.

—Hugo también puede estar pasándose bien aquí.

—Lo conozco, y no. Seguro que se esta carcomiendo por dentro —dijo Valentina—. ¿No ha venido a la tienda?

—¡No! —exclamó Victoria—. Por aquí no ha pasado.

—Además hay un chico —siguió Valentina—, se llama François. Es amable, inteligente y muy guapo.

—Ves a por él —dijo Victoria.

—No puedo, tal vez Hugo no es tan guapo, ni tan inteligente, pero es muy tierno y divertido. Tal vez debería volver y dejar lo de Shakespeare & Co.

—Ni se te ocurra —dijo rápidamente Victoria—, no debes perder esta oportunidad.

—Pero me siento sola, y se que él también.

—¿François?

—No —protestó Valentina—, Hugo. Sé que me necesita tanto como yo le necesito a él.

La línea se mantuvo en silencio unos instantes.

—Veo que tienes claro que Hugo es el hombre de tus sueños, ¿verdad? —preguntó finalmente Victoria.

—Sí, sé que no es un gran partido, pero sé que si que es un gran partido para mí.

Victoria volvió a quedarse en silencio, Valentina sabía que su amiga estaba pensando, por lo que no dijo nada.

—Muy bien —respondió finalmente Victoria—, veré que puedo hacer para que puedas hablar

con él.

Dicho esto la conversación siguió, hablando de lo aburrido que era estar en París sola, que le gustaría que estuviera ahí, o que estuviera Hugo, y no terminó hasta que ambas se quedaron dormidas y colgadas del teléfono.

Capítulo 21

Hugo

Eran las once de la mañana cuando sonó el teléfono. Arturo sabía quién era, además sabía que Hugo no respondería aunque sonará durante toda la mañana.

—Dígame —dijo Arturo descolgando el teléfono.

—¿Arturo?

—Sí, soy yo.

—Soy Martín, pásame a Hugo.

El plan que tenían previsto desde hacía unos días estaba a punto de ponerse en marcha. Era un sábado como cualquier otro, pero Arturo, Diego y Martín habían ideado un plan que no podía fallar. Hugo acabaría saliendo de casa. Martín le pediría ayuda a Hugo en la tienda, quejándose de que un grupo de turistas había llegado a la tienda y de que Diego no estaba soportando la presión, y necesitaba que fuera a echarle a una mano.

Arturo fue hasta el dormitorio de Hugo, y sin pedir permiso, entró. Hugo estaba durmiendo de cualquier forma en su cama. Antes de hablar con él, Arturo se lo miró detenidamente. La verdad era que Hugo había empeorado en muy pocos días.

—¡Hugo! —gritó Arturo como si hiciera rato que lo llamara.

El otro dio un salto del susto que se había llevado.

—Hugo, es Martín, quiere hablar contigo —le dijo su compañero de piso mientras se encogía de hombros como si no supiera de que iba la cosa.

—¿Qué quiere? —preguntó Hugo mientras se hacía un ovillo para seguir durmiendo.

—¡Y yo que sé! —exclamó alargándole el teléfono inalámbrico.

—¿Sí? —gruñó Hugo al cogerlo.

—Hugo necesito que vengas en seguida.

—Estoy de vacaciones.

—Me da igual —respondió Martín—, además sigo siendo tu jefe.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo.

—¿Qué que pasa? ¡Te diré lo que pasa! Que tú amigo, Diego, bajo presión se convierte en un desastre.

Martín se había metido en el papel hasta el fondo. Además sabía como tratar a su amigo.

—¿Y qué? Me debes muchos días de fiesta. Búscate a otro.

—¿Cómo quieres que encuentre un reemplazo para Diego en diez minutos? —hizo una pausa para evitar calentarse de verdad—. Necesito que vengas ¡ya!

Se oyó el chasquido que significaba que Martín había cortado la línea.

—¿Qué quería? —preguntó falsamente Arturo.

—Me pide que vaya —Hugo estaba medio incorporado en la cama. Por un lado no le apetecía

para nada ir a trabajar, y menos a una tienda llena de guiris, pero debía ser responsable y ayudar a su jefe. Y más si Diego, que había pedido el empleo porqué se lo había dicho él, había resultado ser un desastre.

—¿Qué vas a hacer? —parecía que Arturo tenía cierta curiosidad en su vida. Ese sábado debía estar aburrido.

Sin responder Hugo se levantó y se fue al baño, mientras Arturo regresaba al comedor con el teléfono inalámbrico.

—Diego, soy Arturo —dijo en voz baja—, de momento va para allá.

Antes de que hubiera pasado media hora de la llamada de Martín, Hugo salía a la calle, que no había pisado en una semana. La luz del sol lo deslumbró y el aire fresco llenó sus pulmones, acostumbrados ya al aire viciado de su apartamento. Durante un segundo, fue como si todo lo que le rondaba por la cabeza no tuviera importancia. Era como si el hecho de salir al exterior le hubiera devuelto a la vida.

Caminó hasta el metro y se incorporó al río de gente que entraba y salía de los torniquetes de seguridad, instantes después estaba recorriendo las tres paradas que lo separaban de Plaza Urquinaona.

Al salir del metro, Hugo aceleró el paso inconscientemente, como cualquier otro día. Bajó por Vía Laietana, giró a la derecha por la Calle Condal, y en poco rato llegó a la Comición. Pero, para su sorpresa, la tienda estaba muy tranquila. Incluso más tranquila de lo habitual para ser un sábado a las doce de la mañana.

Al entrar, Hugo se sintió como un cliente cualquier, no como el vendedor que había sido durante los últimos años. Fue una sensación muy extraña.

—Hola Martín —dijo a la vez que sonaba la campanilla de la entrada.

—Buenos días —respondió su jefe que estaba revisando números en una pequeña libretita gris.

—¿Dónde está la invasión incontrolable de guiris?

Su jefe no respondió, tan solo sonrió. Entonces, Hugo se dio cuenta que Diego estaba ordenando las estanterías. Sus estanterías.

—Eso no va ahí tarugo —dijo con muy mala uva—, va dos estantes a la derecha.

Diego le hizo caso.

—Me gusta que estés de vuelta.

—No estoy de vuelta, he venido a ayudarte y veo que no necesitas ayuda.

—No, no necesito ayuda —dijo Martín—. Pero tú sí.

Hugo se sorprendió.

—Arturo y Diego estaban muy preocupados, y me llamaron para saber que debían o que podían hacer para que volvieras a ser el mismo.

Hugo cogió una pelota del Capitán América de un cubo lleno, y se la arrojó a su amigo.

—No la tomes con él, sabes de sobras que tienes un problema.

—No lo tengo —protestó Hugo.

—Sí que lo tienes, y se llama Valentina.

Hugo no dijo nada, simplemente sintió como su corazón, apedazado de la manera, volvió a resquebrajarse.

—Hugo, no puedes seguir así. Debes hacer algo.

—Y ¿qué debo hacer? ¿Olvidarla? ¿Acostarme con la primera que pase para sacarme de la cabeza a Valentina a polvos? —preguntó con tono sarcástico.

—No —dijo ceremoniosamente Martín— debes hacer lo correcto.

—Y ¿qué es hacer lo correcto?

—Ir a buscarla.

—No sé donde está.

—Sí que lo sabes —replicó Martín.

—Pero no me sirve de mucho.

—Tienes por donde empezar.

—Por si no te has dado cuenta —siguió diciendo Hugo cerrándose en banda—, París es una ciudad muy grande.

—Eso da igual.

—No da igual.

—Claro que da igual, mientras tú la quieras, eso da igual. ¿La quieres?

Hugo dudó un poco, tampoco quería darle la razón a su jefe.

—Claro —respondió al fin.

—Pues ve a por ella. Recorre los lugares donde creas que puede estar. Piensa en lo que te contó cuando estabas con ella. Seguro que la encuentras —Martín hizo una pausa—. Recuerda que es lo mejor que te puede pasar en la vida, no dejes escaparlo. No te rindas.

—¿Tú crees que debería ir a buscarla aunque no sepa dónde encontrarla?

—Si duda.

—Pero ¿y si no me quiere?

—Y si en realidad a perdido el móvil al irse, y no ha podido llamarte. Tal vez está igual que tú, con la diferencia que tu jefe te deja perder los días de trabajo que te sean necesarios para ir a buscarla.

Entonces el humor de Hugo cambió de repente. La espalda curvada se irguió, las ojeras desaparecieron y el brillo volvió a su mirada. A pesar de todo ello, Hugo se quedó plantado en mitad de la tienda.

—¡Venga! —exclamó Martín mientras lo empujaba—. Ve tras ella, no te quedas aquí.

Entonces Hugo se dio cuenta y salió corriendo de la tienda, casi dejando una estela de su sombra como Flash.

Al salir a la calle, mientras corría para no perder ni un minuto, Hugo empezó a pensar en como lo haría para encontrar a Valentina. ¿Qué le gustaba más en el mundo? La respuesta era obvia, los libros. Pero ¿cuántas librerías podía haber en París? Seguro que muchas más que en Barcelona. Tendría que comprar alguna guía, a ver si por casualidad hablaban de las librerías más conocidas de París, aunque era poco probable que Valentina estuviera en una de las conocidas. Seguro que estaba en una librería pequeña como la suya, algo íntimo. Bueno, pero seguro que había un barrio de los libreros, o algo así, ¿no?

Hugo nunca había estado en París, y no tenía la más remota idea de por dónde empezar a buscar a Valentina, tan solo sabía que París era enorme y que era muy poco probable que tan solo bajar del avión se cruzase con ella en mitad de la calle. Aunque nunca debía perder la esperanza que la suerte le sonriera.

Estaba corriendo y pensando a la vez cuando su móvil sonó. Hugo miró la pantalla esperanzado

en que fuera Valentina, pero el número no lo tenía en la lista de contactos. Igualmente respondió soñando que era ella llamándolo desde otro número de teléfono.

—¿Sí?

—Hugo, soy Victoria.

—Hola —respondió Hugo.

—Escúchame bien —empezó a decir Victoria—, y no me interrumpas. Tu no me gustas, y yo no te gusto...

—Tu si me gustas —interrumpió Hugo—. ¿Yo no te gusto?

—Te he dicho que no me... ¡Ah! ¿Te gusto? —preguntó sorprendida.

—Sí, eres la mejor amiga de Valentina, si a ella le gustas a mi también.

—Entonces tu también me gustas —hizo una pausa ordenándose las ideas—. Pero eso ahora da igual.

—Vale —dijo Hugo.

—Ahora escucha. Valentina se ha ido a París...

—Ya lo sé —dijo Hugo.

—Eres peor que Valentina —dijo Victoria—, ¿quieres dejarme hablar?

—Claro.

—Gracias —Victoria hizo una pausa—. Te llamaba para decirte dónde está Valentina.

—Ahora que lo pienso, ¿cómo tienes mi número?

—¡Coño, Hugo, deja de interrumpir que me estás poniendo nerviosa! —protestó Victoria

—Lo siento, pero es que yo no te lo di —comentó Hugo.

—Por decirlo de algún modo me lo dio Valentina, ¿te vale? —preguntó Victoria un poco cabreada.

—Sí —respondió Hugo entre jadeos.

—Ahora, ¿quieres saber dónde está o no? —preguntó Victoria.

—Claro.

—En ese caso te interesará saber que se ha ido a trabajar a la librería Shakespeare & Co. de París, en la Rue de la Bûcherie número 37.

Por fin Hugo sabía donde estaba Valentina. Victoria se había convertido en su ángel de la guarda.

—¡Ve a por ella! —exclamó Victoria al no recibir respuesta por parte de Hugo.

Victoria colgó el teléfono. Sabía que había hecho lo correcto, aunque puede que no lo hubiera hecho siempre. Después de la segunda de Hugo y Valentina, y tras ver que su mejor amiga se estaba enamorando de Hugo perdidamente, Victoria empezó a ver que debía hacer algo para que Valentina no se uniera de por vida a un pringado como Hugo. Durante casi toda la noche había pensado como hacerlo, ¿cómo podía alejar a Hugo? No veía la oportunidad, hasta que llamaron los padres de Valentina diciéndole lo del trabajo en París. Sin dudar lo cogió el móvil de su mejor amiga, lo desconectó y se lo metió en el bolso. Sabía de sobras que si Valentina se quedaba sin móvil y se iba a extranjero le sería imposible ponerse en contacto con Hugo.

Desde que lo hizo ya se sintió algo culpable, aunque creer que lo hacía por el bien de Valentina la reconfortaba, pero cuando Hugo apareció en la tienda buscando como un loco a Valentina, se dio cuenta de que tal vez se había equivocado. Ese chico realmente la amaba de corazón. A pesar de ello, no dijo nada, simplemente le dijo que Valentina se había marchado, nada más.

Pero cuando oyó a su amiga completamente deprimida por no poder hablar con Hugo y sentirse

tan lejos de él, comprendió que se había equivocado por completo. Debía arreglar el error que había cometido, y solo se le ocurrió llamar a Hugo para decirle donde encontrar a Valentina. Sabía de sobras que al volver Valentina a Barcelona, o incluso antes, debería dar muchas explicaciones, pero prefería pelearse con Valentina por un error que había corregido, en lugar de saber que lo estaba pasando tan mal.

Tras colgar el teléfono, sabiendo que había hecho lo correcto, Victoria tan solo deseó que Hugo encontraría a Valentina y fueran muy felices.

Hugo entró en su casa como un torbellino. Cuando iba a sentarse en su ordenador, Arturo apareció des del cuarto de baño cargando algo tras él.

—¿Te vas?

—Sí —respondió Hugo por inercia— ¿cómo lo sabes?

—Existen una cosas que se llaman teléfonos, ¿sabes? —bromeó su amigo.

—Muy gracioso, ayúdame a reservar un vuelo para mañana.

—¿Mañana? Pobre infeliz.

Arturo le mostró lo que llevaba a la espalda.

—El vuelo sale dentro de dos horas, aquí tienes una bolsa con un par de mudas y un taxi está a punto de llegar.

—¿Pero cómo?

—Pero nada. Lárgate que si no aún vas a llegar tarde.

—Ya, pero...

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Arturo rememorando—, ¿no es eso lo que siempre me dices?

—Vale, pero si llama mi madre te inventas cualquier excusa, qué estoy trabajando o lo que se te ocurra.

—No me dejes con ese marrón —protestó Arturo.

Se oyó el sonido de un claxon en el exterior.

—Lo siento, pero un taxi me espera —respondió sonriendo Hugo.

Hugo estaba yéndose, pero se detuvo y regresó hacia donde estaba Arturo, y le dio un fuerte abrazo.

—Hay pocos amigos como vosotros, gracias.

Dicho esto se fue del apartamento en busca de Valentina. Esta vez la encontraría y no la dejaría escapar.

Capítulo 22

Valentina

A pesar de lo mal que se había sentido la noche anterior, el hablar con Victoria hasta quedarse dormida —prefería no pensar en la factura del teléfono— la había reconfortado, y le había dado ánimos para que el sábado fuera otro magnífico día en París.

Una mañana más compró croissants para todos cuando pasó por delante de la *boulangerie*, pero esta vez no pudo resistir la tentación de comprarse uno relleno de chocolate. Valentina pensó que eso que dicen que el chocolate va bien para el ánimo era una verdad como un templo mientras degustaba cada bocado de esa obra de arte comestible.

Ese día vio con otros ojos el Sena, a pesar de que aún sentía nostalgia por Barcelona, se estaba dando cuenta que acostumbrarse a aquella ciudad no era, para nada, complicado. Seguramente va a gustos, pero París es una ciudad de esas que siempre gusta a todo el mundo, tiene un no-sé-qué que nadie puede explicar, pero que es muy atrayente.

En lo que no podía dejar de pensar Valentina era Hugo. Llevaba días pensando cómo hablar con él, incluso había pensado en pedirle a Victoria que fuera a verlo, pero seguro que su amiga se negaba en redondo a hacer de celestina. Valentina se sentía culpable por haberse ido de aquel modo, pero la pérdida de su teléfono móvil había sido lo que había empeorado las cosas. Justo entonces pasó por delante de una papelería y entró decidida.

—Hola —dijo amablemente al vendedor— ¿tienes libretas pequeñitas?

—Claro —era un hombre mayor, a punto de jubilarse, pero que parecía que tuviera veinte años menos. Antes de seguir hablando movió la nariz, como si buscara algo con su olfato—. ¿Son croissants este perfume?

—Sí —dijo sonriendo Valentina—, ¿quiere uno?

—No osaría —dijo el hombre mientras buscaba detrás del mostrador—, aquí tiene.

Encima la puso cinco modelos de libretas pequeñas. A penas tenían diferencias, el espiral arriba o la izquierda y el color eran las principales. Pero hubo uno, un pequeño bloc rojo con el espiral en la parte de arriba que pareció llamar la atención a Valentina.

—El rojo ¿qué le debo?

—Un croissant —respondió rápidamente el hombre.

Valentina sonrió, abrió la bolsa y se la ofreció al hombre, este sin dudar lo cogió y le dio un bocado.

—¿Son de la *boulangerie* de la Rue des Halles?

—Sí —respondió Valentina.

—Martine tiene siempre lo mejor de París.

Valentina recogió la libretita de encima la mesa.

—Hasta otra —dijo Valentina saliendo de la tienda.

—*Au revoir*. Señorita.

Valentina salió contenta de la tienda, ahora tenía un sitio para apuntarse los números de teléfono. Por costumbre solo podía recordar el de Victoria, pero si apuntaba ese, seguramente le irían regresando todos los números a su cabeza. Y como prueba de ello, recordó el del móvil de su madre. Una sonrisa invadió su cara, tarde o temprano aparecería el de Hugo.

Un rato después de salir de la pequeña papelería, llegó a la librería. A pesar de que era el segundo día que lo hacía, todos sus compañeros se le echaron encima para coger un croissant. Como había pensado siempre, la comida era el mejor tema de conversación, incluso cuando no se habla.

Ya sin la carga de los croissants, fue a dejar sus cosas, pero cuando se estaba quitando la chaqueta, François se acercó a ella.

—No te la quites, tenemos una misión.

—¿Cuál?

—Tenemos que ir a buscar unas cajas a un almacén de libros en Porte Versailles —respondió François mientras Valentina se recolocaba la chaqueta de nuevo—. Vamos.

Porte Versailles era uno de los accesos a París, estaba en la zona sureste de la ciudad, fuera de la *périphérique*. En metro eran menos de quince minutos, así que cuando no quisieron darse cuenta estaban saliendo del metro.

—¿Y qué vamos a buscar? —preguntó Valentina.

—Libros —respondió François con una sonrisa, interesante, pero no tan especial como la de Hugo.

—Eso ya me lo supongo, quiero decir ¿qué libros vamos a buscar?

—Pues no lo sé, es un almacén que se encarga de comprar grandes stocks de libros, los que sean, y librerías como nosotros lo tenemos más fácil para comprarlos, en lugar de ir de ejemplar en ejemplar —hizo una pausa—. Nosotros vamos a buscar el encargo que nos hizo un cliente de toda la vida. Uno de esos coleccionistas medio locos que apenas salen de su casa. Nos dijo que en un caja había lo que buscaba desde hacía años.

Cuando terminó de explicarle a lo que iban, llegaron por fin a su destino. Era el típico almacén con persiana metálica y una gran entrada para que coches y camiones pudieran cargar y descargar mercancías. Una vez dentro te encontrabas en un gran espacio lleno de estanterías metálicas enormes llenas hasta arriba de cajas.

—Ahí está el encargo —dijo François señalando a un hombre regordete con bigote pequeño y unas gafas en la punta de la nariz.

—Buenos días, venimos de la librería Shakespeare & Co. a buscar un encargo.

—¿Traen la hoja del pedido? —preguntó con mal humor.

François se sacó una hoja del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó. El hombre se lo miró, luego los miró a ellos, y por fin habló.

—¿Ya traen un coche o algo? —dijo finalmente.

—Pues no, la verdad —respondió François.

—Pues van a tener problemas.

—¿Por?

—Vengan conmigo —respondió el hombre empezando a andar hacia el fondo del almacén.

Poco a poco el ruido del ir y venir de coches, y de las máquinas subiendo y bajando cajas se fue

apagando, hasta formar un rumor lejano que, incluso, podía resultar agradable. En el fondo el olor de polvo aturdió a cualquiera, se notaba que las cajas que se sacaban de encima siempre se quedaban delante, mientras que lo invendible se iba acumulando en esa zona del almacén.

—Aquí lo tienen —dijo el hombre señalando un montón de cajas—. Quince cajas hasta arriba de libros.

—¿Cómo? Pero si mi jefe me ha dicho que era una sola caja —protestó François.

—Pues se equivocaba, el pedido era este, y le puedo asegurar que hace varios años que tenemos estas cajas aquí.

—¿Qué hay dentro? —Valentina después de mucho rato abrió la boca.

—No lo sé, señorita. Yo sólo sé de donde viene y a dónde van. Nada más —dijo el hombre un tanto brusco.

Se notaba que ese hombre podía estar en un almacén de libros o en uno de comida. Ella sabía que todos aquellos aficionados a los libros no se podrían controlar y acabarían abriendo las cajas para saber que contenían. Ese hombre no tenía esa curiosidad.

—Voy a llamar a la tienda, a ver si alguien puede venir en coche a cargar todo esto.

—Aquí les dejo, que tengo trabajo.

Cuando el hombre se fue Valentina le sacó la lengua. «Que tengo trabajo», como si ellos no lo tuvieran con quince cajas cargadas a tope con libros.

—Erik, ¿hay alguien que tenga un coche disponible para venir a cargar cajas? —preguntó François, poniendo el manos libres.

—¿Cajas? No me seas perezoso François, que antes has dicho que era solo una —respondió el otro.

—¿Una? Aquí tenemos quince y bastante grandes.

—¿Quince? No fastidies —respondió—. Un segundo, voy a preguntar.

—¿No tienes curiosidad por saber que hay en las cajas? —le preguntó Valentina.

—En parte sí, pero ya las abriremos en la tienda.

—Ya, pero ahora, esta capa de polvo parece que no está llamando a gritos.

—La verdad es que...

—François, ¿estás ahí? —era Erik que había regresado.

—Dime.

—Ahora irá Claudia, ha ido a buscar su coche.

—Es decir qué tardará bastante ¿no? —preguntó desesperanzado François.

—Me temo que sí —respondió Erik—, cuando ella esté por ahí ya te avisará.

—De acuerdo, hasta luego.

—Hasta luego.

François regresó hasta donde estaba Valentina, que observaba con ganas las cajas recubiertas de polvo.

—Tenemos para un buen rato —dijo François—, Claudia ha ido a buscar su coche.

—¿Lo tiene cerca de la tienda?

—No, en su casa.

—Pues, tenemos para un buen rato.

Ambos se quedaron mirando, y miraron las cajas, y se miraron a ellos, y luego de nuevo a las

cajas.

—¿Abrimos una? —preguntó al final Valentina.

—Vale —respondió François sacándose las llaves del bolsillo.

Hábilmente cortó el precinto de una de las cajas y la abrió, generando una ventisca de polvo. Ambos empezaron a toser y cuando la nube de polvo desapareció, pudieron ver el contenido de la caja. Valentina metió la mano y sacó uno de los volúmenes que había en su interior, y cuanto pudo ver la cubierta, empezó a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó François preocupado.

—Nada.

—Normalmente no se llora por nada.

—Es que esto...

—Esto es un cómic ¿qué le pasa?

—Es difícil de explicar.

—Tenemos tiempo hasta que llegue Claudia.

Valentina se lo miró sin dejar de llorar. Al ver el cómic viejo y mugriento recordó de golpe todos los domingos que había pasado con Hugo clasificando cómics, las dos citas, la buena y la mala, y, por supuesto, recordó como no había podido decirle que se había ido.

—¿Seguro? —dijo sollozando—. No quiero aburrirte con mis problemas.

—Seguro, soy todo oídos.

Cuando terminó de contarle toda su historia con Hugo, François había pasado de ser un simple conocido que la escuchaba para hacer algo, a ser un amigo que se preocupaba por ella. Durante toda la explicación de Valentina, entrecortada por los continuos sollozos, François no había parado de hacerle preguntas interesándose por lo que Valentina le contaba. Hubo un instante en que Valentina pensó que estaba hablando con la versión masculina de Victoria.

—La verdad, es que no sé qué decirte —dijo apoyando la cabeza en sus manos.

Valentina respondió sonándose la nariz con el pañuelo que François le había ofrecido durante el relato.

—Lo siento, te lo estoy dejando hecho un desastre.

—Para eso está —bromeó François.

Antes de que Valentina pudiera decir nada más, el teléfono de François sonó.

—Dígame —esperó la respuesta—. Sí. Claro. Aquí estaremos —y colgó.

—¿Ya está aquí?

—Ni por asomo, se ha metido en la *périphérique* y la ha cagado. Tardará un buen rato, a esta hora siempre está congestionada.

—Y ahora, ¿qué?

François miró su reloj.

—Podríamos ir a comer —respondió—, conozco un *franco-italien* que hacen una comida buenísima.

—Vale —dijo Valentina levantándose de la caja en la que se había sentado.

—Y así me sigues contando lo tuyo con Hugo.

Después de un buen rato en aquel oscuro rincón del almacén, la luz exterior los deslumbró. Cuando se hubieron acostumbrado, emprendieron el camino al restaurante que conocía François.

Al regresar de comer, Valentina ya estaba mucho mejor, un poco entristecida, pero bien, presentable a los demás compañeros, entre los que se encontraba Claudia que los estaba esperando frente al almacén con su coche, un pequeño utilitario de quinta mano de color rojo. No estaba sola, junto a ella, con una cara de cabreo monumental, estaba el jefe del almacén.

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó Claudia.

—¡Eso! Por fin —repitió el del almacén—. De esta manera no se pueden hacer tratos. Vosotros desaparecéis con la hoja del pedido, y luego viene esta exigiendo recoger una cajas para Shakespeare & Co. sin mostrarme ni una triste nota. ¡Nada!

—Lo sentimos, pero creímos que nos había visto irnos.

—No, no os vi. Además aquí estamos trabajando, y que a la hora de comer no pueda cerrar el almacén como dicta mi horario porque hay dos personas en el interior que no encuentro.

Valentina comprendió el cabreo, el pobre hombre no había podido ir a comer esperándolos.

—¡Coged las cajas pero ya! —gruñó el hombre mientras su bigotillo se movía frenéticamente—. Y la próxima vez que vuestra librería haga un encargo, a vosotros no os quiero ver —remató señalándolos.

Después de una bronca de tal magnitud, Valentina, Claudia y François cargaron las cajas tan rápido como pudieron, y así que François salió con la última el hombre bajo la persiana con tal fuerza que un poco más y la arranca.

—Menudo quejica —exclamó François entre risas cuando estaban en el coche—, un poco más y nos deja cerrados dentro.

—Pues no veas como se me ha encarado cuando he llegado —explicó Claudia.

El resto del viaje en coche, que fue bastante largo debido al caótico tráfico de París, Claudia y François estuvieron haciendo bromas y cachondeándose del jefe del almacén bigotudo. Por su parte, Valentina, sentada en el asiento de atrás sosteniendo algunas cajas que no habían cabido en el maletero, no podía sacarse de la cabeza a Hugo, y seguía sorprendida por como el hallazgo de ese cómic la había sobresaltado de tal manera.

Una vez en la tienda, descargaron las cajas, y tuvieron que dar mil explicaciones porqué el del almacén había llamado a la tienda quejándose de ellos, pero François consiguió convencer al jefe de que en realidad era esa hombre que vivía alterado. Una vez hubieron terminado de sacar la última caja del coche, François se acercó a Valentina que estaba ayudando en la caja.

—¿Qué te ha dicho?

—Que hemos hecho bien, y que ese hombre es un cascarrabias —hizo una pausa y sonriendo continuó—, ya me ha dicho que la próxima vez enviará a otros.

Valentina no respondió.

—Aún te sientes mal ¿verdad? —preguntó preocupado François.

Valentina se encogió de hombros, y François se quedó pensativo frente a ella.

—Espérate aquí un segundo —le dijo François finalmente mientras se iba a la trastienda, para regresar al cabo de un momento.

—¿Vamos? —preguntó.

—¿Otro encargo? —respondió Valentina.

—No.

—¿Entonces qué?

François la contempló un momento. Tenía ojeras de llorar en el almacén, estaba sucia de polvo y cansada por todo lo que había pasado aquel día.

—Nos he pedido la tarde libre.

—¿Para? —preguntó sin comprender Valentina.

—¿Ya has visitado París? —preguntó François para animarla.

—Gracias François, pero no es la primera que vengo. Prefiero ir a casa a descansar.

—¡Ya! Pero ¿has visitado París de la mano de un parisino? —volvió a preguntar François ofreciéndole la mano.

A lo que Valentina solo pudo contestar con una sonrisa.

Capítulo 23

Hugo

Cuando Hugo salió de la terminal del aeropuerto, salió como si conociera el lugar, como si hubiera ido a París centenares de veces, pero no era el caso. Era primera hora de la tarde, pero el frío nocturno de esas latitudes ya empezaba a advertir a Hugo que la camisa que llevaba no lo protegería.

¿Cómo podía llegar rápidamente hasta el centro de la ciudad desde ese aeropuerto? Un taxi, fue la respuesta obvia. Enseñaría el nombre de la dirección al conductor, y tan solo tenía que esperar que el hombre le dijera «*Nous sommes arrivés*» y bajarse del coche. Con desesperación empezó a buscar la estación de taxis y la encontró. Por la cantidad de gente que había y por cómo iban saliendo los coches, Hugo supuso que el sábado por la tarde no era el mejor día para llegar a la capital francesa. Se puso a la cola, lentamente fue avanzando, y cuando tan solo quedaban dos personas para que fuera su turno se dio cuenta de algo importantísimo. Con las prisas había salido de casa sin efectivo y sus tarjetas de débito no tenían suficiente dinero como para pagar un viaje en taxis hasta el centro de la ciudad.

Mientras pensaba en una solución, la cola fue avanzando, y cuando el taxista que le correspondía se lo miró, Hugo no supo que decir. En un francés chapurreado y autodidacta le dijo.

—Yo sentir, no tener efectivo —hablaba como si fuera un indio, y salió de la cola antes que la señora impaciente que tenía detrás le mordiera una pierna al ver que no avanzaba.

—¿Qué hago ahora? —se preguntó Hugo apoyándose en una pared, viendo como Valentina se alejaba de él poco a poco.

Empezó a mirar a su alrededor, a ver si ese entorno completamente desconocido le daba una respuesta, y así fue. En uno de los centenares de carteles que había señalando hacia todas las direcciones del aeropuerto, un símbolo se iluminó como si un ángel lo hubiera tocado. Era un bellísima letra M... El metro.

Hugo corrió de nuevo siguiendo como un loco todas las señales que le indicaran que había el metro, hasta que descubrió que para llegar al metro primero tenía que pasar por el RER, los trenes de cercanías de París, y al ver eso, aunque no era creyente, se santiguó. Se había criado a las afueras de Barcelona, durante años había cogido las Cercanías de la ciudad condal día sí y día también, por lo que una vez cruzara su puerta le podía pasar cualquier cosa.

Compró un billete sencillo y pasó el torniquete, sin saber a dónde iba empezó a recorrer pasillos, hasta que llegó algo así como un vestíbulo desde donde salían más pasillos, todos ellos coronados con un letrero que indicaba las líneas a las que conducían. No podía jugarla, debía saber hacia dónde ir, buscó un mapa de los transportes metropolitanos de París, y al verlo prácticamente cae de culo. Había más líneas de transporte que mapa, toda la ciudad estaba cruzada centenares de veces por un número indeterminado de líneas de metro, tren, autobús y tranvía.

—Y ahora, ¿qué hago? —se preguntó a la vez que se rascaba la cabeza con insistencia.

Intentó buscar donde estaba, por un momento creyó seguir la línea que lo llevaría hasta Valentina, pero en seguida se perdió de nuevo en un laberinto indescifrable de colores y números.

—¿Necesitas ayuda?

Hugo oyó la voz de una chica detrás suyo y se giró.

—No, bueno sí —entonces se fijó en la chica—. ¿Nos conocemos de algo?

—Claro, pero está vez tú no vas corriendo como un loco y yo he dejado el perro en Barcelona.

—Es verdad eres la chica del perro.

La chica rió a gusto por la deducción de Hugo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella.

—Más o menos lo mismo que cuando vosotros me encontrasteis.

La chica recordó que no les había contado nada el día que se lo habían encontrado tumbado en el suelo, pero solo había una cosa en el mundo que pudiera mover a alguien de ese modo.

—Y supongo que te has perdido, ¿no?

—La verdad es que sí. Nunca había estado en París y hoy me encuentro aquí sin dinero y con billete de tren que no sé ni a donde me lleva.

—Vamos a ver —dijo ella acercándose al mapa—, ¿a dónde vas?

—A la Rue de la Bûcherie 37 —Hugo se lo había aprendido de memoria, se lo había apuntado en un papelito y en el bloc de notas del móvil.

—¿De qué me suena? —dijo ella poniéndose bien el bolso—. ¿No es dónde se encuentra la librería Shakespeare & Co.?

—Sí, es ahí donde voy —dijo Hugo alegrándose que ella supiera donde estaba la librería.

—Entonces no hay problema —respondió ella poniéndose en marcha—, yo voy bastante cerca de ahí, te acompaño.

—No hace falta, no quiero molestar, no...

—Te digo que de verdad no importa, venga vamos que si no perderemos el tren.

Hugo no dijo nada más y empezó a andar a su lado, y fueron llevados por la marea de gente. Cuando estuvieron en el andén, y pudieron respirar de nuevo tras recorrer decenas de metros de túnel apretujados por centenares de personas.

—¿Siempre es igual? —preguntó Hugo asustado por la experiencia que había vivido.

—Siempre es igual —afirmó ella sonriendo.

Poco a poco recuperaron la respiración y la compostura, entonces la chica habló.

—Ya es la segunda vez que te saco las castañas del fuego y aún no nos hemos presentado.

—¡Es verdad! Soy un desastre —respondió Hugo frotándose la cara.

—Me llamo Aurora,

—Encantado, yo Hugo.

Durante el largo viaje, Hugo le explicó que hacía en París y porque hacía unos días lo habían encontrado corriendo como un loco. La verdad era que era una chica muy simpática, muy similar a Valentina en muchos aspectos. Después de que Hugo hubiera terminado, la chica le dijo algo que le sorprendió.

—Cuando volváis a Barcelona —Aurora daba por sentado que aquella historia acabaría bien—, llamadme y vamos a cenar con mi novio. Tengo ganas de saber como habéis acabado.

Hugo solo sonrió mientras se apuntaba su número. Sin buscarlo había hecho una amiga, y por lo

que se veía una buena amiga porque le había ayudado ya dos veces.

Tras el largo recorrido en tren y metro, por fin volvieron a respirar el aire de la calle, que al anochecer ya era fresco y agradable.

—Recuerda —dijo Aurora medio gritando mientras Hugo se alejaba—, sigue todo recto y después gira a la izquierda, y encontrarás la tienda.

—Gracias —dijo Hugo arrancando a correr de nuevo.

—Si te pierdes, llámame —dijo Aurora mientras se despedía con la mano.

Hugo iba corriendo y en su cabeza, a pesar de llevar el mp3 encima, se repetía constantemente la canción *Don't Stop Me Now* de Queen. No es que fuera su grupo favorito de música, incluso había canciones que odiaba, pero esa era una de las que le motivaban, en ese caso, a correr.

Mientras daba largas zancadas, siguiendo las instrucciones de Aurora, Hugo empezó a pensar en como debía saludar a Valentina, en qué debía decirle y en cómo tenía que hacerlo. En principio ella no se lo esperaba, así que como mínimo la sorprendería, algo que, a su parecer, tenía a su favor, aunque podía descubrir que ella realmente había pasado de él. Entonces, ¿porqué Victoria lo llamó para decirle dónde estaba? Era su mejor amiga, por lo que tenía que saber qué sentía Valentina, y dudaba que Victoria fuera tan mala para enviarlo a París a sabiendas de que se le rompería el corazón.

Frenó de golpe, miró a su alrededor, y giró a la izquierda andando deprisa, no quería correr justo delante la tienda de Valentina para evitar hacerse notar, pero sus piernas no le hacían caso, y a que de vez en cuando se veía galopando de nuevo. Seguía sin saber que decirle, debía ser algo que le saliera del corazón, algo que le demostrara a Valentina que la amaba con locura, pero que tampoco quedara demasiado cursi... Pero que se estaba diciendo, sabía que si Valentina había sido sincera con él, debía decirlo algo muy cursi, le gustaban esas cosas. Le gustaba cuando hacía tonterías o estupideces, por lo que las cursiladas también debían estar en el paquete.

Hugo estaba a orillas del Sena, seguramente debía ser el único turista que no disfrutaba del paisaje parisino, ya tendría tiempo de disfrutarlo cuando hubiera hablado con Valentina. Poco a poco, mientras luchaba entre los centenares de turistas que paseaban por las tiendecitas cercanas al río, fue viendo el cartel verde y amarillo de la tienda en la que trabajaba Valentina.

Se fue acercando, intentando no hacerse notar, y poco después estaba frente a la tienda pero al otro lado de la calle. Se quedó ahí parado mientras una señora mayor japonesa lo insultaba por pararse en medio de la acera. No sabía que decirle —a Valentina, no a la señora japonesa—, pero tenía tiempo, la tienda no cerraba hasta las once de la noche, así que se detuvo a pensar, esta vez apartándose lo máximo que pudo del tránsito de gente. Apoyado en la barandilla de piedra, entre dos puestos de color verde y de espaldas al Sena y Notre Dame, Hugo miró su reloj. Los bracitos del mini Goofy señalaban que eran las cinco pasadas. Tenía tiempo de sobras. Sin perder de vista la entrada de la tienda empezó a organizarse un monólogo para soltárselo a Valentina.

«Valentina...», pensó. «Valentina des del día que apareciste en la tienda...», sí, eso quedaba bien. Poco a poco fue montando mentalmente la primera frase de su discurso, pero no pudo ir más allá porque vio algo que le rompió todos los planes.

En la puerta de la tienda estaba Valentina hablando con un chico, este le ofreció la mano y ella se la cogió sonriendo.

—¡Mierda! —exclamó Hugo.

¿Qué podía hacer? Había pensado encontrarse a una Valentina que estuviera saliendo con un

francés atractivo, pero nunca pensó en abrir su corazón a Valentina frente a un acompañante.

La pareja se acercó al límite de la acera, Hugo pensó que lo verían, así que se metió de cabeza en uno de los chiringuitos de color verde que tenía cerca, haciendo ver que estaba interesado en lo que estaba mirando. Por el raballo del ojo Hugo vio como Valentina y su acompañante cruzaban la calle e iban en dirección contraria.

—¡Oh, no! —exclamó, no por Valentina, sino por lo que estaba ojeando.

Eran revistas porno y eróticas antiguas, soltó la que tenía en las manos completamente colorado, y se iba echando chispas siguiendo de lejos a Valentina y su acompañante. Que vergüenza si Valentina lo hubiera visto en esa tienda. Pero por suerte, o por desgracia, Valentina estaba demasiado encandilada con su acompañante.

Si Hugo tenía que ser sincero, ese hombre podía encandilar a cualquiera, incluso a él. Era muy elegante, moreno, de ojos azules, barba de tres días, y todo ese largo etcétera necesario para que muchas mujeres lo calificara de tío bueno. Estaba claro que no podía competir con él. Hugo solo tenía un poco de gracia y, como había dicho Diego, una cara interesante.

Valentina y su amigo se iban deteniendo de vez en cuando, y era como si él le explicara algo de algún edificio, de un puente. Hubo un par de veces que Hugo, completamente abstraído en seguirlo, un poco más y se les echa encima sin darse cuenta que se habían detenido. Era un desastre incluso para eso. No sabía como Valentina lo recibiría, tan solo quería decirle lo que sentía, así como mínimo todo estaría en manos de ella. En parte le daba igual que Valentina no lo quisiera, incluso que estuviera con otro, siempre y cuando ese otro la hiciera feliz. Pero igualmente, él quería... Él debía... Él tenía que expresarle sus sentimientos, sino explotaría como una bomba de relojería.

Los siguió con dificultades por toda la orilla del Sena. Entre tanta multitud era difícil ver donde estaba Valentina y su acompañante, pero Hugo no la perdería, ese día no la perdería. Hubo un par de veces que desaparecieron ante sus ojos, pero poco segundos después los volvía a ver.

Hugo estaba de los nervios, no quería aparecer de la nada y decirle «Te quiero», porque primero que ella se asustaría y segundo no quería cagarla como lo había hecho en sus dos únicas citas. Debía hacerlo bien, mientras fuera él quien se descubriera y no ella quien lo viera, todo iría perfecto.

Después de un rato, cruzaron uno de los puentes que llevaban al otro lado del Sena. Hugo no quiso perderlos, así que aceleró el paso, pero ellos se detuvieron y miraron hacia atrás. El puente, a diferencia de la calle, estaba mucho más vacío, así que se quedó a la vista de Valentina y su amigo. Lo único que pudo hacer fue acercarse a la barandilla y apoyarse en ella, justo detrás de una farola. De reojo le pareció ver como Valentina se lo quedaba mirando, pero no sabía si era eso, o es que seguía escuchando las explicaciones de su acompañante.

Tras los segundos más tensos de toda la vida de Hugo, la pareja retomó de nuevo el camino hacia una plaza decorada con un obelisco enorme. La verdad es que la ciudad era impresionante, Hugo apenas había parado atención en ella, pero lo poco que había captado su atención, como ese obelisco, lo había impresionado.

Manteniendo las distancias, Hugo los siguió procurando tener siempre a mano algún escondite o algún lugar donde pasar desapercibido. Una vez más se detuvieron, pero en esta ocasión él no parecía estar contándole nada de la ciudad, sino que le explicaba directamente algo a ella, su respuesta debió ser afirmativa, tanto por la sonrisa como porqué se cogió de su brazo para recorrer unos cuantos metros hasta la entrada del metro.

—¡Joder! —dijo Hugo susurrando.

No le había amargado ya la vida ese maldito metro, que ahora encima debía seguirlos en él, sin perderlos.

A pesar de las pocas ganas que tenía de meterse en la red de metro de París, sin dudar lo siguió al interior de la estación. Por el cartel, que había justo donde empezaban las escaleras, Hugo descubrió que aquella parada era la de Concorde, ¿tendría algo que ver con el avión? Se preguntó. Sin poderse dar una respuesta, compró un billete y los siguió por los túneles, estando atento a la línea que cogieran, por si no llegaba a cogerlo.

Por fin llegaron al andén de la línea verde, la M12. ¿M12? Joder, en Barcelona apenas vamos por la nueve, se dijo Hugo bromeando con sí mismo. A pocos metros de él estaban Valentina y su acompañante, casi podía entender lo que decían, pero con solo oír la voz de Valentina Hugo tuvo que sentarse en uno de los bancos, para no desmayarse en medio de la estación. ¡Ese sí que sería un bueno modo de decirle a Valentina que estaba allí!

Nunca había entendido que le había pasado. No era un chico débil, en realidad nunca se había desmayado antes de conocer a Valentina. ¿Tal vez era ella? Pero ahora no tenía tiempo de responder a esas preguntas, el metro apareció en la estación. Valentina subió en él, y Hugo hizo lo correspondiente un vagón por detrás de ellos.

En el interior del vagón no podía ver a Valentina, pero si a su acompañante, que era más alto, y de vez en cuando, entre las cabezas de los pasajeros, podía ver los reflejos dorados del pelo de Valentina.

Tras unas cuantas estaciones, bajaron en la que se llamaba Abbesses. En cuanto vio que Valentina y su acompañante se apeaba, Hugo no dudó y también bajó. Y no fueron los únicos, una muchedumbre también lo hizo, y se dirigieron hacia el fondo, hacia donde todo el mundo caminaba, debía ser la salida. Tras unos pasos la multitud llegó a un pequeño vestíbulo, donde la mayoría de gente se amontonó ante el ascensor, entre ellos Valentina y su nuevo acompañante.

Hugo miró a su alrededor, y vio las escaleras. A empujones llegó hasta ellas y empezó a subirlas corriendo, quería llegar antes que ellos y atrapar a Valentina en cuanto que esta saliera del ascensor. Pero había calculado mal, ya que aquellas escaleras de caracol eran interminables, y tuvo que detenerse varias veces a recuperar el aliento, esa vez no estarían ni Aurora ni su novio para ayudarlo.

Cuando llegó arriba vio como el ascensor estaba vacío. La había perdido. Jadeando empezó a mirar a su alrededor. No sabía dónde estaban, ni él mismo, ni Valentina. Llevado por la intuición, empezó a seguir a un grupo de turistas que ascendían por una de las calles que había frente a la estación. Nada le decía que Valentina se hubiera ido en aquella dirección, pero ya no perdía nada. Valentina había desaparecido por un error de cálculo.

Empezó a subir aquellas calles empinadas, pero esta vez no hizo la estupidez de subir corriendo. No, esta vez hizo la estupidez subir esprintando. Poco a poco las calles estaban más llenas de gente, restaurantes y puestos de souvenirs, hasta que llegó a unas calles más llanas, que desembocaban en una plaza. Según el cartel verde y azul, la Place du Tertre.

La plaza estaba llena de cafeterías, bares, restaurantes y pintores. París en estado puro, pero Hugo no estaba para eso, estaba buscando como un loco a Valentina. Su instinto le decía que estaba allí, sentada en una terraza, tomando algo en la barra exterior de algún bar o a punto de cenar con su nuevo amigo.

¡Por fin la vio! Estaba frente a una cafetería con ese hombre. No podía dejar que se fuera con él, antes tenía que decirle lo que sentía, sino siempre se arrepentiría. Corriendo, completamente extenuado por la subida hasta la plaza, empezó a llamarla.

—¡Valentina!

Gritó jadeante.

—¡Valentina!

Capítulo 24

Valentina

Al principio François le ofreció un paseo por la orilla del Sena, de vez en cuando se iban deteniendo y él demostraba sus conocimientos sobre su ciudad. Sabía que no quería impresionarla, pero lo estaba haciendo.

A pesar de ello, ella ya habían visitado París decenas de veces y su mente, que intentaba seguir las explicaciones de apuesto acompañante, no dejaba de pensar en Hugo, en como le gustaría ser ella la anfitriona y enseñarle la ciudad. Todos aquellos rincones que la volvían loca, pequeñas curiosidades de los edificios que los rodeaban o, tan solo, tumbarse en el césped de alguno de los parques a tomar el aire.

—No me estás escuchando, ¿verdad? —preguntó François mirándola.

—Claro —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué estaba diciendo?

—Eh... Bueno... —tras un par de intentos Valentina no pudo más—. Lo siento, no te escuchaba. François no respondió.

—Vale —dijo Valentina agitando la cabeza—, estoy en París, con François y voy a conocer la ciudad.

François la miró.

—¿Haces esto a menudo? Porque entonces es grave.

Valentina sonrió, no tenía respuesta para las ocurrencias de su acompañante.

—Ya estoy lista, sigue contando cosas.

Siguieron con la excursión, y a las pocas palabras de cada explicación de François, Valentina perdía el hilo y su mente volvía al tema que la estaba martirizando desde que había encontrado aquel cómic, desde que había regresado de la cena con sus compañeros, desde que se había ido de Barcelona sin decir nada... Hugo.

El paseo siguió hasta que llegaron al Pont de la Concorde, en el que se detuvieron por la mitad. François hizo que girará para ver el edificio del Palais Bourbon. Justo cuando se giró le pareció que alguien no les sacaba el ojo de encima, que los seguía, incluso que se escondía al ver que se giraban, pero cuando quiso buscar por el puente, no vio a nadie, turistas paseando, gente contemplando el agua del Sena. No era nada importante, seguro.

—... Encargado por Luisa Francisca de Borbón, hija de Luis XIV, se acabó de construir en 1728...

François seguía con su explicación del palacio. Pero Valentina pensaba en otra cosa, desde que habían salido de la tienda había tenido al impresión de que alguien los estaba siguiendo. No por que lo viera, ni por que hubiera ningún motivo por el que los siguieran, sino era una extraña sensación de que había alguien más con ellos. No quería decirle nada a François porque seguro que aún le parecería más

extraña, primero llorando por un cómic, y después obsesionada con que alguien los observaba. Tonterías.

—¿Seguimos? —preguntó su acompañante.

—Por supuesto —respondió Valentina falsamente interesada en lo que le estaba contando.

—¿Esta vez me has escuchado cuando hablaba del Palais Royal?

—No intentes engañarme, me estabas contando la historia del Palais Bourbon.

François sonrió.

—Veo que poco a poco vas centrándote.

—Sí, claro.

Mintió de nuevo Valentina, su cabeza estaba dividida entre ese ente misterioso que le parecía que les seguía y Hugo. Mientras acababan de cruzar el puente Valentina no hacía más que girarse para ver si había alguien tras ellos, pero no veía a nadie. Sin hacer caso a François, que estaba hablando sobre el obelisco, Valentina intentaba ver si realmente los seguían o eran manías suyas. Dieron la vuelta por la Place Concorde, y cuando estaban casi enfrente de la entrada de los Jardins des Tuileries, François se detuvo.

—Valentina, ¿qué te pasa?

—Nada

—¿Nada? Pero si no haces más que girarte, como si quisieras huir.

—No —respondió rápidamente Valentina—, es que...

—Es que ¿qué? —preguntó François.

—Me parecen que nos siguen —dijo finalmente.

François la miró detenidamente.

—No estás bien Valentina.

—¿Por?

—Lo tuyo con Hugo te está destrozando, y ahora me vienes con manías persecutorias.

Valentina no dijo nada.

—Dejemos el turismo para otro día, y vamos a ver si podemos hacer algo para alegrarte la vida, o como mínimo para arreglar lo de Hugo.

—No seas malo —exclamó Valentina sonriendo a desgana.

—Dame una sonrisa más e iremos a tomar algo.

Valentina sonrió y se cogió de su brazo para encaminarse hacia la estación de metro que había a unos pocos pasos de donde estaban. Cuando bajaron las escaleras de la estación, Valentina siguió pensando en aquella extraña sensación, pero prefirió dejarla de lado. No era bueno que se obsesionase de ese modo, seguramente tan solo había sido un pobre viandante que había seguido el mismo camino que ellos. Además, ¿por qué la iban a seguir a ella?

—¿A dónde vamos? —preguntó Valentina.

—Sorpresa —bromeó François.

—Vamos, dímelo —replicó ella.

—¿No puedes averiguarlo?

—François no estoy para jueguecitos —protestó.

—Si has visitado París deberías saber donde nos lleva esta línea de metro.

Valentina, que había entrado en aquel metro como en cualquier otro, buscó la línea. La M12...

Claro, ya sabía dónde la llevaba François.

—Pero es muy caro.

—Tranquila —comentó él—, tengo un amigo que trabaja en una cafetería que seguro que nos hace un buen precio.

—¿En serio? ¿Otro amigo? Ahí donde vamos conoces a alguien —bromeó Valentina.

—Es que solo voy donde conozco a gente —respondió François guiñándole un ojo.

Bajaron en la estación de Abbesses, y fueron hacia la salida.

—Vamos por las escaleras —pidió Valentina.

—¿Por las escaleras? Sólo los que no son de aquí suben a la calle por las escaleras —protestó él—, mejor vamos por el ascensor como las personas sensatas.

—Se está muy apretujado —se quejó ella.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, François entró.

—Vamos, no protestes más que sino no te ayudaré con Hugo.

Con el paso de pocos días, François se había convertido en un amigo íntimo, no tenía a nadie más, y las conversaciones con Victoria le podían costar todo el sueldo del mes.

—Vale —se rindió ella—, pero luego bajamos al centro dando un paseo.

—Está hecho.

Tras unos minutos en un ascensor en el que Valentina tuvo complejo de sardina en lata, salieron al exterior y el aire fresco le llenó los pulmones. Sabía perfectamente donde estaba, pero que François la guiara era más cómodo que pensar hacia donde ir. Salieron de la estación de metro y empezaron a subir por una calle hacia Montmartre. Valentina adoraba aquellas calles, ese ambiente que, a pesar de estar llenos de turistas, seguía emitiendo ese aire bohemio, con pintores, escritores y todo tipo de artistas en cada esquina compartiendo su arte con todo aquel que quisiera escucharlo.

—Es ahí —dijo François señalando una pequeña cafetería en una esquina de la Place du Tertre—, vamos a ver si está Pierre.

—¿Qué es, camarero?

—No, el propietario.

—Una pregunta François —dijo Valentina mientras se dirigían hacia el local—, ¿cómo es que conoces a gente que tiene negocios, y tú, en cambio, trabajas como dependiente de una librería?

François rió.

—Se llama tener una herencia —dijo François sonriendo—. No se lo digas a los demás, pero si quisiera no me haría falta trabajar. Mi trabajo en Shakespeare & Co. es puro placer, nada más.

Se acercaron a la cafetería del amigo de François. No estaba en mitad de la plaza, pero tenía bastantes clientes sentados en la terraza contemplando lo que sucedía en la calle. Valentina, a pesar de haber estado en París un sinfín de veces, nunca había comprendido que manía tenían los parisinos en sentarse en las terrazas amontonados y uno al lado del otro. Tan solo se le había ocurrido una explicación plausible, no tenían conversación. Era como los que cenan embobados con el televisor para justificar que no hablan entre ellos.

—Hola —dijo François al camarero más cercano—, ¿está Pierre?

—¿Pierre? —repitió el camarero asimilando que su jefe tenía nombre de pila—. No, hoy no está, ¿por qué lo busca?

—Para nada —respondió François—, igualmente nos quedamos.

—¿Dos? —preguntó el camarero alzando el dedo índice y el corazón.

La sensación de que alguien los seguía volvió a aparecer en la mente de Valentina, con muchas más fuerza. Cuando François estaba a punto de responder al camarero afirmativamente con un gesto afirmativo, alguien gritó.

—¡Valentina!

Ella se giró, normalmente cuando oía su nombre por la calle, prefería no hacer caso, ya que probablemente era una coincidencia. Pero le pareció reconocer aquella voz.

—¡Valentina! —volvió a escuchar.

Y un segundo después apareció Hugo corriendo.

—¡Hugo! —preguntó sorprendida Valentina—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —dijo Hugo jadeando después de la carrera.

—¿Por?

—¿Por qué quería decirte algo?

Valentina no respondió, estaba esperando que Hugo hablara.

—Ya sé que ahora estás con un hombre que parece diez veces mejor que yo...

—No estoy con él —interrumpió Valentina.

—No está conmigo —dijo François.

—¿Ah, no? —preguntó Hugo olvidando lo que quería decir.

—No, no estoy con él.

—¿Por? Parece un buen tío —preguntó Hugo estúpidamente.

—Es un buen tío pero... —Valentina no quería seguir y dejó a medias la frase, por suerte François la terminó.

—Soy gay.

—¿En serio? Pues es una pena porque te llevarías a las chicas a puñados —dijo sinceramente Hugo.

—Bueno, con los chicos no tengo demasiados problemas —bromeó François.

—Hugo, ¿qué querías decirme? —dijo Valentina viendo que Hugo se estaba volviendo a despistar, como hacía a menudo.

—¡Es verdad! —exclamó sorprendido por su propia imbecilidad. Entonces Hugo recobró el hilo de lo que quería decirle—. Primero de todo no te asustes, no voy a pedirte nada... Todavía —se arrodilló y siguió hablando—. Valentina, el día antes de que tu aparecieras en la tienda por algún motivo que no acabó de comprender, yo estaba deprimido por ver que ante mí había una vida solitaria y sin alicientes. Antes creía que la era vida azarosa y llena de coincidencias, hasta que te conocí, y creí en el destino. Sé que si no hubieras aparecido aquel día en la tienda, yo hubiera tenido dinero suficiente para comprar un libro en El estante. Sé que si yo hubiera trabajado en otra tienda, tú habrías ido a aquella.

Hugo hizo una pausa, lo suficientemente larga para que Valentina se diese cuenta que todo el mundo los estaba mirando. La gente estaba atenta a lo que sucedía en aquella pequeña escena. A su alrededor los camareros que sabían idiomas le contaban a sus clientes lo que sucedía, los turistas hablaban entre ellos con una sonrisa en la cara. Y centenares de «¡Oooohhh!» de expectación se iban repitiendo.

—Dicen —prosiguió Hugo sin percatarse del público— que a todos nos está esperando la pareja

perfecta, si todavía no te hubiera encontrado tan solo te hubiera pedido paciencia para hacerlo. Si mi historia está escrita en algún lugar, aunque sea en una nota al pie de página de un libro viejo, sé que quién la escribió fuiste tú. Y como aquello de «eres mi roca» no me gusta, tan solo decirte que tú eres la persona que me hace volar libre más allá de lo que nunca hubiera imaginado, y todo lo bueno que hago cada día, lo hago porqué tú me inspiras a hacerlo.

Cuando Hugo terminó, Valentina se lo quedó mirando durante unos segundos, no sabía que decir, ni que hacer. Se acercó a él y cogiéndolo por los hombros hizo que se levantara. Cuando estuvo de pie, ella se puso de puntillas y le regaló otro de esos besos que no podía controlarse hacerle, pero en lugar de hacérselo en la comisura de la boca, se lo hizo directamente en los labios.

—Entonces, ¿me quieres? —preguntó Hugo sin acabar de comprender lo que sucedía.

—Claro que te quiero bobo —respondió ella sorprendiéndose una vez más por la poca confianza que tenía en él.

Hugo la abrazó y la levanto del suelo. Y los turistas y espectadores varios que se habían ido sumando a la multitud que les rodeaba, empezaron a aplaudir como locos, como si hubieran acabado de presencia el final de una película.

—Bueno chicos —dijo François volviendo a escena—, siento interrumpiros pero me parece que estoy de más.

Hugo y Valentina lo miraron.

—Así que me despido —dijo saludando mientras se daba la vuelta para regresar al centro—, nos vemos en la tienda. Disfrutad de vuestro momento.

En cuanto François se marchó, el público que había contemplado la escena comprendió que también estaba de más, y poco a poco la gente regresó a su día a día. Los camareros volvieron a servir a sus clientes, los pintores retomaron sus trazos en los lienzos, y los turistas siguieron haciendo fotos a cada rincón de aquel bonito lugar, hasta que Hugo y Valentina recuperaron su anonimato.

—¿Te apetece ir a mi apartamento a ver una peli de Disney y «tomar café»? —preguntó Valentina.

—¿Tomar café o «tomar café»? —preguntó Hugo variando el tono de voz.

—«Tomar café» —dijo Valentina con voz insinuadora.

—Entonces será un placer —respondió Hugo sonriendo.

Capítulo 25

Hugo y Valentina

A la mañana siguiente, cuando Hugo abrió los ojos, lo primero que vio fue a Valentina lo estaba esperando, completamente desnuda, con el desayuno. La noche anterior no había sido un sueño.

—He bajado a por unos croissants.

—¿Has bajado así? —bromeó Hugo.

—No idiota. He cogido el bolso —respondió ella, haciendo que a Hugo se le escapase una carcajada—. Pruébalos, ya verás que buenos que están.

Valentina le ofreció uno, y sin dudarlo Hugo le dio tal mordisco que se comió medio croissant de un bocado.

Mientras saboreaba esa pasta, que estaba realmente buena, Hugo no se lo podía creer. Después de tantos altibajos habían pasado la primera noche juntos. A pesar de las presiones que habían tenido por parte de sus amigos, ambos habían pasado por alto el tema, no querían cometer los mismos errores que Arturo y Victoria hacían cada noche que salían para ligar.

Terminados los croissants, acompañados con lo que había sobrado del champán de la noche anterior, una cortesía de François, que les había hecho llevar esa botella para celebrar el reencuentro, se fueron a la ducha, donde bueno... Disfrutaron de su mutua compañía, pero eso lo dejaremos en su intimidad.

Cuando salieron a la calle, la mañana que se les presentaba ante ellos no podía ser más perfecta, el cielo era azul, brillaba el sol, el aire fresco por el rocío nocturno les llenaba los pulmones y, además, tenían a su lado a la persona perfecta. La noche anterior habían cenado algo sencillo en la terraza de Valentina, en la que, por primera vez, ella disfrutó de las vistas, y después habían estado hablando hasta que la pasión se apoderó de ellos. Se contaron sus vidas al milímetro, sobre todo las partes en las que habían vivido juntos, o casi juntos.

—¿Así que Victoria te llamó? —dijo Valentina cuando estaban cruzando la Rue de Rivoli.

—Sí.

—Que extraño.

—¿Por?

—Pues porque yo nunca le di tu número de teléfono.

—¿Y cómo pudo llamarme? —preguntó sorprendido Hugo.

Valentina se suponía la respuesta, no tenía ninguna prueba, pero conocía lo suficiente a su amiga como para suponer que le había quitado el móvil para evitar que saliera con Hugo.

—Seguramente fue ella quien se quedó mi móvil.

—¿Así que la culpable de que lo hayamos pasado tan mal ha sido Victoria?

—Culpable, culpable, no. Pero en parte responsable... Como mínimo cuando yo estuve llorando

por ti, te llamó en seguida.

Sin decir nada más, Valentina le obsequió con un beso, y Hugo no siguió con el tema. Por un lado porque Valentina le había inmovilizado los pensamientos con ese beso, y por el otro porque Victoria, al final, había hecho lo correcto. Además, ahora estaba junto a Valentina en París, ¿qué más podía pedir?

Inconscientemente Valentina estaba siguiendo el camino que utilizaba cada día para ir a la librería, pero François, en la nota que acompañaba la botella de champán ya le había dicho «Mañana no vengas, disfruta. Ya te cubriré y». Así que giró a la derecha para acabar de cruzar el Sena por el Pont Neuf. Cuando estuvieron en la Rive Gauche, se detuvo en seco y miró a Hugo.

—Nunca has estado en París ¿verdad?

—Nunca —respondió Hugo.

—¿Quieres conocerlo?

—¿Serás la guía?

—Claro.

—Entonces quiero conocer lo que quieras.

Una vez más Hugo había soltado uno de esos piropillitos tontos pero que surtían tanto efecto en Valentina.

—¿Qué quieres hacer para empezar? —preguntó Valentina.

—Pues la verdad es que siempre he querido ir a la Torre Eiffel.

Valentina lo cogió de la mano y empezó a correr con Hugo dando zancadas tras ella.

Cuando iban de camino, Hugo se detuvo de golpe.

—¿Qué es aquello? —preguntó señalando a una enorme cúpula que se veía entre los edificios.

—Es el Dôme —respondió Valentina deteniéndose a su lado.

—¿El qué?

—El Dôme, la cúpula de la capilla de Les Invalides.

—¿Y qué hay en ella?

—Es la tumba de Napoleón.

—¿Está ahí tieso?

—No idiota —respondió sonriendo—, hay el sarcófago de mármol rojo en el que está enterrado, a él no se le ve.

—Vamos.

Hugo empezó a andar deprisa, no tenía ni la más remota como llegar, pero del mismo modo que la Torre Eiffel, la construcción del Dôme era fácil de seguir en el horizonte parisino.

Valentina había ido un par de veces, y ya se había impresionado con la magnificencia de aquella capilla, y de la enorme tumba que cubría, pero Hugo casi cae de culo en el patio empedrado de la parte frontal al intentar percibir la cúpula entera.

—¡Menuda pasada! —exclamó al entrar.

—Hombre, es la tumba de un emperador...

—¡Mira! Hay cómics sobre él —siguió exclamando Hugo desde la pequeña tienda de souvenirs.

Era como un niño pequeño, le encantaban los cómics e iba de un lugar a otro curioseando. Valentina se acercó y lo abrazó por la cintura.

—No cambies nunca.

—Vale, vale —respondió Hugo—, pero ¿llevas efectivo para pagar esto?

—Eres lo que no hay —respondió sonriendo Valentina—, y supongo que después también querrás un muñequito, ¿no?

—¿Hay muñequitos? —preguntó emocionado.

Cuando salieron del Dôme pasearon por los pasillos arqueados de Les Invalides hasta llegar al Puente de Alejandro III, donde Hugo siguió impresionado. Valentina lo guió por la orilla del Sena y poco a poco pudieron distinguir el majestuoso perfil industrial de la Torre Eiffel. En el mundo había edificios más altos, más impresionantes y más seguros, pero ninguno podía ser tan mágico como aquel, que te permitía tener la ciudad de París a tus pies.

Se pusieron a hacer cola y mientras Hugo empezó a hojear los cómics.

—¿Sabes francés? —preguntó Valentina al ver que Hugo leía detenidamente las páginas.

—Sí —hizo una pausa para acabar de leer un diálogo y cerró el cómic—, qué remedio.

—¿Por?

—Pues si me gusta el cómic franco-belga y muchas cosas no llegan en castellano, hace tiempo que me vi obligado a aprender francés.

—¿Fuiste a cursos o...?

La pregunta quedó interrumpida cuando Hugo se puso a hablar con el taquillero con un francés macarrónico y con expresiones que, claramente, había aprendido de los cómics o de la literatura juvenil. Valentina vio al taquillero con cara de apuro.

—Déjame a mí.

Compró dos billetes para subir a la parte más alta, y su precio valió la pena cuando Hugo empezó a dar vueltas por la pequeña superficie de la planta superior disfrutando de toda la ciudad.

—¿Qué es eso? —señalando hacia el horizonte.

—El Arco del Triunfo.

—Luego vamos —hizo una pausa y señaló a otro lugar—. ¿Y eso?

—Notre Dame ¿ayer no pasaste por delante?

—Me parece que sí —respondió sonriendo Hugo.

Después de estar un buen rato contemplando el horizonte parisino, bajaron hasta la planta donde había una cafetería, comprar un croissant para compartir y se apoyaron en una de las barandillas.

—Luego vamos a comer ¿no? Porqué con este croissant no tengo suficiente.

—Claro, mira —Valentina señaló— hacia allí hay el Musée d’Orsay...

—¿Iremos a comer a un museo? —le interrumpió Hugo.

—No bobo —respondió ella—, pero justo al lado hay una *crêperie* que está buenisima.

Después de gozar de la brisa que ofrecía las alturas del gigante metálico, bajaron y fueron callejeando hasta el restaurante que había dicho Valentina. El lugar era una pequeña *crêperie* —y cuando digo pequeña, es pequeña de verdad— donde compraron un par de *crêpes* para llevar y una botella de refresco.

Con la comida en la boca siguieron paseando.

—¿Quieres ver mi sitio favorito de París?

—Vale —respondió Hugo con media *crêpe* cayéndole de la boca.

Al cabo de poco, las *crêpes* se habían acabado y ahora andaban abrazados por la cintura, sin

prisas.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—¿El qué? —preguntó sin comprender a que se refería Valentina.

—Yo aquí, tú en Barcelona. ¿No te va echar tu jefe?

—No pasa nada, yo soy mi jefe.

—¿Cómo?

—Ahora soy socio de Martín —hizo una pausa y aclaró las cosas—, en realidad aún no, pero cuando vuelva firmaremos el acuerdo.

—¿Qué bien! Pero eso no responde a mi pregunta.

—Sabes que una de mis pasiones es el dibujo de cómics. Pues estoy en París, a poco kilómetros de Bruselas, la meca del cómic franco-belga.

—¿Y?

—Pues que me quedare contigo y probaré suerte durante estos seis meses, tanto si funciona como si no. Y luego volvemos a Barcelona.

Valentina se alegró de saber que viviría con Hugo durante los seis meses que estuviera en París.

Al cabo de un buen rato de paseo, llegaron al lugar que quería Valentina.

—Aquí estamos. El Palais Royal.

—Y ¿por qué te gusta?

—Hay sitios silenciosos para sentarse a leer. Además de un jardín precioso.

Se adentraron en los muros del palacio, y Hugo descubrió ese encanto melancólico que supura todo París. Los muros grises del edificio se contraponían con los tonos otoñales del jardín que regalaba a sus visitantes un lugar magnífico para leer, pasear o simplemente sentarse.

Hugo se detuvo de golpe a mitad del paseo, y con una expresión seria miró a Valentina.

—¿Cómo puedo demostrarte que te quiero?

—Ya lo has hecho bobo, me has venido a buscar a París y te has declarado en mitad de la calle.

¿Te parece poco?

—Ya, pero en todas las historias de amor siempre hay un símbolo, algo que sella un amor para siempre.

—No sé, podemos ir al Pont des Arts.

—¿Por?

—Es tradición que los enamorados vayan al puente, pongan un candado en él y arrojen la llave al Sena.

—Ya, pero eso lo hace todo el mundo. ¿No lo hacen también en Roma?

Valentina afirmó con la cabeza.

—A mi no me hace falta que hagas nada pero...

—Ya lo tengo —exclamó Hugo a la vez que varias de las personas que habían ahí les pedían que se callasen.

Rebuscó en la bolsa que llevaba cruzada al hombro y sacó un pliego de papeles. Era el cómic de Thor, el que ella le había regalado.

—Podemos enmarcar esto, la pena es que no tengas aquí la portada.

—¿Quién dice que no la tenga?

Entonces Valentina sacó su monedero y hurgó en un rinconcito y sacó un papel doblado muchas

veces. Lo desplegó y apareció la portada del cómic que había guardado desde el día que lo rompió.

—No eres el único que es un sentimental —bromeó Valentina.

Hugo mostró su sonrisa y le cogió la portada. Sacó una bolsa protectora para cómics y unió de nuevo las piezas. Al igual que ellos, las piezas encajaban a la perfección, eran muy distintas, pero eso las hacía perfectas la una para la otra.

Durante un segundo el tiempo se detuvo a su alrededor. Ese instante era suyo y de nadie más. Ambos habían conservado su mitad del cómic, ambos la habían llevado a París como una prueba de la esperanza en el amor que les unía. Era la prueba física de que eran tal para cual. No pudieron evitar abrazarse y aplastar el cómic entre ellos.

—La próxima vez que vengas a París me avisas ¿vale? —advirtió Hugo.

—La próxima vez vendré contigo —respondió Valentina besándole apasionadamente.

A pesar de que antes los ávidos y silenciosos lectores que los rodeaban les habían hecho callar, ahora nadie mostró queja alguna cuando vieron que eran una pareja de enamorados.

Poco a poco, Hugo y Valentina se dieron cuenta de que todos los estaban mirando repitiendo frases como «*Quel jolie!*» o «*Que romantique!*». Rojos como tomates por el ridículo que habían hecho, hicieron un pequeño gesto de agradecimiento y se fueron, a la vez que los lectores volvían a sus libros.

Con el cómic apedazado bajo el brazo, Hugo cogió de la mano a Valentina, y juntos empezaron a pasear por debajo los árboles arqueados de los jardines del Palais Royal. Tras unos pocos pasos, Valentina le dio un beso en los labios. Entre la sorpresa, la vergüenza y los nervios vividos, a Hugo le dio vueltas la cabeza, se le doblaron las piernas y se desmayó, cayendo al suelo.

—¡Dios dame fuerzas! —bromeó Valentina mientras se agachaba para ayudarlo.

—¡Oh, mierda! Otra vez no —protestó Hugo mientras recuperaba el conocimiento.

—Como mínimo esta vez te has desmayado por un buen motivo —y le dio otro beso.

Fin

Epílogo

Ante el cabreo de Hugo, Arturo cogió sus llaves y se fue sin articular palabra. No era habitual que Hugo se enfadara, ni siquiera con Arturo y sus cosas. Además, se notaba que sentía envidia.

—Me ha dicho George Clooney, que tengo el vientre plano y que consigo muchos números de teléfono —se dijo a sí mismo Arturo mientras bajaba las escaleras.

Una vez en la calle, donde aún se podía notar los aires frescos de las noches de mediados de setiembre, se dirigió hacia el Puerto Olímpico. Conocía al promotor de un local, de un club, que seguramente le dejaría pasar sin ponerle demasiadas pegadas, así, como mínimo, se ahorra la entrada, que allí era como una puñalada traperera.

Arturo andaba seguro y decidido, aquella noche les demostraría a los *frikis* de sus amigos que podía llevarse a casa a quien quisiera, y que, además, estaría buena. Al decir eso se vio reflejado en el escaparate de una tienda. Estaba irresistible, llevaba su mejores galas. Esa camisa le había costado una fortuna, era seda de importación, y le quedaba de lujo con sus pantalones ajustados, esos que dejaban poco para la imaginación, y sus zapatos Gucci, que solo usaba en días que quería impresionar.

Unos minutos después ya estaba buscando a Miguel, el promotor del club, era la única posibilidad de conseguir una entrada. Empezó a dar vueltas alrededor de la entrada del club, buscando al promotor, hasta que alguien le apareció por detrás.

—¿No me digas que esta noche te voy a ver actuar?

Arturo se giró de golpe, ante él estaba Miguel, cargando un gran paquete de papilitos de propaganda.

—Eso será si me dejas pasar.

—¡¿Cómo?! —exclamó Miguel.

—¿No me cueles?

—Te dejé pasar el día de la inauguración, pero eso no quiere decir que te deje pasar cuando te apetezca.

—No me jodas —protestó Arturo—, que hoy vengo preparado para triunfar.

Miguel le hizo una seña para que se apartara de la entrada.

—Arturo eres un jeta.

—Venga tío, hazme este favor.

Miguel miró a su alrededor, partió el paquete de panfletitos que llevaba y le dio la mitad a Arturo.

—Sígueme, no digas ni hagas nada.

Arturo siguió de cerca de Miguel, intentando no ligar con las chicas que había en la cola de entrada al club. Pasaron cerca el gorila que protegía la entrada. Vaya tío, un armario de dos por dos, seguro que si se encajaba en la puerta, nadie podía entrar ni salir. Cuando ya estuvieron dentro, Miguel detuvo a Arturo.

—Dame —dijo cogiéndole los papelitos—. Y que sepas que me debes una, y bien grande.

—Gracias tío —respondió Arturo alejándose de él.

Solo había estado en ese club en otra ocasión, pero estaba claro que ahí había dinero, mucho dinero, tal vez si tenía suerte ligaba con una ricachona de la parte alta de la ciudad. Pero para conseguirlo debía utilizar sus mejores armas.

Un rato después, Arturo no había conseguido nada. Algún teléfono que otro, pero nada más. Sus armas debían estar encasquilladas o faltas de munición. Normalmente triunfaba con una sonrisa y un par de comentarios ingeniosos, pero parecía que las chicas que había ahí requerían todo su esfuerzo. Un poco desanimado se fue a la barra, dejó su vaso de tubo y pidió de nuevo lo mismo.

—Vodka con piña.

La chica de la barra se lo sirvió, y Arturo se dio cuenta de que era una preciosidad.

—Hola, ¿te han dicho alguna vez que...?

—Ni lo intentes cariño —le interrumpió la chica mientras seguía trabajando.

Con los ánimos por el suelo, Arturo se apoyó en la barra con el cubata en la mano y cara de aburrimiento, parecía que Hugo tenía razón y no tenía éxito con las chicas. Durante un buen rato solo de limitó a mirar a la gente que tenía a su alrededor, a ver si veía alguna chica que estuviera con la misma cara que él, pero solo vio a más tíos con la misma expresión de derrota.

Entonces entró por la puerta principal la chica más exuberante que había visto jamás. Tenía unas curvas que mareaban, el problema era que ya había alguien para recorrerlas, concretamente dos tíos.

—¡Mierda! —protestó Arturo al ver que no estaba sola. Además tenían pinta de ser un par de ricachones extranjeros de vacaciones.

Sin moverse de donde estaba, no perdió de vista a la chica, ni a sus acompañantes, que se sentaron en una mesa de un rincón. Se notaba que la chica estaba preocupada por algo, pero se dejaba querer por ese par de pulpos. Hasta que de pronto, hizo un gesto de desgana, y los dos hombres se fueron medio quejándose. La chica se frotó la cara, estaba desanimada y frustrada por algo. Arturo pensó que era el momento para atacar, y más cuando la vio levantarse para ir hacia la barra, no muy lejos donde él estaba. La chica pidió una copa y Arturo se fue acercando, tenía las defensas bajas, era el momento de atacar. Pero alguien se le adelantó, tres hombres con un marcado acento francés la rodearon, la invitaron a algo y empezaron a hablar con ella.

Arturo, completamente frustrado, se terminó su copa y fue al baño, si al salir no conseguía nada, con nadie, regresaría a casa y soportaría los comentarios de sus amigos. Mientras se limpiaba la cara con agua fresca, pensó en la chica que había entrado hacía unos minutos. Tal vez era la más guapa que había visto jamás, y tenía algo de rebelde y salvaje que le encantaba.

Justo al salir del baño, se cruzó con ella. Casi no tuvo tiempo de verla, pero supo que era ella. Regresó a la barra, donde vio al trío de franceses a la espera de que regresara su presa, y pidió otra copa. Esperaría a ver si se sacaba de encima a los franceses del mismo modo que había hecho con los otros.

Minutos después, la chica salió del baño se acercó a la barra y cuando el primero de los franceses se le echó encima, ella respondió.

—¿Te crees que soy tonta? —el francés intentó decirle algo, pero ella lo interrumpió—. Lárgate. Largaos, antes de que os meta un par de ostias que os den palmas las orejas.

A Arturo le encantó, era una mujer de armas tomar. Tenía carácter y genio. Debía arriesgarse.

Ella pidió otra copa, y antes de que dijera nada, Arturo apareció en escena.

—Invito yo.

—Gracias, pero ¿quieres seguir los pasos de esos tres? —estaba realmente de mal humor, Arturo debía esforzarse al máximo para conseguirla, pero merecía la pena el esfuerzo.

—No, prefiero seguir los tuyos —respondió rápidamente.

No había sido nada espectacular, pero sí efectivo, ya que vio una sonrisa en la cara de la chica.

—Bien, has superado la primera frase —dijo sarcásticamente—, ya has hecho más que los otros.

Era realmente dura, pero esa frase y la sonrisa le valieron unos cuantos minutos de conversación. Fue un toma y daca constante, Arturo probaba de impresionarla, y ella lo rebatía con algo que lo dejaba fatal. A pesar de ello, Arturo creyó que tenía posibilidades, hasta que metió la pata.

—Perdona, no me he presentado. Y debes recordar bien mi nombre porque dentro de un rato lo vas a gritar.

Arturo pensaba que la respuesta sería algo que lo dejaría por el suelo, pero en lugar de ello, la sonrisa que había conseguido con la primera respuesta desapareció de golpe, la chica se levantó y le echó el cubata por encima.

—Error —dijo ella—, has hecho lo mismo que los demás.

—¿El qué?

—Ir demasiado deprisa.

Dicho esto, la chica se marchó del club dejando a Arturo sentado, con una copa en la mano y otra en la ropa. No sabía que hacer, así que, como si no hubiera ocurrido nada, se levantó, pagó las copas y se fue con la poca dignidad que le quedaba. La verdad es que ella tenía razón, seguramente con un buen rato de esfuerzo, hubiera conseguido ligar con ella de verdad ¿Por qué siempre tenía que ir con prisas?

Una vez en la calle se dio cuenta del desastre. La camisa estaba hecha una mierda, los pantalones daban pena y los zapatos se habían manchado un poco, además apestaba como una destilería, ¿pero se podía saber que bebía aquella chica? Intentó secarse, pero prefirió no hacer nada que pudiera estropear más la ropa. Tal vez Hugo si que tenía razón con todo lo que le había dicho. Tal vez solo era un fanfarrón narcisista con unas expectativas muy altas.

Completamente deprimido por el desastre de noche, Arturo regresó a su casa, suerte que no tenía que coger el metro, hubiera sido vergonzoso cruzar media ciudad apestando a alcohol. Subió las escaleras de su finca hasta la tercera planta y abrió la puerta. Hugo y Diego aún estaban jugando a la Play, y, por primera vez en mucho tiempo, le apeteció unirse a ellos.

* * *

Después de que Hugo se marchara precipitadamente a París para ir en busca de Valentina, solo había regresado dos veces, una para coger ropa y algunas cosas más, y otra para firmar el contrato de asociación con Martín. A penas había pasado un par de noches en casa, y Arturo no le había podido pedir nada. Desde ese desastroso sábado que acabó remojado en alcohol, apenas había salido de fiesta y se había quedado en casa con Diego. Así que, cuando Hugo regresó después de seis meses en la capital francesa, Arturo se le echó al cuello.

—Me debes una.

—¿Por?

—¿Tal vez por convencerte a perseguir a Valentina? —preguntó sarcásticamente Arturo.

—Vale —aceptó Hugo—, pero hay una cosa que no pienso hacer...

—No me jodas Hugo. Tienes que hacerlo por mi.

—No, me niego.

—Venga —suplicó Arturo

—Te digo que no, me niego a pedirle a Valentina que te busque una pareja.

—Vamos, y no te pediré nada más en la vida. Además, seguro que ahora me dejas tirado y te vas con ella ¿no?

—De momento no, hemos estado juntos un tiempo, a ver que pasa al separarnos.

—¿Vas a pedirle el favor o no? —Arturo no quería que Hugo se fuera por las ramas.

—Veré que opina.

Mientras Hugo se iba a su habitación para llamar a Valentina, oyó como Arturo le iba diciendo «Gracias tío. Eres el mejor» y un largo etcétera de agradecimientos. Marcó el número y esperó que alguien respondiera.

—¿Ya me echas de menos? —bromeó Valentina.

—Sí, pero te llamaba para pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Arturo me ha pedido que le busques una pareja.

—¿Para Arturo? —exclamó Valentina—. No se lo presentaría ni a mi peor enemiga.

—Tan malo no es.

—Bueno, yo no lo conozco, lo digo según lo que tú me has contado.

—Venga Valentina, sino me va a estar dando el coñazo.

—Vale, pero ¿a quién se lo presentó?

—Puede que a tu peor enemiga no, pero a tu mejor amiga sí.

—¿Cómo? No te sigo.

—Le debes una a Victoria ¿no? Por lo del móvil.

—Es cierto, le puedo presentar a Arturo —hizo una pausa—. En el peor de los casos saciaré mi venganza —dijo riendo malvadamente—, y en el mejor tal vez congenian.

—Pos ya está —dijo Hugo—, yo me sacó de encima a Arturo y tú te vengas de Victoria. Dos pájaros de un tiro.

Ambos rieron, se habían convertido en un equipo. Quedaron para cenar el siguiente sábado por la noche en un restaurante, ni muy sencillo ni muy elegante, para que se conocieran Arturo y Valentina.

—Has tenido suerte chaval —dijo Hugo regresando al comedor—, Valentina te presentará a su mejor amiga.

—¿En serio?

—En serio.

—Muchísimas gracias, hace tiempo que estoy en baja forma tío, no ligo ni pagando.

Hugo ahogó una carcajada

—¿La conoces? ¿Está buena? —preguntó Arturo desesperado.

—Siempre piensas en lo mismo.

—Sí, pero ¿está buena?

—La conozco, sí.

—¿Y está buena?

—Sí, bueno, no sé, es la amiga de Valentina, no sé si yo debería.

—¿Vamos?

—No está mal —respondió Hugo, y al ver la cara de decepción de Arturo, siguió—, seguro que a ti te gusta.

La tarde del sábado fue insoportable para Hugo. Arturo se convirtió en la persona más nerviosa del mundo. No sabía que ponerse, quería saber como era la amiga de Valentina, para saber como impresionarla, y Hugo le hubiera partido la cara diez veces sino hubiera sido por Diego, que lo había llamado para que le echase una mano en la tienda.

—Arturo, me voy —dijo Hugo desde la puerta—, Diego me necesita, nos vemos en la puerta del restaurante ¿de acuerdo?

—De acuerdo —gritó Arturo desde su habitación.

Después de ayudar a Diego, Hugo se fue al restaurante que habían escogido con Valentina, cerca del de su segunda cita, pero no tan refinado. En la puerta estaba Arturo andando de un lugar para otro. Antes de que Hugo pudiera saludarlo, Arturo le ordenó.

—Vamos dentro, esperemos a que lleguen.

Realmente estaba nervioso, muy nervioso. El camarero los acompañó hasta su mesa.

—Arturo siéntate y relájate. Yo me encargo de vigilar la puerta —le ordenó Hugo.

Arturo le hizo caso y se sentó de espaldas a la puerta, y a pesar de su nerviosismo intentó controlarse.

Des de la mesa, Hugo levantaba la vista por encima de la gente para ver si Valentina y Victoria llegaban. Giraba la cabeza y estiraba el cuello para no perder de vista la puerta del restaurante. Después de unos minutos por fin vio a su chica que le saludaba con la mano, seguida de cerca de su amiga.

—Están ahí —le dijo a Arturo.

Las dos chicas se acercaron a la mesa donde les esperaban Hugo y Arturo. Hugo se levantó y le dio un beso a Valentina.

—Esta es Victoria —dijo Valentina moviéndose a un lado

—Y este es Arturo —dijo Hugo señalando a su compañero.

Pero ninguno de los dos los escuchaba, se habían quedado mirándose fijamente el uno al otro. Cualquiera hubiera dicho que se habían enamorado a primera vista, sino hubiera sido por la expresión de sorpresa y horror que había en sus caras.

—¡Tú! —exclamó Arturo.

—¡Tú! —exclamó Victoria.

—¿Ya os conocíais? —preguntó Valentina extrañada.

Tras la sorpresa inicial, Victoria fue la primera en hablar.

—¿Recuerdas el capullo que te dije al que le eché la bebida por encima para que se callase? —le preguntó a Valentina.

—Sí.

—Es él —respondió Victoria señalando con cara de asco a Arturo que estaba echando chispas.